

**TRABAJO SOCIAL
CONTEMPORÁNEO EN CONTEXTOS
DE PANDEMIAS:
NUEVOS DESAFÍOS A LA
INTERVENCIÓN GERONTOLÓGICA**

Universidad de la República
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Trabajo Social
Área de Vejez y Trabajo Social

Trabajo Social contemporáneo en contextos de Pandemias: Nuevos desafíos a la intervención gerontológica



SANDRA SANDE
YAMILA CAPURRO
(Compiladoras)

Financiación:

Facultad de Ciencias Sociales
Unidad de Extensión
Espacio de Formación Integral

Corrección:

Yamila Capurro
Romina Mauros

Diagramación:

Romina Mauros
Yamila Capurro

ISBN: 978-9974-0-1859-4

Diseño gráfico: Romina Mauros

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en los talleres gráficos de **Tradinco S.A.**
Minas 1377 - Tel. 2409 4463 - www.tradinco.com.uy
Julio, 2021. Depósito Legal N° 379.603
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del papel).
Montevideo, Uruguay

Equipo Organizador

Área de Vejez y Trabajo Social

Coordinadora: Teresa Dornell

Sandra Sande

Yamila Capurro

Romina Mauros

Lucía Sánchez

Mauricio Arreseigor

Claudia Reyes

Proyecto Integral Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social

Egresadas: Milena Garzón - Dayana Munsch

Autores invitadas/os

Paula Mara Danel - Universidad Nacional de La Plata - RedGETS (Argentina)

Mónica Navarro - Universidad Nacional de Tres de Febrero - RedGETS (Argentina)

Jorge Paola - Consejo Profesional de Trabajo Social de la Ciudad de Buenos Aires - RedGETS (Argentina)

Ricardo Alberti - Docente e investigador (Uruguay)

Índice

Prólogo	9
Introducción.....	15
Intervenciones, cuerpos y escuchas en el Trabajo Social contemporáneo.....	21
Las expresiones culturales en los andamiajes territoriales en contextos de pandemias: un aporte para interpelar las vejeces.....	45
Consecuencias de las vejeces en la sindemia: respuestas posibles, insumos socioculturales para enfrentar la situación.....	71
Consecuencias de la pandemia en las vejeces	87
El maltrato económico en las personas mayores que viven en contexto de vulnerabilidad socioeconómica en Uruguay.....	105
Las intervenciones en violencia hacia las vejeces desde el trabajo social: una discusión pendiente.....	123
Vejeces, pandemia y Trabajo Social: debates sobre la producción de la intervención social	143
Vejez y participación en tiempos de coronavirus.....	163
Vejez, institucionalización y creatividad. Una mirada reflexiva desde el Trabajo Social.....	181
El programa ancestras: vejeces en(clave) feminista.....	213

PRÓLOGO

Es un honor prologar el libro *Trabajo Social contemporáneo en contextos de Pandemias: Nuevos desafíos a la intervención gerontológica*, editado por el Área de Vejez y Trabajo Social de la Universidad de la República, Uruguay. Más aún si se considera que es un texto que aporta al pensamiento de Trabajo Social con Enfoque Gerontológico, ámbito de reflexión y acción que está inserto en cada uno de los capítulos, con las respectivas diversidades que las autoras y autores tienen como síntesis de su producción académica y profesional.

Desde esa visión, mi síntesis en los últimos 6 años ha estado ligada al desarrollo de un enfoque que he denominado la gerontología rupturista “que conecta la perspectiva de la gerontología con la ruptura epistemológica, entendida como un proceso que conlleva el tránsito de una visión conservadora de la vejez a una crítica, que propone una ruptura con el enfoque tradicional de la gerontología” (Piña y Gómez, 2019 :26). La categoría ruptura epistemológica es tomada del pensador francés Gastón Bachelard y vinculada con la gerontología a través del análisis de dos tipos de lógicas. En primer lugar, la *lógica del error* que busca identificar las dificultades que nos impiden acceder a un nuevo tipo de conocimiento, problematizando en base a la abstracción y lo concreto, a través de la revisión y cuestionamiento de teorías, conceptos y políticas públicas, entre otras categorías. Una vez identificados los errores, se propone en segundo lugar la *lógica del descubrimiento* que instale propuestas basadas en una vigilancia epistemológica que permita ir de la representación a la abstracción rectificando los errores (Gracia, 2000; Piña, 2015) y buscando cohe-

rencia, al menos, entre las dimensiones epistemológicas, teóricas y metodológicas. Se trata de instalar la premisa de que la gerontología rupturista entiende el error y el descubrimiento como instancias interdependientes que buscan aportar al pensamiento y acción gerontológica.

Considerando como marco de análisis la gerontología rupturista, los trabajos que contiene este libro son, desde mi punto de vista, una invitación al establecimiento de rupturas en diversos campos del quehacer gerontológico que tienen como eje el contexto de la pandemia. Tal es el caso, del trabajo Paula Mara Danel y Agustina Favero Avico en *Intervenciones, cuerpos y escuchas en el Trabajo Social contemporáneo*, comparten reflexiones en torno a las implicancias de matrices teóricas en Trabajo Social, desde lo que denominan “matriz cuatriada”, centrando su atención en las corporalidades y escuchas entendidas como dimensiones de la intervención social. Teresa Dornell en *Las expresiones culturales en los andamiajes territoriales en contextos de pandemias: un aporte para interpelar las vejezes*, desarrolla un ensayo que debate las interpelaciones y rupturas que implican la construcción de sentido del lugar de las vejezes en contextos de pandemia y las proyecciones del COVID 19.

Ricardo Alberti en *Consecuencias de las vejezes en la Sindemia. Respuestas posibles, insumos socioculturales para enfrentar la situación*, explica que el impacto de la pandemia lo sufren quienes se han contagiado de Covid-19. Sin embargo, los efectos de la sindemia afectan además a sus familias, vecinos, comerciantes, profesionales sanitarios, entre otros. Asimismo, el trabajo de Jorge Paola denominado *Consecuencias de la pandemia en las vejezes*, que busca repensar la intervención con la persona adulta mayor entendida como sujeto de derechos, potenciando sus vínculos familiares e integración social con sus compañeros y personal que tenga una residencia.

Mauricio Arreseigor en *El maltrato económico en las personas mayores que viven en contexto de vulnerabilidad socioeconómica en Uruguay*, se

refiere a una investigación bibliográfica que profundiza en torno a los motivos que generan maltrato económico en las personas mayores que viven en contextos de vulnerabilidad socioeconómica, reflexionando cómo en espacios de deprivación socioeconómica los ingresos obtenidos de las personas mayores son un ámbito de disputa en el espacio socio-familiar. Por su parte, Yamila Capurro y Sandra Sande Muletaber, en *las intervenciones en violencia hacia las vejeces desde el Trabajo Social: una discusión pendiente*, plantean el rol de Trabajo Social en las intervenciones que implican abuso y maltrato en las vejeces, siendo necesario espacios de formación en violencia y gerontología para la atención con un enfoque de derechos.

También, Mauricio Arreseigor y Lucía Sánchez Solé en *Vejeces, Pandemia y Trabajo Social: debates sobre la producción de la intervención social*, desarrollan una postura crítica-reflexiva en torno a la intervención profesional, basada en experiencias de práctica pre-profesional de estudiantes en el área de vejez de una Licenciatura en Trabajo Social. A su vez, Dayana Munchs Boussets en *Vejez y participación en tiempos de Coronavirus*, presenta un estudio de caso respecto de la vejez y participación de las personas mayores en contexto de pandemia, destacando en sus hallazgos el aislamiento social; deterioro cognitivo y psicológico producto de la reducción de participación en actividades sociales y recreativas; sedentarismo; pérdida la memoria y ansiedad.

Milena Garzón en *Vejez, en institucionalización y creatividad. Una mirada reflexiva desde el Trabajo Social*, indica que el colectivo profesional que esté inserto en el ámbito de la institucionalización de la vejez, requiere de prácticas que tengan características como innovadoras y críticas, pero sobre todo creativas, facilitando la empatía, compromiso y sensibilidad antes las situaciones que se aborden.

Finalmente, Mónica Navarro en *Trabajo Social contemporáneo en contextos de Pandemias: Nuevos desafíos a la intervención en lo social El Programa Ancestras: Vejeces en (clave) feminista*, nos presenta el inno-

vador programa Ancestras de la carrera de Especialización en Intervención y Gestión Gerontológica de la Universidad de Tres de Febrero (UNTREF), en la que se destaca que Ancestras se refiere en su etimología a una red de relaciones entre generaciones, siendo una nueva manera de observar las vejeces desde una perspectiva relacional y sororo que potencia una circulación del poder que se gesta cuando se reúnen las mujeres.

Todas estas rupturas identifican errores que cuestionan las perspectivas tradicionales de los temas abordados y que además son la base para el establecimiento de lógicas de descubrimientos que impulsen iniciativas disciplinarias, inter-pluri y transdisciplinarias en temas de envejecimiento y vejez. Desde esta visión, me permito enunciar lo siguiente:

¿Qué sentido tienen las rupturas?

Para seguir pensando los Envejecimientos y las Vejeces en América Latina y el Caribe, desde una visión situada en nuestros **contextos socioculturales**, facilitando que se establezcan reflexiones y aportes de Trabajo Social con Enfoque Gerontológico que respondan a estos espacios, lugares y matrices.

Es necesario entonces, articular nuestros hallazgos con los desafíos de la institucionalización del Envejecimiento y Vejez a nivel mundial tales como: Asambleas Mundiales de Envejecimiento; Estrategia Regional de Implementación para América Latina y el Caribe del Plan de Acción Internacional de Madrid sobre el Envejecimiento; Segunda Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento en América Latina y el Caribe: hacia una sociedad para todas las edades y de protección social basada en derechos; y la CONVENCIÓN INTERAMERICANA SOBRE LA PROTECCIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS DE LAS PERSONAS MAYORES.

¿Cómo?

Potenciando espacios de reflexión y análisis disciplinario, como la Red Latinoamericana de Docentes Universitarios y Profesionales de Trabajo Social en el Campo Gerontológico; y espacios interdisciplinarios como el Symposium de Envejecimiento y Cultura en América Latina y el Caribe de la Red Internacional del Conocimiento.

Finalmente, manifiesto la necesidad de **leernos y re-leernos**, pensando en **rupturas** que articulen hallazgos para que en una acción colectiva podamos construir visiones de gerontología crítica con la heterogeneidad que nos caracteriza, siendo relevante potenciar núcleos y centros de investigación que faciliten la circulación de problematizaciones y propuestas, como el principal compromiso ético – político de quienes durante largos años nos hemos dedicado a la producción de conocimientos y saberes de Trabajo Social y al estudio de los temas de envejecimientos y vejezes que aporten al buen vivir de nuestras personas mayores.

Junio, 2021.

TS. Dr. Marcelo Piña Morán.
Académico Escuela de Trabajo Social
Universidad Católica del Maule, Chile.

Bibliografía

Gracia, M. (2000). Una perspectiva sobre la epistemología francesa. En Díaz, E. (ed.). La Posciencia. El conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad (pp. 265-277). Buenos Aires: Biblos.

Piña-Morán, M. & Gómez, V. (2019). Envejecimiento y género: Reconstruyendo los roles sociales de las personas mayores en los cuidados. Rev. Rupturas 9(2), Costa Rica, Jul-Dic 2019. ISSN 2215-2466. pp 23-38.

Piña-Morán, M. (2015). La Formación del Espíritu Científico en el Trabajo Social y la Vigilancia Epistemológica en el Campo Gerontológico. En Más mayores,

más derechos. Diálogos interdisciplinarios sobre vejez, compilado por Paola Jorge, Tordo María y Danel Paula, 227-258. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de la Plata.

INTRODUCCIÓN

El Área de Vejez y Trabajo Social se consolida en el año 2009 como la síntesis de discusiones, inquietudes e impulso de docentes y estudiantes del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales - UdelaR, que se expresaron en el interés coordinado de continuar generando disputas y controversias que aporten al colectivo profesional.

Desde su conformación, el grupo referente de AVYTS, ha mantenido coordinaciones con diversas universidades de la región, principalmente con la Universidad Nacional de Entre Ríos y la Universidad de La Plata (Argentina); y a partir del año 2013 fue convocado oficialmente para integrar la Red Latinoamérica de Docentes Universitarios y Profesionales de Trabajo Social en el campo Gerontológico (RedGETS), de la cual efectúo el rol de co-coordinación en un triunvirato conformado por Argentina, Chile y Uruguay desde el 2018 a la fecha.

Esta nueva estrategia de comunicación, habilitó el intercambio con profesionales de distintos países en torno a las perspectivas y prácticas dirigidas hacia la población vieja; además de contribuir a la apertura de diálogos fluidos e interpelantes que aportan al debate no solo de manera tangencial, sino desde una perspectiva que permita superar las fragmentaciones y el aislamiento regional e institucional.

Desde su conformación, el AVYTS se ha caracterizado por ser un espacio de encuentro entre docentes, estudiantes y profesionales; aportando a la formación continua a través de líneas específicas en el marco de la carrera de grado y cursos de formación permanente. Desde esta visión, se pretende aportar a la visibilidad y enunciabilidad de los procesos de subjetivación en la vejez, potenciando miradas académicas que brinden soportes teóricos-conceptuales y metodológico-instrumentales, a las/os profesionales que desarrollan sus prácticas en este campo de hacer, saber, saber hacer y pensar ese hacer.

El trabajo desde las prácticas pre-profesionales ha permitido producir, socializar y divulgar productos académicos elaborados en estos procesos de inserción curricular por parte de las y los estudiantes; con la consiguiente coordinación, planificación e implementación de encuentros anuales, con la intención de impulsar espacios de formación y actualización de la problemática central de estudio que nos agrupa.

Proyecciones en este campo de disputas

Los diversos artículos que componen este libro, son producciones que se crearon en contextos de interpelaciones continuas, no solo a nivel nacional, sino regional, partiendo de perspectivas del mundo tradicional y del mundo emergente e insurgente que van dando cuenta de las representaciones y las formas procesuales de comprender la vejez y las vejezes en contextos de pandemias.

Los trabajos aquí presentados ofician de marco referencial al abordar encuadres centrales sobre la temática de interés e interpelación, permitiendo reconfigurar las experiencias reflexivas en estos contextos pandémicos que nos ha tocado transitar, a la luz de los constructos teóricos de contextualización de las experiencias, en tanto espacio de encuadre micro institucional y, de conceptualización, en tanto ámbito de encuadre teórico del momento de ideación.

Los contenidos comprendidos en el presente libro conforman un sistema articulado de conceptos que recorren las formas de nominar (nombrar) el devenir histórico y los hitos a destacar en el rol de las personas viejas, con la contribución de perspectivas distintas, diferentes y distintivas sobre la/s vejez/vejezes en estos tránsitos trazados por las pandemias; sin dejar de lado, las contribuciones en tanto aportaciones de las teorías seleccionadas en cada documento.

Los textos en estos contextos de cambios, producirán estructuras de pensamiento a partir de las intersubjetividades de los sujetos. Es así, que se hace alusión a la destrucción de las narrativas dominantes, donde el sujeto comienza a incursionar en un mundo cuyo sentido comienza a ser sin sentido y la primacía de las representaciones empiezan a ser interrogantes de lo cotidiano que se fragmentan. Es aquí, donde las profesionales de lo social deben ser capaces de posibilitar la construcción de un/a actor/actriz social diferente en su estado de vejez, replanteando y re-significando el lugar de las personas viejas en la sociedad actual, promoviendo su involucramiento contestatario e insurgente.

A partir del diálogo continuo y permanente como sujetos cognoscentes (determinados por la cultura y las relaciones sociales particulares de la época) con las/ os viejas/os de nuestras sociedades, es que se originan nuestros compromisos y responsabilidades éticas, sociales y políticas como profesionales. La apropiación de la realidad en su complejidad es un proceso de aprendizaje, que, para conocerla y transformarla, nos coloca en actores cognoscentes propositivos, dialógicos y críticos que desmitifican las representaciones dominantes del conocimiento.

El *aprender* implica comprensión, implica procesos de cognición y construcción de significados, en base a la *interacción recíproca y significativa de los aportes construidos*. Los campos de conocimiento de las disciplinas fueron construyendo y construyen debates en torno al pasaje de los enfoques medicalizadores en la mirada del sujeto a conocer, (que aún perduran en los saberes y prácticas de las profesiones)

hacia una mirada de la producción socio- histórica de la subjetividad de los sujetos y con esto la aparición de movimientos de expresión en el reconocimiento de las vejeces y el envejecimiento y sus potenciales transformaciones.

Las interpelaciones discursivas en la producción de conocimiento en las profesiones, deberían reedificar la producción socio- histórica de la subjetividad, como espacio instituyente de construcción de relaciones dialógicas en la vida humana (Dornell 2019).

Esas interacciones de dialogo se desarrollan en un escenario contextual que es la vida social, en el sentido de espacio de la realidad socio-cultural del diario vivir, del aquí y ahora, el cual para comprenderlo no se debe olvidar que esta signado por el ayer que lo creo y el futuro que lo reproducirá o cambiará.

Por ello, la responsabilidad del mundo académico, como formador del recurso humano de las profesiones y como estudiosos/as de las sociedades, debería tener en su agenda el compromiso de la defensa de los derechos humanos de las personas en clave de derechos y equidad, así como la promoción de espacios de participación de manera conjunta con los diversos colectivos de la sociedad civil.

La aparición de estas contradicciones en los conocimientos adquiridos y aceptados socialmente frente a los nuevos que se comienzan a aprender, deberían generar prácticas distintivas de reconocimiento y autonomía, que habiliten a pensar a este campo de conocimientos y experiencias como campo de turbulencias, de problemas a complejizar, de temas a interpelar desde lógicas colectivas emancipadoras, que intentan des-disciplinar y des-naturalizar.

Se considera que brindarle continuidad a este proceso de intercambio continuo del devenir formativo que le habilita a problematizar de-construyendo posicionamientos rígidos y unilaterales de la razón analítica, hacia posicionamientos críticos desde la razón dialéctica, superando miradas atemporales, acríicas y ahistóricas de la vejez.

El movimiento de indagación para comprender, desentrañar, y dilucidar lo que empieza a emerger en la vejez (vejezes) y el envejecimiento, prepara a las profesiones en una incursión de caminos o recorridas trayectoriales donde el descifrar y desembrollar, se constituyen en hitos interpelantes de las pluralidades complejas.

Profa. Teresa Dornell¹.

Referencias

Dornell, T. (2019). Representaciones sociales y estereotipos sobre vejez y procesos de envejecimiento en el campo gerontológico del trabajo social en Uruguay. En: *Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, Volumen 5, número 1, año 2019. ISSN 0719-8078. pp. 108-126. Escuela de Trabajo Social Universidad Católica del Maule, Chile.

——— (Coord.) (2019). *Vejez, vulnerabilidad y derechos humanos III Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Desafíos contemporáneos de la Teoría Social*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

——— (2009). *Lo visible y lo enunciable en la vejez*. Área de Vejez y Trabajo Social. DTS-FCS-Universidad de la República. Documentos de Trabajo. En Mauros, R. *El desafío del cuidado humano en Uruguay: Dilemas para el Trabajo Social*. Área de Vejez y Trabajo Social. DTS-FCS-Universidad de la República, Documentos de Trabajo. Trabajo presentado en las XIII Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, 15-17 de septiembre de 2014.

1 Docente e Investigadora del Departamento de Trabajo Social- Facultad de Ciencias Sociales- Universidad de la República- Uruguay. Trabajadora Social con 40 de desempeño profesional y 35 de ejercicio en docencia universitaria en enseñanza de grado y postgrado, investigación y extensión. Coordinadora Responsable del Proyecto Integral Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social. Coordinadora del Área de Vejez y Trabajo Social (AVYTS) y Co-coordinadora de REDGETS. Diploma en Bioética, Red de Bioética de la Cátedra de Ética y Filosofía Política, Universidad de Valencia- España. Estudios de postgrado en Investigación cualitativa para las Ciencias de la Salud en Universidad de Guadalajara- México. Máster en Gerontología Social, Barcelona-España. Autora de diversas investigaciones y publicaciones sobre: (i) Vejez y envejecimiento, (ii) Modelos Educativos y Condiciones Laborales de los Trabajadores Sociales y, (iii) Acoso en el espacio laboral y de estudio en los contextos universitarios.

INTERVENCIONES, CUERPOS Y ESCUCHAS EN EL TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO

Paula Mara Danel¹
Agustina Favero Avico²

Resumen

Los tiempos de pandemia planetaria han puesto en evidencia la profundización de las desigualdades en las experiencias vitales de aquellos sujetos corporizados cuyas trayectorias venían sufriendo injusticias, opresiones y exclusiones de larga data. La singularidad que adquiere en nuestros territorios y subjetividades, complejizan las escenas interventivas, en donde se intentan construir algunos sentidos sobre una complejidad que se corporiza en el sentir, en el pensar y el hacer.

1 Lic. en Trabajo Social (UNLP), Dra. en Trabajo Social (UNLP). Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto de Estudios de Trabajo Social y Sociedad (IETSyS). Temas de estudio: campo de la discapacidad en el marco de las intervenciones sociales; campo gerontológico, cuidados y dispositivos de atención. También explora en el debate disciplinar de Trabajo Social. Profesora en Facultad de Trabajo Social UNLP, amplios antecedentes de intervención.

2 Lic. en Trabajo Social (UNLP), Magíster en Derechos Humanos (UNLP) y Doctoranda en Trabajo Social (FTS-UNLP). Docente Investigadora (IETSyS-FTS-UNLP). Profesora adjunta interina de la Cátedra Trabajo Social II (FTS.UNLP). Autora y coautora de diversas producciones en el campo de las políticas sociales y las intervenciones profesionales en el Trabajo Social. Cuenta con experiencia en el ejercicio profesional en el Poder Judicial de la Provincia de Buenos Aires vinculado a trayectorias vitales de juventudes.

En las búsquedas por desentrañar algunos aspectos acerca de cómo se habitan las intervenciones sociales en tiempos de pandemia, en el presente trabajo compartimos algunas reflexiones acerca de las implicancias de las matrices teóricas presentes en la disciplina, desde lo que denominamos “matriz cuatríada”, prestando principalmente atención en las corporalidades y escuchas en tanto dimensiones de la intervención social.

Introducción

En el presente trabajo proponemos algunos ejes para transitar discusiones del Trabajo Social contemporáneo en el actual contexto de pandemia y que venimos trabajando en nuestras investigaciones³. Para ello abordamos las características que asume la matriz cuatríada de configuración del orden social contemporáneo, al tiempo que nos adentraremos en debates en torno a la categoría intervención para posteriormente avanzar en un pormenorizado análisis en torno a las escuchas, enunciaciones y corporalidades presentes en la intervención profesional. Anhelamos producir reflexiones sobre las ideas asociadas a la escucha, su politización y las dimensiones que se ponen en juego en los procesos de enunciación, de percepción y de efectiva escucha, desde la horizontalidad como perspectiva metodológica (Cornejo y Rufer, 2020).

Ello a su vez, nos invita a interrogarnos acerca de cómo construimos y establecemos lazos sociales con quienes construimos intervenciones, cómo nos arrimarnos en las escenas interventivas a esas voces, pero también a las estelas sonoras desde temporalidades distintas. Las posiciones de escucha de las trabajadoras sociales en las escenas de intervención, pueden ser enlazadas a las discusiones en torno a lo

3 Estos ejes se encuentran asociados a las discusiones promovidas desde el proyecto de investigación en el cual participamos denominado “Intervenciones sociales del estado entre los años 2016-2019: una lectura a partir de los campos de actuación del Trabajo social en el gran La Plata en las tensiones entre la redistribución y la restricción” (PID 094. IETSYS. FTS. UNLP).

audible (Krause, 2018 y Sanfuentes, 2018) y las necesarias dudas para con los silencios. Por ello, traeremos la pregunta en torno a cómo se produce la trama sonora. ¿A qué sonidos le prestamos atención? ¿Cómo se configura la percepción? ¿Cómo opera la dimensión institucional en dicha configuración?

De cómo habitamos en matriz cuatríada: neoliberalismo, patriarcado, colonialidad y capacitismo

El actual tiempo histórico nos coloca frente a una compleja trama enlazada, situada y en disputa en torno a los modos en que se producen ideas sobre los lazos sociales, las formas de producción de los bienes socialmente necesarios y la configuración de los sujetos. Sujetos, relaciones sociales y producción de dinámicas de igualdad /desigualdad se enmarcan en espacios sociales singulares y con temporalidades múltiples y complejas en disputa. Por un lado, pensamos en procesos asociados a la gran vinculación (Cantarelli, 2005) en tanto modos de amalgamamiento social desde un tejido institucional estatal complejo, que posibilita integración a costo de disciplinamiento (Foucault, 1999). Y por otro, pensamos en clave de aumento de fragmentaciones y deslizamientos de sentidos en torno a la institucionalidad pública. Estos dos modos bifrontes nos ubican en la escena de lo institucional y especialmente en formas diversas de construcción de ideas en torno al habitar.

Especialmente nos interesa profundizar en el habitar, en tanto modo de expresión del estar siendo, de la espacialidad y de las temporalidades en disputa; reactualizando la memoria de la experiencia como un todo indisoluble, en el que se funden los sentidos corporales y mentales (Rivera Cusicanqui, 2015). Y esto se enmarca en procesos sociales, económicos, políticos, y simbólicos atravesados por cuatro modos de dominación: capitalismo en su fase neoliberal, colonialismo, capacitismo y patriarcado.

Decidimos mencionar a esos cuatro modos de dominación como matriz cuatríada, por una parte, porque la idea de matriz está asociada a fecundos espacios de producción de sujetos cuerpos y realidades. Las matrices, las pensamos en su carácter social e histórico; organizadoras y articuladoras del desarrollo de prácticas, políticas y sentidos. Por su parte, la metáfora cuatríada se relaciona con la música, refiere a la producción de armonía desde cuatro notas. Nos posibilita expresar la producción de algo fecundo a partir de cuatro elementos. La idea de matriz, la creemos fructífera para pensar las particularidades del contexto actual en el que se desarrolla, crece y recrea el Trabajo Social en nuestros territorios.

En ese sentido, nos apoyaremos en los desarrollos teóricos emergidos en el marco del giro poscolonial en ciencias sociales. Destacamos que la emergencia de las epistemologías del sur se vincula a que la abundancia de conocimiento sobre “la cuestión social”, no lograba producir de modo diáfano propuestas y apuestas de transformación social. En ese sentido, y siguiendo los aportes de de Sousa Santos (2010) destacamos que en el siglo XX se gestan dos modelos de transformación social, en apariencia contradictorios: el revolucionario y el reformista. Sin embargo, en ese siglo, colapsan las alternativas socialistas y se encarna el capitalismo más cruel. Las epistemologías del sur señalaron que el tipo de conocimiento que se produce en la actualidad no posibilita resultados sobre el quehacer, y a veces genera barreras al mismo.

En esa línea se propondrá la necesidad de generar un tipo de conocimiento que resulte útil a las prácticas de los movimientos sociales, y que nacen en las mismas luchas. “Designamos la diversidad epistemológica del mundo, el Sur es concebido aquí de manera metafórica como un campo de desafíos epistémicos que pretenden reparar los daños e impactos causados históricamente por el capitalismo en su relación colonial con el mundo” (de Sousa Santos y Meneses, 2014:10)

Este tipo de conocimiento, y epistemología, buscan vencer a las cuatro formas de dominación de manera articulada: capitalismo, colonialismo, capacitismo y patriarcado. En el pasado, el pensamiento crítico, revolucionario y reformista, privilegió la clase por sobre la raza y el género; en la actualidad estas epistemologías plantean que la única manera de superar la dominación es articulando las luchas sociales desde perspectivas anticapitalistas, anticolonialistas, anticapacitistas y antipatriarcales. La apuesta es a disputar en conjunto con la matriz cuatriada.

Cuando referimos a la colonialidad nos apoyamos en los desarrollos del sociólogo peruano Anibal Quijano (2011) quien propone desentrañar las conceptualizaciones asociadas a la idea de raza “que ha demostrado ser el más eficaz y perdurable instrumento de dominación social universal, pues de él paso a depender inclusive otro igualmente universal, pero más antiguo, el intersexual ó de género” (Quijano, 2011:221)

Quijano (2011) formula de modo articulado el desarrollo del capitalismo con la colonialidad del poder y del saber. Las avanzadas imperialistas del siglo XV, han dejado profundas marcas en los modos de valorización de la naturaleza, de los cuerpos, de los géneros y de la vida. Las rupturas con la colonialidad presumen un avance de estrategias articuladas de sustentabilidad de la vida. Siguiendo el legado de Fanon (2001, 1973; Walsh 2013) señalamos que la descolonización resulta una forma de (des)aprendizaje. El autor propone que es posible ese desprendimiento y la posibilidad de reaprendizaje.

Cuando proponemos pensar al capitalismo lo destacamos como el sistema de producción, distribución de riqueza más desigual a escala planetaria y que organiza múltiples dimensiones de la vida social. Por ello, el modo de vida contemporánea se organiza desde el imperativo de la maximización de ganancias y concentración de la riqueza, modo que subrayamos es sostenido cruelmente por aquellos sujetos que son colocados por fuera de los mercados de trabajo y consumo

distinguido, excepto para ser generadores de plusvalor o para brindar sus cuerpos como garantía de las rentas.

Atendiendo a las mutaciones de este sistema social de acumulación complejo, desigual, multidimensional y al modo particular de producción de valor en las sociedades contemporáneas fundamentalmente a partir de la década de 1970, retomando los aportes de Sacchi (2020) proponemos la idea de capitalismo neoliberal o capitalismo en su fase monopolista, transnacional (Piqueras, 2002) en tanto nos permite preguntarnos acerca de las racionalidades de gobierno y las formas de subjetividad, vinculadas al gobierno de los sujetos que se comportan como empresarios de sí mismos y transitan por los caminos deseables para este sistema.

En este sentido, el neoliberalismo y la Empresa constituyen las tecnologías de poder encargadas de producir unas subjetividades empresariales, unas almas y unos cuerpos, unas conductas, unos hábitos, que estén a la altura del capitalismo contemporáneo (Sacchi, 2020:16). Emplazamos entonces estas reflexiones en tiempos neoliberales, cuyas tramas no pueden ser consideradas sin sus inherentes articulaciones con el patriarcado y la colonialidad, sustentando los modos de reproducción social, tramas que se materializan en nuestros territorios corporales y subjetividades colonizando el sentido común, en tanto ética y forma de habitar el mundo (Harvey, 2005).

En ese marco, irrumpe la pandemia más grande del siglo XXI que paralizó el mundo, que generó una pausa en las interacciones tendientes a cuidar, a minimizar la propagación del virus y a traccionar el descenso del número de contagios y de muertes. Patricia Manrique (2020) señala que si tenemos interés en ser hospitalarias con el acontecimiento debemos prestar atención a la tendencia obsesiva con la mismidad. Es decir, generar una ética de la alteridad, apelar a las pedagogías y filosofías de la diferencia (Skliar, 2014).

La pandemia activó relatos, reflexiones que disputaron sentidos asociados a los cuerpos, a las vidas, a las libertades y las protecciones

estatales y sociales. Retomamos los aportes de Klein (2021) quien señala:

La práctica tanatopolítica sin un contrapeso biopolítico basado en la capacidad de rebeldía, argumentación, confrontación, pensamiento políticamente incorrecto, corre el peligro de transformarse en definitiva, inaugurando una expiación sacrificial social generalizada, donde el que no muera sanitariamente, lo hará por el desempleo, la carestía, la desesperación o la precariedad crónica (Klein, 2021:102).

Controversial resulta la afirmación de Klein, toda vez que evidencia cómo la pandemia construyó falsas dicotomías, irresolubles entre el cuidarse o empobrecerse. En el marco del modo de producción más desigual, resulta falaz dicha dicotomía. Y tal vez, la mayor paradoja es el reconocimiento de la interdependencia, de la necesidad de la otredad en tanto modo de preservación de la vida. Pero en la trama matizada cuatríada, esa otredad toma rostros de amenaza, de competencia, y la geopolítica nos impone de manera cruda la apropiación de vacunas en manos de países poderosos, y la desatención de vastos sectores de nuestras comunidades.

Klein, nos sigue provocando manifestando “Cabe pensar entonces si no estamos frente a un proyecto de sociabilidad inédito que pretende la forclusión violenta del núcleo mismo del ser humano: su capacidad instituyente” (Klien, 2021:121). Nos preguntamos, ¿estamos ante un tiempo histórico que suprime la potencia instituyente? o tal vez, estaremos habitando un tiempo que pone en evidencia las desigualdades, los estereotipos de género, edad y corporalidad. Klien nos propone la idea de precariedad tanatopolítica, porque la muerte se hace presente como horizonte inmediato a gran parte de la población.

En relación al patriarcado, siguiendo los aportes de Karina Bidaseca (2015) señalamos que se trata de un orden socio - histórico, que se profundiza en el marco del capitalismo. Ku-Kum Bhavnani y Margaret Coulson (2004) exponen la idea de «capitalismo patriarcal racialmente

estructurado», cómo modo de explicar las dinámicas opresivas intersectadas.

Se trata de un problema social del dominio de las relaciones de poder y dominación, por medio del cual se establece una jerarquía de valores que otorga al género masculino la superioridad por sobre el femenino; en el contexto de la configuración extractivista y depredadora del capitalismo en su fase contemporánea. Se trata así de pensar la analogía entre los feminicidios con el orden capitalista —masculino, racista y patriarcal— sobre los territorios —cuerpo/femenino—. (Bidaseca, 2015:21)

Por ello, destacamos que la supremacía patriarcal de género se sustenta en violencias contra las mujeres en tanto mecanismo de control, de sujeción, que al mismo tiempo produce poder para los hombres (Russell, 2006). Estas afirmaciones, siempre ameritan ser situadas, colocadas en marcos territoriales singulares que nos permitan dar cuenta de las desigualdades en sus múltiples dimensiones y sectores, produciendo escenarios de exclusión, opresión e injusticia.

La matriz cuatríada, alimentada por el capitalismo, en su fase neoliberal, la colonialidad y el patriarcado, genera acciones de opresión, de apropiación de cuerpos, dominación patriarcal y racista que mientras oprime mantiene con vida, obligando a la sobrevivencia a vastos sectores de la sociedad.

Y en ese marco, colocamos el cuarto elemento de la cuatríada, el capacitismo. Según Toboso (2017) y retomando a Campbell (2008) lo definen como aquella trama, red de sentidos, y prácticas sociales que producen imágenes normativizadas de sujetos y de cuerpos ligando esa norma a un modo único de existencia. Las marcas de las múltiples diferencias que caracterizan a nuestros pueblos son colocadas como fallas, como señas malditas de la imperfección.

Esta matriz cuatríada, que trama los modos de habitar el mundo, las políticas sociales y las instituciones, se expresa de variadas formas en

los procesos interventivos. Y en tal sentido, destacamos que desde el Trabajo Social se vienen generando aportes teóricos reconociendo la necesidad de un pensar situado (Carballeda, 2013), y de tomar los aportes de las epistemologías poscoloniales (Muñoz, 2015) y decoloniales (Meschini y Hermida, 2018).

El problema de asumir perspectivas y modelos de intervención producidos en países desarrollados (y transferidos como marcos de referencia universales para un trabajo social también universal) radica en que estas son elaboraciones geopolíticamente construidas, y en ese sentido, responden a los ideales occidentales, eurocéntricos y capitalistas propios de las sociedades que las hacen emerger. Es decir, estas perspectivas y modelos de intervención del trabajo social aluden a formas de configuración de lo social que les son propias: historia de colonización, explotación económica y asimilación cultural de las sociedades sometidas, subjetividades enraizadas en un ethos cultural protestante, consolidación de sistemas democráticos internos con tasas de pobreza y desigualdad incomparables con las de nuestros países, estados de bienestar que aún con sus ajustes coyunturales no pueden ser comparados con nuestros estados subsidiarios, entre muchas otras. (Muñoz, 2015:40)

Siguiendo en la misma tesitura, señalamos que las referencias teóricas que se inscriben en la perspectiva decolonial nos invitan a producir un debate en torno a las posibles rupturas con la colonialidad del poder, el capitalismo y el eurocentrismo. “El giro epistémico decolonial es una consecuencia de la formación e instauración de la matriz colonial de poder que Anibal Quijano denuncia en un artículo pionero en el que se resume la plataforma del proyecto modernidad/colonialidad” (Mignolo, 2007:250). Sin dudas los textos neoliberales y sus perversos procesos de profundización de las desigualdades, performan límites y posibilidades para el trabajo social, interpelan cada proceso, los traen con sus lógicas.

En las búsquedas por desarmar esas tramas tejidas por el ethos neoliberal y sus modos de colonizar el trabajo social, se torna vital situar desde dónde, desde qué lugar enunciar preguntas y bosquejar desde lo colectivo algunas respuestas, siempre abiertas. La invitación es entonces a producir un movimiento riguroso de descentramiento epistémico, a corrernos de esos lugares recurrentes desde donde construimos nuestras reflexiones y preguntas; en tanto que la complejidad de la realidad nos interpela a que nuestras formas de conocimiento traigan ese movimiento hacia una enunciación desde la herida colonial patriarcal (Hermida, 2020) para repensar los procesos de intervención el trabajo social.

De esta matriz en este movimiento, asumimos la mirada de la intervención de Trabajo Social como una trama (Danel, et al 2020), configurada desde urdimbres que sustentan, sostienen y alojan esos hilos de colores distintos, de texturas variadas, de grosores dispersos que conforman el Trabajo Social contemporáneo. Un campo problemático (Rozas Pagaza, 2010) que se estructura a partir de una multiplicidad de vectores en disputa y que responde a los modos sociales en que se producen respuestas.

Desde estos sentipensares, proponemos un modo situado de pensar la profesión, mirada que implica a su vez una postura epistemológica signada por la contradicción (Castro Serrano y Flotts de los Hoyos, 2018), entre los modos disciplinarios orientados a la producción de valor en sus formas contemporáneas y las luchas colectivas de transformación social. Reparar en las escenas interventivas en los pliegues de estos procesos, los hilos cuatríados, los insurgentes, los creativos y las sombras que los (nos) habitan, tal vez nos permitan re-velear, re-escuchar y conjurar con quienes trabajamos, maneras otras de hacer frente a dicha embestida neoliberal.

Escenas interventivas: dimensión corporal, escuchas y atmósferas sonoras

ESCENA: La escena transcurre en un servicio social de una institución estatal en la que los usuarios de los servicios asistenciales esperan pasivamente ser atendidos, recordando aquello que Javier Auyero describe en "Pacientes de estado" (2012). Sonidos intercalados, palabras en registros diferentes se perciben en el espacio del cubículo en el que transcurre la entrevista. La enunciación desde las carencias, de los dolores, los sufrimientos y al mismo tiempo desde las esperanzas. La voz impostada de la trabajadora social, escritorío de por medio, procura sostener el encuadre de la entrevista, ratificar la disposición a escuchar las heterogéneas voces de los usuarios se expresan entre susurros y voces alteradas.

Las escenas interventivas implican movimientos orientados hacia explorar nuestros modos de habitar la incomodidad en el Trabajo Social (Danel, 2020). Como parte de estas búsquedas, entendemos a la dimensión corporal como fundamental argumento de nuestras existencias, considerando nuestra condición de sujetos corporizados. Siguiendo los aportes de Jackson (2011) nos interesan análisis fundados que consideren los entramados de prácticas corporales en el campo social. Es decir, considerar la comunicación a través del cuerpo, los significados que exceden las enunciaciones, en tanto el significado de la praxis corporal no siempre es reducible a operaciones cognitivas y semánticas (Jackson, 2011:64). El autor nos invita a reconocer cómo el cuerpo es capaz de unir y formar el terreno para un entendimiento empático, lo que nos habilita a pensar las escenas interventivas en las que los sujetos corporizados nos encontramos, dialogamos y nos tramamos.

Jackson (2011) y Csordas (2011) nos proponen pensar el cuerpo como sustrato existencial y al mismo tiempo invitan a pensar que la experiencia corporizada es el punto de partida para analizar la participación en el mundo social y cultural. Nos apropiamos de sus ideas

para pensar cómo es necesario reponer el cuerpo, en tanto punto de partida, para analizar las escenas interventivas, para comprender las enunciaciones, gestualidades y prácticas sociales que las ambientan y se incorporan en acto. De esta manera, entendemos que “la intervención se da en un entre, es algo que se da entre las personas, entre los lenguajes, entre los cuerpos, entre los lugares, entre los saberes” (Danel, 2018:114).

En ese marco, desde ese punto de partida destacamos que las enunciaciones hacen parte de una trama sonora que anhela ser develada, escuchada, analizada. Los heterogéneos decires en los servicios sociales, los gritos de reclamo, los susurros de desesperanzas, requieren ser comprendidos en las tramas sonoras que las contienen. Nuestra regular y colonizada escucha, suponía que solo debemos prestar atención a lo enunciado en esa escena interventiva.

Cuando Francisco Sanfuentes propone “desde la intemperie de la calle, escuchar el pequeño mundo” (2019:5), nos invita a abrir la percepción, y estar atentas a los rastros que dejaron estelas de sonidos, que están siendo casi inaudibles. El sujeto que se sienta frente a nosotras, está investido de esa estela, de sus propias y ancestrales voces que lo narran. ¿Qué cosas resultan inaudibles en los espacios de entrevistas de los servicios sociales? ¿Cuáles son los rituales que delimitan nuestra escucha? ¿Qué rastros estamos dispuestas a escuchar?

Escuchamos aquello que nos narran los sujetos que llegan a los servicios sociales, relatos situados, signados por historias de desigualdades y opresiones hechas cuerpos. Estos enunciados acerca de sus trayectorias vitales, se presentan al decir de Foucault en discursos “como juego estratégico y polisémico” (1989:15) que en cada encuentro, sostienen, recrean y cuestionan lo que se crea colectivamente en los escenarios de intervención. Los discursos silenciados, sus pliegues y olvidos en la trama de enunciaciones de los sujetos son enclaves que “gestionan identidad” (Pollak y Heinich, 1986:5), en tanto modos personales y colectivos que dan cuenta de modos particulares de

subjetivación, de sentires y pensares situados en nuestros territorios. Los mismos forman parte de aquellas estelas de sonido de las escenas interventivas.

En este punto y desde la matriz cuatríada que venimos explorando, los registros que producimos acerca de aquello que corporizamos, escuchamos y percibimos, suponen dimensiones de poder que acaorean un sesgo disciplinar y de jurisdicción propio de los mandatos institucionales orientados a documentar incesantemente prácticas individuales y colectivas. Apelando a la dimensión coercitiva del concepto de archivo de Foucault y de los límites de lo narrable, Mario Rufer (2016) propone cuestionar la lógica de producción de los documentos/huellas y pensar las condiciones de la enunciación ocultas en el registro sobre les otros como relaciones de poder: “sus condiciones de enunciación y lo que de ellas llega a nosotros, es una cadena de huellas de supresión, de fracaso del sujeto soberano y de ejercicios de poder” (2016:176).

Se impone, por un lado, la pregunta acerca de cuáles son las condiciones de enunciación en los escenarios interventivos, sobre los modos en que generamos – o no - dispositivos que habiliten la percepción y escucha de experiencias vitales, y sobre los límites de lo narrable. ¿Cómo armonizar la necesidad de construir una narrativa de esos relatos situados en términos de reconocimiento e inclusión social que al mismo tiempo sean respetuosos con los silencios que se guardan, con lo íntimo y privado? Por otro lado, sobreviene la pregunta acerca de qué y cómo se decide lo que se registra de esos enunciados, de la atmósfera sonora, del lenguaje corporal, de la atmósfera sonora en torno a producir procesos de inclusión social o por el contrario, de exclusión y violencia.

En este sentido, afirmamos que aquello que nos comparten los sujetos con quienes trabajamos y que desde la dimensión corporal percibimos en las escenas interventivas, conlleva una potencia de transformación. Para Borra (2013) no hablamos para las autoridades, “más

bien hablamos para los que agencian o podrían agenciar ahí, de forma crítica, en esa comunidad de luchas y demandas de justicia, en ese reconocimiento de los otros como constitutivos de nuestra identidad” (2013:47). ¿De qué maneras se manifiestan los actos performativos de los registros en los cuerpos y vidas de estos sujetos?

Tal vez seamos capaces de registrar las estelas de sonidos y romper con la linealidad de los relatos homogéneos. Para ello, debemos permitirnos escuchar los sonidos que abruma, que inquietan y refractan en nuestras propias sombras. Nos referimos a los relatos de dolor, sufrimiento, exclusiones, opresiones y maltratos. Sabemos que no quedamos indemnes ante ellos, que se escurren en nuestros cuerpos, y que nos provocan la necesidad de acompañar empáticamente con un gesto, una mirada, una disposición corporal ante aquellas historias puestas en la escena. En este contexto, contra el distanciamiento proponemos la reflexividad. Deleuze (2005) nos invita a pensar en términos de vibración convertidos en resonancias, es decir reconocer los acoplamientos, las figuras entrelazadas, y aquí retomamos la idea de pensar las agencias de la dimensión corporal como potencia.

El desafío será generar tramas polifónicas y derivas desde las tensiones y las diásporas de las temporalidades. Para ello, tomamos las propuestas de la escena/arte: “Se perdió el comprender oyendo, hoy se oye comprendiendo” (Steiner, 1981:145). Esto implica recuperar apreciaciones, desandar caminos desde la percepción, hacia ideas de juntura en las escenas interventivas.

ESCENA: Transcurrían los primeros días del mes de abril 2020, con imperativos de aislamiento social preventivo y obligatorio en su etapa más intensa. Nadie salía de sus casas, a menos que necesitara procurarse alimentos u otros elementos esenciales. El servicio social continúa funcionando con teletrabajo. Los seguimientos de las situaciones sociales, de sujetos incluidos en programas se realizan en forma telefónica. El sonido del llamado irrumpe en esos hogares y la entrevista comienza a desarrollarse, no sin interferencias de conectividad, el eco de otras

voces, sonidos domésticos, interrupciones. Todo aquello que transcurre alrededor de los teléfonos mientras se procura compartir algunos relatos de cómo transcurre la pandemia para aquellas vidas deshilachadas.

Los encuadres necesitan ser recreados, re pensados, nuevamente habitados. La pandemia irrumpió en nuestras vidas, pero generó marcas lacerantes en aquellos que necesitaban el espacio público para desarrollar acciones en la denominada economía informal. Recordando a Manuel Castells (1979) cuando decía que en nuestro continente el trabajo de servicios toma rostro de vendedores ambulantes. En este tiempo histórico se lo llama emprendedores. El aislamiento social, preventivo y obligatorio que preservaba la vida, se ensañó con aquellos que corporizan la pobreza. Resuena nuevamente la idea de precariedad tanatopolítica que nos proponía Klein, precariedad que se agudiza para las vidas feminizadas.

Para Adrian Scribano (2021), algunas de las transformaciones que introdujo el coronavirus -entre tantas otras- versan sobre transformación de las geometrías de los cuerpos, la modificación de sensibilidades de socialización gregarias y las distancias de discriminación. En este sentido, reflexionar acerca de lo que nos evoca la idea de lo distante, nos invita a explorar sobre las corporalidades y las emociones en las actuales escenas interventivas, es decir, sobre aquello que durante largo tiempo fue desestimado por el racionalismo moderno trenzado con el patriarcado.

Nos interrogamos cómo habitamos las intervenciones distópicas, cómo y en qué condiciones construimos lazos sociales en tiempos de aislamiento, cómo vibran nuestros cuerpos distanciados. Nos preguntamos, además, sobre las percepciones de líneas vibratorias desde los sonidos a través de las pantallas ¿De qué manera se producen estas percepciones en sujetos que presentan barreras de acceso? ¿Cómo resuenan esas voces? ¿El teletrabajo solidifica el capacitismo?

No podemos tocarnos, abrazarnos, sostenernos con nuestras manos. “La intervención profesional de los trabajadores sociales está

integrada de sutiles actos, de miradas intercambiadas, de palabras enunciadas en contextos de entrevistas, de información compartida, de accesos habilitados" (Danel, 2018:164). ¿Cómo se sostienen esas gestualidades en estas distopías? ¿Cómo escuchar y registrar los múltiples procesos de desigualdad a través de las redes sociales, cómo se tramitan las diferencias?

Entendemos que distanciarnos socialmente sólo alimenta el régimen que vivimos, acercarnos -estar próximos en la distancia física- es una política afectiva de cuidado (Zunino Singh, 2020:4). Desde esta perspectiva, reflexionar sobre los modos en que se habitan las intervenciones del Trabajo Social reviste una potencia significativa por cuanto nos permite considerar la trama relacional que establecemos en los procesos interventivos, y entre esos hilos fundamentalmente, los que tejemos con los sujetos con quienes trabajamos. Sobre los modos de tejer, proponemos la horizontalidad.

Desarrollar horizontalidad: la dimensión epistemológica y teórico metodológica

Los debates en torno a las dimensiones teóricas metodológicas y ético políticas que cargan de sentido a nuestras prácticas, dejan entrever los modos en los que se imbrican las matrices teóricas en la profesión. Matrices que, por momentos desde la soberbia, se imponen ante discursos - otros, deslegitimando interlocutores, despreciando conocimientos disruptivos, excluyendo alternativas vitales, evidenciando las inherentes relaciones de poder que están presentes en las escenas interventivas. En contra de la soberbia surge la humildad. Etimológicamente la palabra humildad (humilítas = humus = 'tierra'), implica reconocer que todos los seres humanos somos igualmente dignos porque todos venimos de la tierra.

Entonces si emprendemos prácticas de resistencia frente a estas tramas cuatríadas en las intervenciones ¿cómo plantear prácticas más horizontales y producir conocimiento dialógico? Proponemos ex-

plorar estas experiencias desde la horizontalidad como perspectiva metodológica (Cornejo y Rufer, 2020), apelando a ideas asociadas al archivo. Y desde allí pensar la dimensión instrumental del ejercicio de la profesión. Esto supone “habilitar que la contienda por el sentido, la definición de intereses, de objeto y de preguntas, pueda y deba ser disputada por los investigados” (Cornejo y Rufer, 2020:15) y agregamos, por los interventores en lo social.

Las escenas interventivas, desplegadas pre y pospandemia nos colocan en dilemas éticos, en apuestas colectivas. “Cornú (2007) plantea que la hospitalidad es la que acoge a la mesa, es el conjunto de gestos y de ritos del umbral, de la entrada. Los gestos mínimos, son los que evidencian las apuestas estratégicas, los compromisos ético – políticos” (Danel, 2018:164).

La hospitalidad se enlaza a los sentidos asociados a la horizontalidad, como perspectiva metodológica, y ético política.

La horizontalidad propone otro ejercicio más difícil y más desestabilizador: una escucha que no extraiga, que no seleccione arbitrariamente, que renuncie a la estrategia geométrica del encuadre como la confirmación de lo que ya “sabemos” y que únicamente nos valida a nosotros investigadores...La metodología horizontal no es exclusiva de un campo de estudio ni de los saberes silenciados, se trata de llevarla al plano de las relaciones investigador-investigado para intercambiar lugares ahí donde surge el conflicto generador como condición inevitable para crear lazos de reciprocidad. (Cornejo y Rufer, 2020:16)

La escucha desde esta perspectiva, se configura como una posibilidad de encuentro: una acción comunicativa dialógica que nos empareje (Lenkersdorf, 2008), que nos acerque al escuchar(nos) como forma de vincularnos, de generar lazos, fortalecerlos desde la horizontalidad. Ello implica enfrentar el desafío de situarnos y hacernos cargo de los conflictos que implican estas experiencias de coautoría. “Cuando los trabajadores sociales ponemos el cuerpo en la realización de visitas

domiciliarias, evidencian los conceptos de cuerpo vivido y la producción de espacialidad. Supone una idea de localización de las prácticas sociales y un lugar diferencial al cuerpo” (Danel, 2018:174).

¿Cómo viven nuestros cuerpos en los nuevos repertorios de intervención? La pandemia, limita la realización de visitas, y en los casos en los que se realizan deben estar mediados por elementos de protección personal (barbijos, máscaras de acrílico, etc) ¿Cuáles son los locus de las prácticas interventivas? Pues acaso cuando se realizan videos llamadas por whatsapp, ¿logramos estar allí, activar la escucha, en el mismo lugar que les sujetos de intervención?

La experiencia de la pandemia, deslocaliza la intervención. Nos quitó algunas de las certezas, y nos permitió reconocer otras formas de materializar el acercamiento a las trayectorias de niñas, niños, jóvenes, adultos y mayores. Cada generación encontró modos distintos de seguir enlazado, de hacer presente a otros y de poner de manifiesto sus necesidades. Al mismo tiempo, los trabajadores sociales ratificamos nuestras apuestas y nos permitimos dudar de algunas formas y temporalidades institucionalizadas.

Estas apuestas interpelan a nuestros cuerpos y subjetividades hacia una apertura de lo perceptivo y una especial disposición para una escucha vinculante, que promueva juntas desde el reconocimiento de voces horizontales colocadoras en la construcción de las luchas colectivas, que claman -en definitiva- por sociedades con menos violencias y opresiones.

Reflexiones finales: coda en apertura

La música nos sigue brindando posibles metaforizaciones para acercarnos a cierta inteligibilidad de los procesos interventivos del Trabajo Social. Por ello, la reiteración de aquellas notas que invitan a bailar nos parecen relevantes a la hora de pensar los ejes estructurantes de la intervención. La pandemia, colocó a los trabajadores sociales en

suelos movedizos, en escenas que mostraban otras estructuras, lo que operó de modo generativo para recrear su función social.

En las búsquedas de notas, de sonidos y de melodías, hallamos un Trabajo Social que está disputando sentidos en torno a sus propias acciones, a las condiciones de producción de la profesión y al mismo tiempo integrado a luchas colectivas para generar rupturas con una matriz cuatrída que pone en escenas de sufrimiento social a vastos sectores de nuestra comunidad.

En el texto propusimos un recorrido analítico de los elementos que conforman la matriz mencionada, y nos interrogamos sobre la experiencia mundial de pandemia con los atravesamientos en los procesos de intervención. En esa línea analizamos escenas, pre y pos-pandemia, las escuchas y los encuentros. Se trata de una propuesta comprensiva, posibilitada por la revisión de nuestras prácticas y el intercambio constante con colegas en ejercicio de la profesión.

Escucharnos, arimarnos, vibrarnos aun manteniendo distancias; implica generar interdependientemente procesos que permitan la reflexión colectiva sobre nuestras formas de vivir, de sentir, existir y pensar, la deconstrucción de modos performativos posibles y el reconocimiento de cuerpos con vidas precarias que pulsan el deseo de vidas distintas.

Bibliografía

Auyero, J (2012). Pacientes de estado. EUDEBA, Bs As.

Bhavnani, K. y Coulson, M. (2004) Transformar el feminismo socialista. El reto del racismo. En: Hooks, B; Brah, A; Sandoval, C; Anzaldúa, G, Levins Morales, G;

Bhavnani, K; Coulson, M; Alexander, J; Talpade Mohanty, C. Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras (pp. 51-62) Madrid: Traficantes de sueños.

Bidaseca, K. (2015) Escritos en los cuerpos racializados. Lenguas, memoria y genealogías (pos) coloniales del feminicidio. Palma. Edicions Universitat de les illes Balears.

Borra, A. (2013) Adiós a la inmigración ¿Pueden hablar los sujetos migrantes? En *Ecléctica, Revista de estudios culturales*. núm. 2. ISSN 2254-0113 pp 34-49. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/revista/18350/A/201>

Campbell, F. (2008) Refusing Able(ness): A Preliminary Conversation about Ableism, *M/C Journal*, 11(3). Disponible en: <http://journal.media-culture.org.au/index.php/mcjournal/article/view/46>

Carballeda, A. (2008) Escuchar las prácticas. La supervisión como proceso de análisis de la intervención en lo social. Editorial Espacio, Buenos Aires.

Castro Serrano B y Flotts de los Hoyos M (2018) Imaginarios de transformación. *El Trabajo Social revisitado*. RiLL editores y Universidad Andrés bello. Santiago de Chile

Cantarelli, M. (2005) Fragmentación y construcción política: de la demanda a la responsabilidad. Actas de las Cuartas Jornadas NOA-NEA de cooperación técnica con equipos de gestión provincial Del 8 al 11 de noviembre de 2005, Chaco. Disponible en <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL002011.pdf>

Carballeda, AJM (2013) Intervención en lo Social desde una perspectiva americana. *Margen*. Buenos aires: margen. 2013 vol.0 n°70. p1 - 6.

Castells, M. (1979) La cuestión urbana. Buenos Aires: Siglo XXI.

Csordas, T (2011) Modos somáticos de atención. En: Citro, S. (2011). *Cuerpos plurales*. Antropología de y desde los cuerpos. Editorial Biblos. Buenos Aires.

Cornejo I y Rufer M (2020): *Horizontalidad Hacia una crítica de la metodología*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; México: Centro de Estudios Latinoamericanos Avanzados –CALAS.

Danel, P. (2018) *Trabajo Social y Discapacidad. Intervenciones, trayectorias y temporalidades*. Paraná. Editorial La Hendija.

——— (2020). *Habitar la incomodidad desde las intervenciones del Trabajo Social*. En: *Revista Escenarios* N. 31. FTS. UNLP.

Danel, P y Velurtas M (en prensa): *Entre precariedades y derechos: anudando debates del Trabajo Social, las políticas sociales y la intervención*. Coordinadoras: Velurtas, M y Danel P. *Convocatoria Libros de cátedra*. EDULP, 2019. ISBN 978-987-1985-623

Deleuze, G. (2005) *Francis Bacon. Lógica de la sensación*. Paidós, Madrid.

De Sousa Santos, B. (2010) *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Uruguay: Trilce Editorial.

De Sousa Santos, B. y Meneses, MP. (2014) Introducción. En: De Sousa Santos B y Meneses P. *Epistemologías del Sur. Perspectivas*. Editores Akal, Madrid

Fanon, F (2001). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica

——— (1973) *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Editorial Abraxas.

Foucault, M. (1999) *Las redes del poder*. En: Ferrer Ch. (comp.) *El lenguaje libertario*. Buenos Aires: Altamira.

——— (1989): "Vigilar y Castigar - El nacimiento de la prisión". SXXI Editores, 17° edición en español, primera reimpresión en Argentina.

Harvey, D. (2005). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press Howard y Hoffman.

Hermida, M.E. (2018). *Habitar las instituciones: notas para una intervención social -otra en contextos de colonialidad*. Trabajo presentado en las II Jornadas Internas "Las Colonialidades instituidas: procesos, relaciones, estrategias". Organizadas por el CIETP, Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, Facultad de Humanidades y Artes, UNR - CONICET, Rosario. 6 y 7 de septiembre de 2018.

——— (2020) *La tercera interrupción en Trabajo Social: descolonizar y despatricularizar*. Revista Libertas, Juiz de Fora, v.20, n.1, p. 94-119, jan. / jun. 2020 ISSN 1980-8518

Hermida, Maria y Meschini, Paula (2018) *Trabajo Social y Descolonialidad*. Mar del Plata: EUDEM.

Jackson, M. (2011) *Conocimiento del cuerpo*. En: Citro S (2011). *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. Editorial Biblos. Buenos Aires.

Klein Caballero A. (2021) *Tanatopolítica, totalitarismo y coronavirus, un recorrido por los excesos*. *Intersticios Sociales*, (21), 99-124. Disponible en <http://www.intersticiosociales.com/index.php/is/article/view/434>

Krause, R. (2018a) *Historia del paisaje sonoro*. Material del curso "Paisaje Sonoro: escucha, experiencia y cotidianidad", impartido en UAbierta, Universidad de Chile.

——— (2018b) Los instrumentos de la escucha. Material del curso “Paisaje Sonoro: experiencia y cotidianidad”, impartido en UAbierta, Universidad de Chile.

Lenkersdorf, C (2008) Aprender a escuchar. México D. F.: Editorial Plaza y Valdes

Manrique, P., Agamben G, Zizek S, Nancy J, Berardi F, López Petit S, Butler J, Badiou A, Harvey D, Byung-Chul Han, Zibechi R, Galindo M, Markus G, Yañez González G, Preciado P (2020) Sopa de Wuhan. Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio)

Mignolo, W. (2010) Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la Decolonialidad. Ediciones del Siglo, Buenos Aires

——— (2007). La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial. Barcelona. Gedis.

Muñoz Arce, G (2015)- Imperialismo profesional y trabajo social en América Latina. Polis [En línea], 40 | 2015, Publicado el 17 mayo 2015, consultado el 30 abril 2019. URL: <http://journals.openedition.org/polis/10812>

Piqueras, A. (2002) La economía. En: De la Cruz, I. y otros, Introducción a la antropología para la intervención social. Valencia: Tirant Lo Blanch.

Pollak, M y Heinich N. (1986) El testimonio. En: Pollak, M. Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite. Buenos Aires: Ediciones Al Margen.

Quijano, A. (2011) Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina. En Edgardo

Lander (Comp.) Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales, Buenos Aires, CLACSO-UNESCO.

Rivera Cusicanqui, Silvia (2015) Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina. Buenos Aires: Tinta Limón

Rozas Pagaza, M (2010): “La intervención profesional un campo problemático tensionado por las transformaciones sociales, económicas y políticas de la sociedad contemporánea” O Social em Questão - Ano XIII - nº 24 - Jul-Dez 2010. Pp 43-53

Rufer, M. (2016): "El archivo: de la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial". En Gorbach F. y Rufer M (coord.): (In) disciplinar la investigación: Archivo, trabajo de campo y escritura. Siglo XXI Editores, México.

Russell, D y Harmes, R. (2006) Femicidio: una perspectiva global. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Comisión Especial para Conocer y dar Seguimiento a las investigaciones relacionadas con los feminicidios en la República Mexicana y a la procuración de Justicia Vinculada. México.

Sacchi, E. (2020): Elementos para una genealogía de la crueldad neoliberal: gubernamentalidad, post-fordismo, acumulación originaria y colonialidad. En: Dorsal. Revista de Estudios Foucaultianos. Número 8, junio 2020, 11-33. ISSN: 0719-7519

Sanfuentes, F. (2018) Exploración de sonidos en lo cotidiano. Material del curso Paisaje Sonoro: escucha, experiencia y cotidianidad, impartido en UAbierta, Universidad de Chile.

——— (2018a) Exploración de sonidos en lo cotidiano. Material del curso Paisaje Sonoro: escucha, experiencia y cotidianidad, impartido en UAbierta, Universidad de Chile.

——— (2018b) Los sonidos y sus significados. Material del curso Paisaje Sonoro: escucha, experiencia y cotidianidad, impartido en UAbierta, Universidad de Chile.

Skljar, Carlos (2014). La cuestión de las diferencias en educación: tensiones entre inclusión y alteridad. Revista de Investigaciones UCM, 14(24), 150-159.

Scribano, A (2020) La guerra de las curvas: pandemia, sensibilidades y estructuración social. En: Revista Simbiótica, [pp 563-68]Edição Especial, vol.7, n.1, jun., 2020

Steiner, R. (1981). Sprachgestaltung und Dramatische Kunst (Formación del Habla y Arte Dramático). Suiza: Rudolf

Steiner Verlag. (1° edición: 1926). Traducciones de citas del original: Flavia Montello. / La Formación de la Palabra y el Arte Dramático. Tomo 1 (2015) y El arte de la interpretación, la escena y la producción. Tomo 2 (2017). España: Editorial Rudolf Steiner

Toboso Martín, M. (2017) Capacitismo, En Lucas Platero, R., Rosón, M. y Ortega E. (eds.): Barbarismos queer y otras esdrújulas. (pp. 73-81) Barcelona. Ed. Bellaterra.

Walsh, C. (2013) - editora - Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re) existir y (re) vivir. Quito. Ediciones Abya-Yala

Zunino Singh, D. (2020). La pandemia y lo social. El distanciamiento físico, no social. Ideas-fuerzas sobre la proximidad. Disponible en: <http://revista-bordes.unpaz.edu.ar/es-distanciamiento-fisico-no-social-ideas-fuerzas-sobre-la-proximidad/>

Videos

Área Vejez y Trabajo Social - AVYTS (27 de octubre de 2020). Paula Danel - Clase de decolonialidad y Trabajo Social. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=4-KJuZsJ7ro>

Danel, P. [Paula Danel] (17 de noviembre de 2020). Charla Danel Paula en la Universidad San Sebastián. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=sni-ikjv0MYU>

LAS EXPRESIONES CULTURALES EN LOS ANDAMIAJES TERRITORIALES EN CONTEXTOS DE PANDEMIAS: UN APOORTE PARA INTERPELAR LAS VEJECES

Teresa Dornell⁴

Resumen

El presente artículo es un ensayo que pretende poner en debate las interpelaciones, en tanto, construcción de sentido del lugar de las vejeces en los diversos contextos de pandemias acaecidos por las proyecciones que ha adquirido en las actuales circunstancias el COVID-19.

Estas pandemias generaron miedos, angustias y temores que colocaron la ruptura con un afuera peligroso, porque podía enfermarnos e incluso morirnos. Esto conllevó a la distancia física y por ende social,

4 Docente Investigadora del Departamento de Trabajo Social-Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de la República- Uruguay. Trabajadora Social con 40 años de desempeño profesional en el campo de la salud y 35 años de ejercicio en docencia universitaria en enseñanza, investigación y extensión. Coordinadora Responsable del Proyecto Integral Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social. Coordinadora del Área de Vejez y Trabajo Social y Co-coordinadora de REDGETS. Diplomada en Bioética, Red de Bioética de la Cátedra de Ética y Filosofía Política, Universidad de Valencia-España. Estudios de postgrado en Investigación cualitativa para las Ciencias de la Salud en Universidad de Guadalajara-México. Máster en Gerontología Social, Barcelona-España. Autora de diversas investigaciones y publicaciones sobre: (i) Vejez y envejecimiento, (ii) Modelos Educativos y Condiciones Laborales de los Trabajadores Sociales y, (iii) Acoso en el espacio laboral y de estudio en los contextos universitarios.

confinándonos, alejándonos de nuestros seres queridos y espacios naturales de socialización, de encuentro con el/los otros, provocando de manera abrupta una irrupción de las relaciones sociales vitales (trabajo, estudio, ocio, familia). Los ámbitos naturales de socialización se vieron interrumpidos y con ello los campos rutinarios y ritualizados del mundo de la cotidianidad.

Una posible salida frente a la provocación que han causado estas pandemias es la centralidad de lo territorial hacia lo comunitario, que comprendería fomentar el dialogo de saberes, habilitando procedimientos que permitan indiscutiblemente evidenciar el lugar en donde se producen esos esquemas culturales, que favorecerán el impulso de la interdisciplinariedad hacia la transdisciplinariedad para la comprensión de las vejez con la posibilidad de repensar estos contextos pandémicos.

Comprender para actuar

“El seleccionar qué conocer y cómo conocer aquello que nos interpela y preocupa de la realidad, se refiere al planteo de la necesidad de decidir como recortar las experiencias que son parte de esa realidad, a la que se quiere acceder a través del conocimiento, y que este está condicionado por la subjetividad de quienes estén implicados en esa interpelación, guiando al camino de la comprensión de la acción”. (Dornell, 2020).

En estos contextos de pandemias que se está viviendo, las informaciones sobre las vacunas, sus distribuciones en los diversos territorios nacionales, regionales e internacionales, y las dosis que existen en los países, junto a los datos estadísticos de la mortalidad de personas frente al corona virus y el número creciente de infectados siguen siendo noticia, provocando temores en el conjunto de la población, especialmente en las personas viejas, por ser consideradas el grupo central del riesgo.

A esto se suma, los anuncios esporádicos del gobierno en las conferencias de prensa sobre cuáles serán las medidas a implementar,

sobre el stock de vacunas y el retroceso hacia el encierro, que nuevamente lleva a la suspensión de actividades, con el consiguiente retorno a nuestros hogares y la consigna de regresar al teletrabajo o teleestudio, incitando a las personas a la no movilidad manteniendo la burbuja familiar, medidas que someten a la población a una cuarentena obligatoria.

Si bien, la pandemia del coronavirus (Covid-19) fue un corte sorpresivo de la realidad que se conocía, trajo consigo el abandonado parcial de los espacios de trabajo y estudio que se tenían naturalizados, así como un trastoque de la rutina diaria, con la consigna de refugiarse en los hogares, de aislarse de los otros, para no contagiarse o no contagiar, situación primaria que en las personas mayores provocó un impacto de importancia en sus conductas diarias de encuentro, de socialización y/ de participación en diversos espacios de la sociedad.

En este contexto, se debe formular algunas preguntas: ¿qué pasa con aquellos que tienen trabajos zafrales o por cuenta propia, o ya se encontraban desafiados del mundo del empleo y del estudio? O ¿qué pasa con aquellos que no tienen un refugio domiciliario para poder aislarse porque no han tenido acceso a sistemas habitacionales? o ¿qué ocurre con las personas que viven solas en estos espacios de distanciamiento social? Las posibles puertas de salida, para poder responder a estas interrogantes no son el eje central de este artículo, aunque parece neurálgico expresarlas porque se constituyen en vectores transversales que ocultan expresiones y/o manifestaciones de desigual.

Este distanciamiento que nos aisló, vulneró aún más a actores con desigualdades e inequidades históricas, mostrándose el aumento de indicadores de violencia de género, de maltrato hacia niñas, niños, adolescentes y personas viejas, como consecuencia de una convivencia de veinticuatro horas diarias en el seno del hogar con personas violentas y maltratadoras. El encierro contribuyó a aflorar los agobios, las frustraciones y las insatisfacciones personales, facilitando el

aumento a la exposición de la violencia cotidiana, pasando a ser el distanciamiento una opción a cumplir y no una disposición a elegir (Dornell, 2020).

La diversidad de las comunicaciones van generando, especialmente en las personas mayores incertidumbre, por no ser claros los mensajes en referencia a las medidas adoptadas, ocasionando pánico y engendrando ideas catastróficas sobre el devenir de los seres humanos y el mundo, temiendo la desaparición de la cultura que se fundó, en el entendido de representación y base de los cimientos primarios de la sociedad que han ido construyendo- creando, una visión casi apocalíptica, asociada a desastre o catástrofe societal.

No existen dudas, que desde el inicio la pandemia ha provocado cambios en las personas, cambios abruptos del diario vivir, cambios de un nosotros, de la cotidianidad, de los significados y sentidos de la vida social, por ende, de la rutina.

Estas nuevas rutinas instauradas por prácticas de prevención han quedado inscriptas en nuestras cotidianidades, ejemplos de ellas, es el lavado continuo de manos más que antes, contando los segundos del lavado, el uso de alcohol más que nunca, el saludo con el codo y el mantenernos distantes, prácticas que llevan a un estado de alerta constante, con ideas fijas y obsesivas, basadas algunas acciones en hechos infundados, con actitudes casi paranoicas, tendiéndose a pensar que lo que está aconteciendo no es tan grave hasta que se entiende la magnitud del problema, que no es solo sanitario, sino social, político, económico y cultural.

Se observa que el mundo se paraliza, que no hay tecnología que alcance, se recibe información diversa y de manera constante todo el tiempo y de todas partes, primando la percepción de que el mundo no funciona como funcionaba y menos en estos momentos de pandemia y, que no hay dinero, ni poder que nos salve de ella.

Estas circunstancias ocasionan miedo, que son varios, como son al contagio, a la muerte, al aislamiento, al encierro, a perder el trabajo, a no poder pagar las cuentas, a la soledad, entre otras. Este miedo a la incertidumbre, está centrado en el miedo a un virus desconocido y a las conductas individuales y colectivas de las personas que nos rodean, y por ende a la propia sociedad, al Estado y a las instituciones que no han encontrado la cura a este virus, poniendo a prueba en la sociedad el miedo al cambio, a la crisis y al caos que esos cambios provocan.

Los cambios producen inseguridad frente a lo nuevo e incierto para explorar, aflorando contextos de temor y pánico, que están asociados a lo instintivo, a respuestas espontáneas no reflexivas, y por ende de sobrevivencia. Estas sensaciones penetran y se expanden en el tejido societal, constituyéndose en mecanismos de irreflexividad frente a un enemigo común desconocido que se debe conocer para poder superarlo, sorteando los temores que se presentan para pensar y actuar reflexivamente, venciendo aquellos componentes emocionales que paralizan y pueden provocar un pánico que desemboque en descontrol y/o que no se pueda superar.

En estos procesos de pandemia del Covid-19 el conocimiento científico, pasa a ser cuestionado, a ser debatido y desvalorizado, donde la información empieza a circular acriticamente teniendo consecuencias nefastas para la convivencia humana, así como para la capacidad crítica y reflexiva de superación, de encuentro de herramientas y de dispositivos que permitan afrontarla y superarla colectivamente, con los aportes de los saberes (doxa y episteme) histórica y socialmente acumulados.

Para crecer y trascender en estos tiempos de existencia que habitamos, vivimos y sentimos, el conocer contiene una connotación no sólo subjetiva sino también ideológica y política, por estar basada en una concepción del conocimiento, en el cual no existe la neutralidad, pues los seres humanos parten de un lugar del conocimiento que es

previo y el reconocerlo y explicitarlo los introduce en la preocupación de objetivarla para comprenderla, manteniendo así la alerta necesaria de la vigilancia epistémica (Dornell, 2015).

Como sociedad se hace urgente volver a estar conectados social y culturalmente en un medio que brinde seguridad, reforzando la convivencia en comunidad, superando el aislamiento y retomando el mundo de la vida en el sentido de cotidianidad, construyendo y apelando a los recursos que como sociedad se han edificado para poder procesar las sensaciones de fragilidad y de desamparo que ha provocado este enemigo invisible llamado COVID 19.

Esta nueva modalidad de confinamiento, nos lleva a no saber en qué momento del día nos encontramos según husos horarios, la cotidianidad se ve irrumpida, o sea, que se pierde la noción del día, de la hora, cuando es el almuerzo y la cena, y así varias de las rutinas que se hacían diariamente. Esto significa que aparezcan sensaciones de estrés, de desacierto o de angustia hacia una inseguridad que frustra y genera miedos.

Esa pausa indeterminada del mundo exterior, junto a las reacciones provocados por las emociones, lleva a tener en cuenta que la adaptabilidad a estos cambios abruptos dependerán de las historias personales, familiares y sociales de cada persona vieja en ese contexto, situación que no quita que sea esperable que dichos cambios generen ansiedad, presentándose como exacerbados y exabruptos, apareciendo así manifestaciones corporales de estrés con sentimientos de inseguridad, angustia y frustración.

La depresión, la ansiedad y el estrés en la pandemia de COVID-19 han causado una "crisis de salud mental" sin precedentes en todo el continente americano, según la Organización Panamericana de la Salud (OPS, 2020).

Sin embargo, la rutina en el encierro puede convertirse en una brújula que muestre la pérdida de norte, enmarcando hacia dónde ir. En estos

tiempos la realidad parece salida de una película de ciencia ficción, por ello, lo deseable sería instar conductas que conduzcan a rumbos de consensos, reestableciendo una normalidad esperable, para así mitigar el efecto desolador de que todo se desmorona.

Las rutinas brindan seguridad al diario vivir, ordenando y configurando la vida cotidiana, a partir de la proyección de horarios claramente establecidos para trabajar y/o estudiar, para tiempo libre o de ejercicios, como para el tiempo compartido con otros, ya sea real o virtual. Esto ayuda a ordenar lo cotidiano frente al caos que hace vivenciar la incertidumbre, ya sea que la persona viva sola o en compañía, trata de reordenar los espacios tradicionales compartidos como los personales de individualidad (como es el permitirse el momento de estar con uno mismo, que no es igual a la soledad).

Cuando la persona vive sola, debe repensar estrategias de reordenamiento de su cotidiano, al igual que si vive con otros, se debe pensar en negociar los espacios que se comparten, pero también se debe compartir como se sienten, compartir los miedos y los manejos hacia las frustraciones a través del intercambio de los sentimientos y sensaciones que se van vivenciado, brindado importancia no sólo a la palabra escrita o dicha sino además a aquella que no se pronuncia y queda en los gestos.

Se debe reestructurar los recuerdos articulando las expresiones entre los actos del habla con los actos de lo escrito, lo visual, el cara a cara con lo virtual, permitiendo sobrevivir al encierro, creando estabilidad dentro de la incertidumbre.

El establecer una rutina, diferenciando que es trabajo o que es estudio y que es estar en casa, permitirá superar la idea de que trabajar en casa es no trabajar y que los demás molestan, comprendiendo que el trabajo o estudio se mantiene a través de los medios virtuales, pero que serán tiempos distintos para el cuidado y el ocio del espacio de convivencia, sin quitar la importancia de mantener redes de conexión, soporte o sostén, en especial para personas viejas, como espacios de

diálogos que habilitan transitar en el relato las ideas, vivencias, sentimientos y pensamientos.

En el contexto regional, esta pandemia acentuó la brecha de género en calidad de vida y bienestar emocional, las mujeres sufrieron mayores tensiones por tener que equilibrar familia y trabajo, con niveles de estrés y agotamiento emocional más altos, los hombres regresaron más rápidamente al mercado laboral que las mujeres, teniendo que aceptar trabajos con condiciones inestables e irregulares. La sobrecarga de trabajo no remunerado recayó sobre las mujeres, representando un gran obstáculo para su autonomía, es así que, en la región, las mujeres dedicaron más del triple del tiempo a este tipo de cuidados que los hombres (CEPAL, 2020d).

En síntesis, las mujeres fueron y son las más afectadas por la crisis económica, social y sanitaria de la pandemia, la desigualdad en el mercado de trabajo, junto a la responsabilidad hetero-normativa de las tareas de cuidado, las colocaron y colocan en situaciones de vulnerabilidad, en donde, según datos de CEPAL (2020a) existen 118 millones de mujeres latinoamericanas bajo la línea de la pobreza.

El encierro, a su vez, puede provocar y/o aumentar las situaciones de violencia intrafamiliar, agudizando así las relaciones sociales al interior de las familias, donde los indicadores de femicidio van en crecimiento, quedando al descubierto escenarios de maltrato a niñas, niños y adolescentes (CEPAL, 2020a).

Con la virtualidad, no todo se tornó negativo, su contracara posibilitó un nuevo y original lugar de encuentro, generando dispositivos de contención, como redes de apoyo, que permitieron el acompañamiento y acercamiento desde la distancia. Estos dispositivos fueron y son de suma importancia en las personas, especialmente mayores, ya que pretendieron y lo lograron sostener los vacíos emocionales que produjo el distanciamiento físico- social del encuentro de los cuerpos y sus sentidos, aminorando la hostilidad de las medidas socio-sanitarias (Dornell, 2020).

Ello demuestra que las tecnologías digitales en estos contextos se han vuelto esenciales, aunque no se debe desconocer que en América Latina aún existen millones de personas que no tienen internet, dispositivos móviles, ni están capacitados para usarlos (CEPAL, Bárcena, 2020).

Si bien, el panorama mundial inquieta, a pesar de los miedos, la frustración, el enojo y de la incertidumbre, los quiebres se deberían reconocer y comprender como oportunidades para aprender y superarse y evitar el incremento de distintos niveles de deterioro.

Las medidas socio-sanitarias de retiro casi obligatorio de la vida social activa, ha llevado al distanciamiento físico, psicológico y social, a situaciones de reclusión y confinamiento que han marcado los límites sobre que espacios se puede circular (ámbito doméstico- familiar cercano) y sobre cuales no (ámbitos de sociabilidad grupal, redal, comunitaria, territorial), convirtiendo al confinamiento como un lugar fronterizo.

Las pandemias colocaron la ruptura con ese afuera peligroso, por eso, el confinamiento fronterizo que nos aleja y separa, obtura las relaciones sociales y sus rutinas en la cotidianeidad, agravándose en las vejez y provocando la sensación de estar o sentirse solo en el mundo, pero el confinamiento despliega una sutura a esa obturación que es el pensar nuevos sitios de encuentro, como sitio de ocasiones oportunas que despliega un horizonte de expansión extensiva y de ensanchamiento con y hacia un/unos otro/s en esos campos rutinarios y ritualizados del mundo de la vida.

Los movimientos del pensar para la acción

"Aunque somos libres para pensar y actuar, nos mantenemos unidos, como las estrellas en el firmamento, estos vínculos no se pueden ver, pero podemos sentirlos".

Nikola Testa (1856-1943)

El poder interpelar los rasgos salientes y de destaque de las pandemias en nuestras poblaciones, permite colocar en el tapete el tema de las rutinas y ritualidades de las mismas, se presenta como esencial, en referencia a las normas de comportamiento que deben y deberían ser abordadas desde el desenvolvimiento del campo cultural y sus manifestaciones en las vejez desde los diversos contextos territoriales.

Para abordar la temática del campo cultural, se considera necesario presentar los componentes que forman y conforman las complejidades de la cultura. Para ello, se puede partir consensuando una definición genérica de cultura, en el entendido de que conjuga la expresión de una estructura constitutiva básica, y operativa de las personas y grupos, siendo está la forma de cómo el ser humano se proyecta a sí mismo de manera no solo individualizada, sino social e histórica.

Los componentes centrales del campo cultural se van adquiriendo en procesos diversos de enculturación⁵, junto a la endoculturación⁶, momentos del proceso de socialización por los cuales las generaciones más antiguas transmiten un conjunto de saberes, creencias y experiencias a través de la función de las tradiciones, que gestan su compartir desde el seno familiar, a través de los diferentes formatos

5 La enculturación se la puede definir como el proceso por el cual un individuo incorpora conoce, aprende y pone en práctica las normas, creencias, tradiciones y costumbres de una cultura en la cual se inscribe. Se trata de las normas culturales que son transmitidas de una generación a otra, con el objetivo de mantener un equilibrio social (AAVV, 2019).

6 La endoculturación se refiere al proceso de aprendizaje de las pautas y reglas culturales de una sociedad a la que pertenecen los individuos, esto se da a través del lenguaje oral (comunicación digital) y de la imitación inconsciente o pre-consciente (habituación-rutinización). Se la reconoce como aquellos momentos de la historia del ciclo vital de los seres humanos en el que se fijan los valores (cuadro axiológico de la sociedad), los cuales permitirán oficiar de resistencia frente a la aculturación (AAVV, 2018).

institucionales como organizacionales, así como, también de los mecanismos de aculturación.⁷

La diferencia entre endoculturación y enculturación se refiere a que la primera es exclusivamente a la adquisición de una cultura propia, mientras que la enculturación no debe ser confundida tampoco con el ajuste o la adaptación cultural. En la enculturación, los procesos de aprendizaje se dan dentro de una misma cultura. Cuando ocurren intercambios entre culturas diferentes, se llama transculturación o aculturación, según sea el caso.

La triangulación que se configura en estos procesos de socialización con la composición de endoculturación, enculturación y aculturación, confirma la importancia que tienen las personas viejas en los mismos, por la fuerza de las tradiciones, en tanto conjunto de prácticas sociales e históricas que congregan ideas, creencias y ritos que se transmiten de una generación a otra.

Es así, que se podría afirmar que los factores culturales no son dimensiones, ni elementos que componen la cultura, si no que son condiciones determinantes en tanto reportan esencialidades de los comportamientos humanos. Los aspectos como la religiosidad, las costumbres y las tradiciones aportan un conjunto de significados que no se pueden dejar de soslayar cuando se ha referencia a las vejezes y a las comunidades en tanto espacios de expresión de los territorios.

Cuando una sociedad culturalmente se va diferenciado- distanciando de su propia cultura primaria- autóctona y se va fundiendo- fusionando con otra que es nueva, hasta que va desapareciendo sus pautas

7 La aculturación es uno de los momentos en el proceso de socialización contrario al momento de endoculturación, se refiere a los procedimientos por el cual se priva a las personas, grupos o pueblos de su cultura autóctona- primaria, mientras se le va imponiendo una nueva, que no le es propia. Se puede apreciar como claros ejemplos de aculturación los casos de pueblos colonizados, en los cuales las costumbres externas fueron más dominantes y, en algunos casos destructivas, sobre aquellas que se modificaron o alteraron, como fue la colonización y cristianización en América Latina a través de la conquista española.

históricas y comportamientos más antiguos y tradicionales se asocia a los procesos de hibridización cultural, que es la fusión de pautas y comportamiento por diversos impactos del campo cultural, como pueden ser por los movimientos migratorios, la globalización y las lógicas instauradas en la modernidad.

El ser humano con los artefactos que crea, elabora y socializa traduce los sentimientos y experiencias de esa época que le toco vivir, repensándola en función de otras épocas, junto a los choques y conflictos que le han tocado vivenciar, como es lo que nos está aconteciendo en estos contextos de pandemias.

La cultura contiene un conjunto de componentes, que hacen a los saberes, ideas y conocimientos. Los saberes y los conocimientos comprenden los frutos de la producción de objetos materiales y simbólicos que han producido los hombres y mujeres a través de la historia de la humanidad, presentándose como diversas modalidades de producción que hemos elaborado, confeccionado, fabricado, construido y transformado los seres humanos.

Los conocimientos se conforman a partir de dos tipos de saberes, que son el saber doxa y el saber episteme. Saber doxa⁸ definido como el saber de la vida cotidiana, el saber del pueblo, del vulgo (como decían los griegos), es el saber del sentido común. Este tipo de saber se construye y difunde a través de los sistemas de reproducción, reforzamiento o sanción de los comportamientos (sea por ensayo y error o recompensa y castigo) y son esenciales, en tanto reproductores de esquemas culturales que transmiten con sus narraciones, con sus relatos las personas viejas, dándole así sentido a la memoria colectiva que construye la herencia histórico- social.

8 Doxa, es una raíz griega, que se traduce como saber popular, saber que se obtiene de la experiencia, de la acumulación, en el entendido sistematización de las prácticas rutinarias en el devenir histórico de las personas en sociedad. Consultar para mayor profundización textos de Parménides, Sócrates y Platón.

El saber episteme⁹ se presenta como un saber disciplinario producido por las ciencias, como saber científico, calificado y especializado, como saber de los eruditos (para los griegos era el saber de los filósofos). Este tipo de saber se cimienta a través de los procesos de investigación por el método científico.

Las creencias, a veces, se asocian a los saberes, pero no son lo mismo, las creencias son asentimientos sólidos, en el sentido de conformidades que se prestan a algo sobre lo que se cree, ya sea una idea o una religión (religiones), son las conductas guiadas por nociones (pre-nociones) que brindan una seguridad y confianza casi ciega a las explicaciones de la vida en sociedad, es en donde se deposita la fe, la esperanza y por ende las ideas que las nuclea.

En este espacio aparecen las ideas: (i) sobre los componentes sobrenaturales como son las creencias centradas en la religión o las religiones, a partir del credo. (ii) Centradas en componentes ideográficos, a partir de doctrinas- dogmas o ideologías que concentran ideas/idearios políticos sobre lo que trasmite una persona o un conjunto de personas o una nomenclatura de ideas y, (iii) sobre los usos (en el sentido de moda), que se caracterizan por ser acciones y ejercicios no habituales de prácticas ceñidas por maneras o estilos ocasionales que se imponen por gustos efímeros, fugaces, transitorios y perecederos de las personas de una sociedad; que cobran un papel preponderante en estos espacios de convivencia con el COVID 19.

La moda, como componente de la cultura, tiene la función de obrar como una aplicación puntual que no perdura en el tiempo, que es precaria, temporal y momentánea, no es ni universal, ni colectiva- particular, sino que suele ser suplementaria a algo que se instaure, como

9 Episteme, es un término griego, que se asocia a conocimiento científico. Platón como Aristóteles lo usaban como conocimiento verdadero y lo distinguía de técnica en el sentido de que ella producía saber empírico o doxa, saberes que nacen de la opinión o de las creencias. Concepción griega que fue continuada por Hegel, pero que se distancia de Foucault al introducir el concepto de poder en los saberes.

un uso que aparece en la convivencia de nuestra cotidianeidad que cuando se instala puede pasar a ser costumbre.

Las costumbres son las reglas sociales que definen las conductas de las personas y/o grupos, se debe recordar que son distintas a las tradiciones, que están integradas por creencias y mitos; si estas costumbres se violentan o no se cumplen son sancionadas socialmente por los grupos que las practican.

Los hábitos se acercan a las costumbres, pero no son expresiones de los mismos comportamientos, los hábitos son genéricos y representan identitariamente a una sociedad, país, localidad, región. Los hábitos se construyen con el devenir histórico de las sociedades que los reproducen y contienen grandes dosis de mitos y ritos.

Los ritos son acciones prácticas ritualizadas que se ejecutan en torno a creencias, mitos, modas, costumbres y hábitos, son conductas repetitivas y estereotipadas, de las cuales no somos conscientes ni individual, ni colectivamente. Algunas veces no se sabe porque se hace un acto que se realiza, pero igual se hace, guiados por la fuerza de las costumbres.

Este componente del campo cultural es central en las expresiones de las vejez en este contexto de Coronavirus, por implicar un cambio radical de las rutinas establecidas y diariamente practicadas. El rito en el espacio de la vida cotidiana se refiere al conjunto de acciones no conscientes o pre-conscientes que hace que nos comportarnos como lo hacemos, sin estar continuamente cuestionando ese comportamiento o conducta.

Otro vector de importancia en la cultura son las normas sociales (moralidad de esa época) y las normas jurídicas (las leyes que ordenan a los cuerpos en ese período histórico), ambas se transmiten no solo, por la herencia biológica, sino por la herencia social, como expresión de la memoria colectiva de esas sociedades, comunidades y territo-

rios habitados por distintos grupos humanos, según género, etnia, clases sociales y edades, entre otras.

Las normas encierran prácticas sociales, en el entendido, de que conforman un conjunto de reglas establecidas para concretar un hecho habitual que es reiterativo y generalmente no pensado y se convierten en acciones estereotipadas que van dándole lógica y orden a ese diario vivir. El poder descifrar esas normas que orientan esas costumbres que contienen conductas rutinizadas, en tanto, comportamientos esperables del mundo de la vida, es interpretar y comprender que esconden esos ritos y mitos que conforman las prácticas sociales.

Las prácticas sociales son prácticas humanas que a través de las acciones individuales como grupales y colectivas permiten actuar y compartir las formas de sentir y pensar en los espacios naturales de relacionamiento de la vida social- cotidiana, son las facultades que enseñan el modo de hacer las cosas- obras y actos en un sistema social.

Las prácticas sociales se desarrollan en los espacios donde se gestan las decisiones y las intervenciones en función de esas decisiones, demuestran las maneras de entender y comprender la realidad social cuya finalidad es el bienestar social o el estar bien de las personas de esa sociedad.

Por medio de las prácticas societales la humanidad trasmite y socializa sus hábitos, costumbres y usos que van pasando de una generación a otra, que son las expresiones más visibles de las manifestaciones del campo cultural.

Estas presunciones básicas que se expresan el campo cultural hacen a su relación con el entorno y a la naturaleza de la realidad, que encierra la tensión de las dimensiones espacio y tiempo, la naturaleza del género, la actividad y las relaciones humanas, comprende valores confrontables con el entorno físico y como por el consenso social, presentando esquemas de conductas visibles y audibles de ese contexto social del ser y del existir.

Los hábitos son las prácticas sociales de la humanidad que se transmiten de un grupo humano a otro a través de la historia escrita como oral. Los hábitos se transmiten de una generación a otra generación en un mismo territorio físico- objetivo como subjetivo- virtual, son los comportamientos aprendidos y constituyen la herencia biológica y la herencia histórico- social de la humanidad.

Los hábitos son los componentes instituidos de la humanidad, son la unidad de la diversidad. Se los reconoce como las prácticas usuales y repetitivas de las maneras- formas de actuar y desenvolverse de las personas y se adquiere por la constante realización de actos recurrentes, se adquiere por la repetición de acciones encadenadas, que van engendrando un mecanismo de actos automáticos.

Son aquellas prácticas que se caracterizan por ser: (i) universales (caracterizan las prácticas de un grupo humano o país, no importan si todos los ciudadanos las practican, pues alcanzan que se sientan identificados con ellas), (ii) identitarias (dan unidad al grupo humano que lo practica y le da diversidad y se diferencia de otro grupo que no es parte de esa unidad) y, (iii) colectivas (la mayoría de esa sociedad las practica históricamente, con tendencia estable).

Mientras que las costumbres como modo habitual de proceder o conducirse los grupos humanos en la sociedad, edifican comportamientos adquiridos por la adhesión a preceptos que nuclean a los grupos étnicos, pero no son igual a los hábitos, ya que las costumbres son particulares y singulares- no todas las personas de una sociedad los sienten como prácticas identitarias universales, sino que solo representa al grupo que practica esas acciones y sigue esos preceptos. Están constituidas por las reglas de conducta observadas de modo uniforme y constante de los diversos grupos que conforma esa sociedad, convirtiéndose en una actuación individual y/o grupal a la que se llega por la repetición.

En síntesis, se podría consensuar en definir a la cultura y sus procesos a partir de aquellos componentes que se adquieren por herencia

y que son las piezas centrales e insustituibles de la creación del ser humano, la cultura es el objeto creado por un sujeto creador que es la sociedad y los seres humanos que en ella habitan; constituida por dimensiones biológicas- psicológicas- históricas- sociales y ambientales de la humanidad.

Se caracteriza por un complejo entramado que comprende conocimientos (saberes)- creencias- tradiciones, normas morales como jurídicas, hábitos, costumbres, usos y otras facultades adquiridas por los seres humanos en cuanto miembros de una sociedad.

Para varios autores del siglo pasado, la cultura era un aspecto en la vida de la sociedad que debía ser explorado, por ello, Freud (1930), la definirá como el saber y el poder conquistado por la humanidad para llegar a dominar las fuerzas de la naturaleza y así poder extraer bienes de materiales con qué satisfacer sus necesidades, por ende, son las formas organizacionales necesarias para regular las relaciones de los seres humanos entre sí (reproducción social) y la distribución de los bienes naturales alcanzables (producción social).

En Gramsci (1968), la cultura se podría definir como el proceso del ser humano, en el entendido de conjunto de actos y series de experiencias concretas que se vive y vivió a lo largo del tiempo, es lo que se va creando y obrando con la herencia histórica de su propia sociedad y de otras sociedades.

Para Marx (1973), se conceptualizará como el conjunto de valores materiales, como valores espirituales acumulados por los seres humanos- como seres sociales- en el proceso de su práctica histórico-social determinada en tiempo y en espacio, convirtiéndose en un proceso selectivo y acumulativo.

Mientras que Franz Boas (1911/1992), la conceptualiza como el conjunto de elementos propios de una sociedad que se diferencia de otras formas, constituyendo esos elementos en diferenciadores de la identidad. La identidad entendida como el conjunto de factores que

permiten a un grupo humano diferenciarse a partir de una serie de componentes o características de otro, con los cuales se distancia y distingue como diferente y le brinda conciencia de identificación común.

La cultura posee la visión del mundo -imago mundi- que comprende una determinada interpretación de las relaciones sociales y la expresión contexto cultural permite caracterizarla, para entenderla, comprenderla a través de las normas y de conductas que se transmiten y que permiten a las sociedades expresarse, por medio de los movimientos de ritualización que cada grupo humano y sociedad van construyendo.

Contextos culturales conformado por practicas significantes de modo de ser y estar, de modos de ver-se y de ser-se , en tanto rituales en el sentido de hábitos y costumbres traductoras de sentido, que ponen en movimiento los instintos, las acciones en tanto conductas y pensamientos, por eso, generalmente se define a la cultura como las formas de ser-estar, de pensar y de actuar de las personas en las sociedades y que va cambiando según los contextos históricos, políticos, sociales y económicos.

Estos procesos culturales son generadores y por ende constructores de culturas van creando cuerpos sólidos que, frente a las crisis, generan hitos, gestando movimientos de hibridación cultural, que ponen en tensión las rutinas establecidas, las conductas esperadas e internalizadas, provocando una ruptura de la lógica del orden. Ruptura que provoca cambios generando sentimientos y sensaciones de miedo, angustia e inseguridad, frente a lo desconocido o nuevo por conocer.

La incertidumbre del cambio introduce el debate de una crisis de lo instituido, que pone en crítica la institucionalización, gestando en sentido de provocación la creatividad de un instituyente que pretende y debe dar cuenta de ese nuevo devenir.

Hacer, deshacer y rehacer en contextos de pandemias

“El mundo entero necesita una sacudida, la producción del espacio se convierte así en una encrucijada de resistencias, en conjunto con la interpelación del entramado cultural que impregna los procesos de socialización” (Dornell, 2021).

En estos contextos de pandemia, el contexto cultural expresa el esquema de producción y reproducción de valores, ideas, saberes y experiencias que se constituyen en nuevas modalidades de representación de ese ser y estar en el mundo, que se pueden denominarse culturas híbridas o hibridación cultural.

Se debe pensar a los procesos de hibridación cultural como la manifestación contestataria de movimientos de enunciación del contexto cultural que habilitan a formas de interacción cultural y social distintas a las hegemónicas, permitiendo aflorar las heterogeneidades de los grupos humanos, en especial, de las personas mayores, como de las homogeneidades que nuclean, interconectan e interseccionan en el conjunto de la vida social, para repensar respuesta a estos contextos de crisis pandémicas.

La cultura como experiencia colectiva se desarrolla sobre la base de prácticas sociales, lo que permitirá la integración de las personas, a partir de sus rituales, donde lo nuevo se acepta y se hace propio en esas prácticas, en la cuales están implícitos los elementos de lo anterior, de lo viejo- tradicional, que no se puede negar, ni se debe destruir, sino reconstruir sobre esas ruinas que deja.

Las prácticas sociales serán las responsables de los transcurso de: (i) producción económica- política y social (economía de un país- mundo del trabajo, su estructura social- clases sociales- formas de gobierno, y sus formatos de arreglos políticos) y (ii) reproducción biológica (traer nuevos congéneres al mundo- nuevos ciudadanos) y reproducción social (mundo de la vida cotidiana- relaciones sociales) (Scolari, 2013).

Las prácticas culturales y sociales se desarrollan en espacios comunitarios, en tanto, ámbitos de representación territorial. La comunidad es un espacio geográfico con una dimensión ideográfica que representa a un grupo humano, que se conoce por su fuerte cohesión interna, a partir de compartir valores culturales comunes que se preservan en el tiempo y les permite ir creando formas organizativas propias que trascienden el aquí y ahora a través de la identidad.

Identidad territorial, que en la globalización se afianza para constituirse y reproducirse como mirada hegemónica de la sociedades y de los patrones culturales de las mayorías poderosas, con la proyección de las desigualdades como diferencia y no una identidad en donde la diferencia no sea equivalente a desigualdad sino a equidad de representaciones, no sólo de las mayorías sino de las minorías en un crecimiento auto-gestionado, esta es una línea de pensamiento que debe ser deconstruida para reconstruirse en esa deconstrucción.

El territorio contiene para su comprensión una dimensión espacial-real, junto a una dimensión simbólica- temporal, que habilita a las comunidades no sólo a territorializarse¹⁰ en ese espacio, sino a desterritorializarse¹¹ para volver a reterritorializarse¹², pudiendo realizar cartografías no solo objetivas de esos territorios y comunidades, sino mapas cartográficos subjetivos de esos objetos que condicionan las formas de ser, pensar y hacer.

10 La territorialización hace a los procesos que implican un dominio y una apropiación de los espacios de habitabilidad humana (Haesbaert, 2004). Se la entiende como un momento de identificación, definición y producción de un espacio a partir de actores individuales y colectivos (Monnet: 1999).

11 La desterritorialización refiere a la expulsión de las personas y/o grupos de un territorio, hace a la pérdida de las novelas comunitarias y al desarraigo y posible destrucción de las identidades por la ruptura de la memoria a ese lugar, provocando desculturización, expresa el hito ruptural de costumbres, identidades, ideas, sistemas de valores, junto a la idea de pérdida de poder y control sobre un determinado espacio (Lanni: 1998).

12 Reterritorializar se relaciona a las posibilidades de posesión del espacio, por un nuevo grupo social que impone sus reglas sobre otros, o por la recuperación del control por un grupo social anteriormente establecido, referido al cambio.

El territorio debe ser complejizado como proceso de espacialización de los procesos sociales, como contenedor de prácticas sociales que forjan en ese proceso identidades reproductoras del orden hegemónico, pero también como expresión contra-hegemónicas de esa realidad contradictoria e insurgente.

El territorio debe ser pensado como la manifestación objetivada de una determinada configuración social, no exenta de conflictos, ya que involucra a una diversidad de actores que comparten esos espacios y que resultan de la dinámica de las relaciones sociales desiguales que van fundando la construcción del territorio desde las identidades (Hadad y Gómez, 2007).

El recuperar el carácter interseccional de la noción de territorio, así como los aspectos que refieren a la conflictividad como un rasgo inherente a los procesos de territorialización, propone conceptos de movimiento socio-territorial y movimiento socio-espacial, en el entendido de proceso de territorializar-desterritorializar y reterritorializar.

Desde esta perspectiva, la acción social y la construcción de la identidad que la sustentan se van dando en un proceso simultáneo, no exento de luchas y tensiones que generan conflictos. La cara contraria de los conflictos son los cambios sociales. El cambio social es la modificación o variación en las estructuras sociales, mientras que el conflicto se le entiende como el fenómeno colectivo que cuando afecta las condiciones objetivas y subjetivas del modo de vida de las personas provoca mecanismos de querer modificar esa situación y ahí es donde aparece el conflicto.

En este proceso, las personas definen el campo de posibilidades y límites, pero al mismo tiempo, activan sus relaciones como forma de dotar de sentido su 'estar juntos' y a los objetivos que persiguen. Estas nuevas formas de apego y apropiación del lugar, así como, de desprendimiento de la vida social espacial confiere no solo a la movilidad espacial sino a prácticas diferenciadas de los habitantes, que junto a

los significados que cobra el espacio para ellos, retoma la temática del sentido de pertenencia, dándole sentido del lugar e identidad al espacio vivido.

Por eso, los esquemas culturales en el campo territorial deben ocupar una cierta centralidad en los debates contemporáneos, de los cuales las profesiones y en especial el Trabajo Social como parte de lo interdisciplinar no puede estar ajeno, porque se hace imprescindible conocer, para así abordar las cuestiones relacionadas con las identidades, cohesión social y conflictos sociales, donde el dialogo y la cooperación ofician de antítesis frente a la tesis de orden lógico establecido por la paz y armonía societal de las mayorías.

Las profesiones desde la mirada de lo interdisciplinar interpelan la realidad social desde su acervo disciplinar, y deben hurgar en otras disciplinas para poder fusionar conocimientos que le permitan ir encontrando potenciales interrogantes a ser debatidas, cuestionadas y manifestadas desde ese agrupamiento congregado, como viables respuestas a esos espacios vacíos en el conocimiento.

Lo interdisciplinar germina cuando las disciplinas no encuentran solución a las problemáticas que les preocupan y deben trascender la frontera disciplinar para poder resolverlos, tratando de encontrar objetos de estudio comunes, con lenguajes acordados- consensuados de esos conocimientos que requieren compartir, signando la llegada de rupturas de los límites disciplinares.

Carballeda (2020), expresa que las múltiples formas de resistencias para ser parte de una sociedad en condiciones de igualdad, adquieren luchas por el reconocimiento, buscando alternativas sobre los obstáculos que acaecen, reinventando los avances y retrocesos, vislumbrando los actos inter-relacionales e inter-culturales, mostrando un horizonte en la intervención de lo social, que implica una/ un otra/o construcción en conjunto, un vinculo social hacia la integración real del lazo social y cultural, en la lucha contra la cultura alienada y alienante.

Reflexiones finales

A modo de síntesis, las grietas y conflictos que ha provocado esta pandemia en las vejez representa diferentes pliegues de la vida social, que permiten en esas contradicciones pensar un espacio de posibles salidas, de oportunidades ante los mecanismos controladores que limitan las expresiones de libertad, haciendo visible la invisibilización de los cuidados y emergiendo desde lo cotidiano, para poder volver a reivindicar la cuestión comunitaria (Dornell, 2020).

Se considera que una posible salida de este proceso colonizador para ingresar a un proceso decolonizador en lo territorial hacia lo comunitario, comprendería fomentar el dialogo de saberes, habilitando procedimientos que permitan indiscutiblemente evidenciar el lugar en donde se producen esos esquemas culturales, que favorecerán el impulso de lo disciplinar con un salto hacia la interdisciplinariedad-transdisciplinariedad para la comprensión de las vejez.

La posibilidad de repensar estos contextos pandémicos, no solo, como manifestaciones que ponen al descubierto las inequidades y desigualdades de clase, de género, etnia, de grupos de edades (en especial a las personas mayores), entre otras, sino como paisajes que en esa diversa gama de expresiones, transfiere el afloramiento de rutas de salida, de caminos de lucha y por ende de oportunidades en un panorama de gran incertidumbre, temor y dilema, pero también de esperanza, anhelo y disputa (Dornell, 2020).

Bibliografía

Boas, F (1992). La mentalidad del hombre primitivo. Buenos Aires: Editorial Almagesto. (1a. ed., 1911).

Carballeda, A (2020). Apuntes sobre la intervención del Trabajo Social en tiempos de Pandemia de Covid-19. Recuperado de <https://www.margen.org/pandemia/carballeda2020.html> (marzo/2021).

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2020b) <https://www.cepal.org/es/publicaciones/46422-enfrentar-la-violencia-mujeres-ninas-durante-despues-la-pandemia-covid-19>.

——— (2019a). La autonomía de las mujeres en escenarios económicos cambiantes (LC/CRM.14/3), Santiago, diciembre.

——— (2020a). Universalizar el acceso a las tecnologías digitales para enfrentar los efectos del COVID-19. Informe Especial COVID-19, N° 7, Santiago, agosto.

——— (2020d). La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe. Informes COVID-19, Santiago, abril.

Dornell, T. (2020) Interpelando en contextos de pandemias las intervenciones del Trabajo Social. En Libro: Trabajo Social contemporáneo en contextos de Pandemias: Nuevos desafíos a la intervención en lo social. Chile.

——— (2015). Ontología de la cultura del cuidado en la vejez y envejecimiento. En: Revista Chilena RUMBOS TS, año X, N° 12, 2015. ISSN 0718- 4182 (130-146).

Freud, S (2004). El malestar en la cultura. Madrid: Alianza Editorial.

——— (1930/1972) Psicología de las masas - El porvenir de una ilusión – Alianza Editorial. 3a. ed. Madrid.

García Canclini, N (1995). Consumidores y Ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización. Editorial Grijalbo. México DF. México.

Gramsci, A (1968). Cultura y Literatura. Ediciones Península. Barcelona.

Hadad, G y Gómez, C (2007). Territorio e identidad. Reflexiones sobre la construcción de territorialidad en los movimientos sociales latinoamericanos. En: IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Dirección estable: <https://www.academica.org/000-024/152>.

Harris, M (1998). Antropología Cultural. Editorial Alianza, España.

Haesbaert, R (2004). O mito da Desterritorializaçao. Do “fin dos territorios” à multiterritorialidade. Río de Janeiro, Ed. Bertrand.

Ianni, O (1998). La sociedad global, Siglo XXI editores, S.A. de C. V., CIIC y H UNAM, México D. F.

Marx, K (1973). Grundrisse. Buenos Aires: Siglo XXI.

Monnet, J (1999). Globalización y territorialidades areolar y reticular: los casos de Los Ángeles y la Ciudad de México, en ponencia presentada para V Seminario Internacional de la Red Iberoamericana de Investigación sobre globalización y territorio, 21 al 24 de septiembre, Toluca, México.

Organización Panamericana de la Salud (OPS- 2020). Pandemia por COVID-19 exacerba los factores de riesgo de suicidio, 10 Sep. 2020. <https://www.paho.org/es/noticias/10-9-2020-pandemia-por-covid-19-exacerba-factores-riesgo-suicidio>.

Scolari, J (2013). Desafíos del trabajo social en contextos de diversidad intercultural indígena del Brasil. En: Revista Margen N° 68 – abril 2013. Argentina.

Vaca Trigo, I (2019). Oportunidades y desafíos para la autonomía de las mujeres en el futuro escenario del trabajo. En: Serie Asuntos de Género, N° 154 (LC/TS.2019/3), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

VVAA (2019). Enculturación. En: Significados.com. Disponible en: <https://www.significados.com/enculturacion>. Fecha de actualización: 23/07/2019. Recuperado: 1 de mayo de 2021.

——— (2018). Endoculturación. En: Significados.com. Disponible en: <https://www.significados.com/endoculturacion>. Fecha de actualización: 15/02/2018. Recuperado: 1 de mayo de 2021.

CONSECUENCIAS DE LAS VEJECES EN LA SINDEMIA: RESPUESTAS POSIBLES, INSUMOS SOCIOCULTURALES PARA ENFRENTAR LA SITUACIÓN

Lic. Ricardo Alberti¹³

Resumen

Vejez, epidemia, pandemia, sindemia, soledad, crisis, cambios, encierro, etc., son piezas que se combinan, pero no evidencian un mecanismo lineal de causa - efecto, sino que disparan fenómenos sociales ambivalentes y hasta a veces contradictorios, que conviven en la misma persona o sociedad.

El caso de la Pandemia de Covid-19, sin duda es un ejemplo de Sindemia, donde junto a los impactos sanitarios de naturaleza eminentemente biológica (contagio, enfermedad, recuperación o fallecimiento) se suman elementos psicosociales que potencia a la enfermedad o al temor a ella.

El impacto de la pandemia lo sufren aquellos que se contagiaron de Covid-19, pero el impacto de la sindemia lo sufrimos todos, no sola-

13 Licenciado en Sociología (FCS-Udelar), Master en Gerontología Social en universidad autónoma de Madrid. Consultor, docente e investigador. Referente sobre vejez y envejecimiento en el área de salud pública y reconocido a nivel regional por sus aportes a las políticas públicas y problematización de la temática, docente e investigador.

mente los que padecieron la enfermedad, sino sus familias, profesionales sanitarios, vecinos, compañeros de trabajo, comerciantes, etc.

La modificación rápida de “lo normal” produce una situación de anomia importante, que con el tiempo puede llegar a desaparecer por el aprendizaje y la aceptación. Esto lleva a una lógica y básica redefinición de lo está bien y lo que está mal, en resumen, surgen los nuevos héroes y villanos.

Introducción

Invertir un título, un enunciado o hasta una hipótesis puede ser un ejercicio interesante de abducción, “proceso por el que se forma una hipótesis explicativa única operación lógica que introduce una idea nueva” (Peirce, 1903), máxime cuando nos referimos a fenómenos que no tienen precedentes.

Vejece, epidemia, pandemia, sindemia, soledad, crisis, cambios, encierro, etc., son piezas que se combinan, pero no evidencian un mecanismo lineal de causa - efecto, sino que disparan fenómenos sociales ambivalentes y hasta a veces contradictorios, que conviven en la misma persona o sociedad.

Indudablemente las diferentes “vejeces” existen desde antes de la situación de pandemia, pero ambas (vejeces y pandemia) se han influenciado. Desentrañar esta relación con una perspectiva de “nueva normalidad”, nos podrá dar indicios de qué cambios vinieron para quedarse, qué tan negativos/positivos son y cuán equipados o “entrenados” están las Personas Adultas Mayores (PAM) de hoy, para enfrentar ésta - y otras - Sindemias.

De los conceptos y sus alcances: Las Vejeces.

El concepto principal que nos ocupa hoy es el de “Vejeces”, cuyo significado nos habla de “diferentes formas de envejecer”, diferen-

tes respuestas biopsicosociales, culturales y hasta espirituales, ante la incidencia del tiempo vivido por una persona. Así mismo se pone de manifiesto lo multidimensional de este concepto y lo sensible que es a los factores intrínsecos y extrínsecos.

Sin duda queda en evidencia que “vejece” no es un concepto homogéneo ni estático, sino que posee una permeabilidad tal que lo redefine continuamente, hasta el límite de influir en la autovaloración y autopercepción del ser envejeciente.

Todo esto otorga al concepto de vejece, la categoría de “constructo social”, aporte permanente e inacabado a la sociedad y cultura que lo alberga, enriqueciéndolo, modificándolo y hasta contradiciéndolo.

En un tiempo de globalización y homogenización, hablar de pequeñas formas independientes y personalizadas de envejecer, desafía y da aire, sin hablar de que brinda una expectativa de autocontrol, manifestado quizás no en “envejecer como quiera” sino en “buscar y dar respuestas propias y adaptadas” a la situación que se enfrenta.

Las diferentes vejece son las mismas “respuestas adaptativas” de los seres humanos, que buscan la supervivencia en medios cambiantes y hasta hostiles, las cuales nos han garantizado la vida hasta el momento.

Según Rosario Aguirre y Sol Scavino (2018) “Los sujetos no envejecen independientemente de otros fenómenos sociales, aunque su forma de envejecer tampoco está totalmente determinada por la cultura, el género, la pertenencia étnico - racial o de clase, como posicionamientos estructurales” (p. 23), esta dependencia relativa de los fenómenos sociales e independencia parcial de los procesos, permiten comprender lo heterogéneo – y amplio - de las vejece.

Las imágenes sociales de la vejez que se regodean en la dependencia bio, psico física, social y cultural, han desdibujado la realidad ocultando el verdadero protagonismo y autonomía que las Personas Adultas Mayores tienen, -aun padeciendo cierto grado de dependencia-. Este

protagonismo y autonomía les permite responder de forma no estandarizada ante fenómenos y situaciones que los interpelan y desafían.

Sindemia

Otro concepto que usaremos en esta instancia es el de Sindemia, un neologismo que ensambla las palabras “Sinergia + Pandemia”. No por ser un neologismo se alude a él como moda pasajera, sino que es un término creado a mediados de la década del 90 por un antropólogo y médico estadounidense llamado Merry Singer, y cuya definición refiere a cuando dos o más enfermedades interactúan de forma tal, que causan un daño mayor a la suma de sus individualidades. Posteriormente comenzamos a ver que las sinergias identificadas, no aluden solamente a patologías que se potencian, sino también a fenómenos sociales que se “asocian” a enfermedades, cuyos resultados son mayores que la suma de sus efectos individuales.

El caso de la Pandemia de Covid-19, sin duda es un ejemplo de Sindemia, donde junto a los impactos sanitarios de naturaleza eminentemente biológica (contagio, enfermedad, recuperación o fallecimiento) se suman elementos psicosociales que potencia a la enfermedad o al temor a ella.

El impacto de la pandemia lo sufren aquellos que se contagiaron de Covid-19, pero el impacto de la sindemia lo sufrimos todos, no solamente los que padecieron la enfermedad, sino sus familias, profesionales sanitarios, vecinos, compañeros de trabajo, comerciantes, etc.

Se enferman algunos, pero todo el mundo es afectado por esta Sindemia, tanto en las instancias preventivas (distanciamiento social y uso de tapabocas), como en las instancias concretas. Enfermo o no, en riesgo o no, afectó psicosocial y culturalmente a la totalidad de la población sin discriminación. Sin duda se globalizaron – literalmente– sus impactos.

La Normalidad

El tercer concepto que trataremos de definir es el de “Normalidad”. Ayudados por Michael Foucault incursionamos en un tema que parecía tangencial, pero que ya no lo es. Todos hablamos – y ansiamos – una “nueva normalidad”, pero ¿a qué nos referimos?, ¿estamos convencidos de que hablamos de lo mismo? ¿Hay una sola normalidad para las diferentes vejezes, o una para cada una?, podríamos seguir sumando preguntas.

M. Foucault llamaba “normalidad” a un conjunto de normas que regulan la convivencia de la mayoría, regulan la lógica de una sociedad. Si nos basáramos en esta definición simple, surgiría la pregunta; ¿cuáles son las normas que regirán la convivencia postpandemia? ¿qué lógica social se impondrá a los comportamientos cotidianos de las Personas Adultas Mayores?

La primera conclusión, quizás apresurada, es que desde el 13 de marzo de año 2020, ya estamos en una nueva normalidad, viviendo bajo nuevas normas de convivencia y actuando según una nueva lógica de relaciones distantes y mediadas por tecnologías desconocidas para estas personas.

Hemos caído en un error sistemático al considerar que las relaciones son los vínculos que nosotros elegimos mantener, recurriendo a una definición “de sociales” más que sociológica. La mediación y tecnificación de las relaciones en las personas mayores no solo abarcan a sus afectos y vínculos más cercanos, sino que significó la imposición urgente de una nueva lógica en sus consultas médicas (telefónicas), la adquisición de víveres (pedidos por teléfono), el cobro de sus jubilaciones o pensiones (mediados por familiares o conocidos), la imposibilidad de realización actividades sociales y religiosas (para muchos la “única salida”), también transformadas en instancias de comunicación por tecnologías, no manejadas por las personas adultas mayores.

No debemos olvidar que esta “nueva normalidad”, exige de la aceptación evidente de todas las normas y lógicas de convivencia social, lo que da un margen elevado al surgimiento de una “nueva anormalidad”. Algunas o todas las vejez pueden estar en riesgo de no poder acatar todas las pautas recientes, aunque partimos que hablamos de una población de una larga tradición de respeto a las normativas, pero la adaptación acelerada puede dejarlos al margen.

A esta nueva normalidad y al respeto cívico de este sector poblacional, se debe agregar el miedo surgido ante el sentimiento de vulnerabilidad. Sin duda esta sindemia tiene en el centro de la mira a las personas envejecidas, - a las vejez-, pero no por esto podemos asegurar la asimilación rápida a la nueva normativa. Es también posible el surgimiento de una “nueva anomia” generalizada, de corte etario, por género y nivel de aislamiento. Una nueva anomia gerontológica ante la nueva normalidad.

Percepción Social y redefinición de la cotidianeidad de las vejez

La percepción social juega un papel preponderante con respecto a las reacciones ante esta nueva normalidad. La Psic. Elisa Dulcey Ruiz (2013) en su libro *Envejecimiento y Vejez*, menciona:

“la percepción social se refiere a la influencia de factores culturales sobre nuestra forma de percibir, conocer y relacionarnos con nuestro entorno y con las demás personas ... tiene que ver con el conocimiento y la interacción social; con formación de impresiones, actitudes, interpretaciones y representaciones del mundo.” (p.358)

La percepción social en el caso de la situación de Pandemia – Sindemia, permite cambiar los parámetros que definen la realidad, cambian las actitudes e interpretaciones de lo que es riesgo vital, libertad, seguridad, etc. Cambia la percepción social de la salud y de la vida cotidiana de las diferentes vejez.

La nueva normalidad - ya instalada- es interpelada por la percepción social de los individuos en general y de las vejeces en particular, dando como resultado un proceso continuo de adaptación, un "fluir" que se asocia a esta Modernidad Líquida que menciona Zygmunt Bauman.

Nuevos héroes y villanos

Como ya vimos las nuevas normalidades traen consigo también las "nuevas anormalidades". El cambio de lógica y pautas de comportamiento incorporan costumbres, actitudes y prácticas, al mismo tiempo que dejan a otras fuera. La modificación rápida de "lo normal" produce una situación de anomia importante, que con el tiempo puede llegar a desaparecer por el aprendizaje y la aceptación. Esto lleva a una lógica y básica redefinición de lo está bien y lo que está mal, en resumen, surgen los nuevos héroes y villanos.

No podemos predecir aún su duración y validez, ya que, en este tiempo apresurado, es posible que luego de superada esta situación la "nueva normalidad post-pandemia", sea muy similar a la antigua.

Analizando bajo este criterio, no es difícil identificar quienes pasaron a ser los nuevos héroes de la "nueva normalidad sindémica", el sector sanitario y sus actores. En corto tiempo pasaron a ser reconocidos y aplaudidos todas las noches, a ser objeto de entrevistas, agradecimientos en medios y hasta acciones muy puntuales de apoyo (envío de presentes, cartas de públicas de agradecimiento, etc.).

La identificación de los malos o villanos en esta nueva normalidad es un poco más difícil, sin duda deberían ser aquellos que no se alienan con la situación, ni muestran actitudes ni acciones solidarias y sensibles. El que no usa el tapabocas en lugares públicos - como ser ómnibus o comercios-, el que desoye las prerrogativas legales organizando y/o interviniendo en fiestas clandestinas multitudinarias, el que sabiéndose portador de la enfermedad no informa a los otros y comparte jornadas y espacios sin las debidas medidas, etc.

En la identificación y “enmarcado” de los malos y villanos siempre existe una cuota de generalización injusta y arbitraria, en este caso, la sospecha cae sobre el colectivo de los jóvenes por dos razones: una por su natural tendencia al agrupamiento y a la realización de actividades colectivas no laborales de corte recreativo. Y otra por el comportamiento del virus, el padecimiento asintomático de la enfermedad los convierte en sospechosos permanentes. Si bien los niños y muchos adultos pueden compartir con los jóvenes la condición de asintomáticos, y la predisposición a agrupamiento recreativo, el prejuicio de la tendencia a la infracción social, recaerá siempre en el joven.

Las vejeces que nos ocupan quedan fuera de los extremos de héroes y villanos, al menos públicamente. Lo que los posiciona también en un plano de anomia, ya que son dependientes y vulnerables al actuar de ambos (héroes y villanos). Otro elemento que potencia la vulnerabilidad es la necesidad - y voluntad - de mantener vínculos familiares, principalmente por los afectos y también por el apoyo en la crianza y cuidado.

En el discurso oficial persuasivo hacia la juventud, no estuvo ausente el recalcar la responsabilidad de ser agentes de enfermedad y de riesgo de vida para sus mayores. Ubicando públicamente a la mayoría de los jóvenes en una posición muy incómoda e injusta, casi de culpabilidad generacional, independientemente de que, en el caso individual, se respetaran fielmente las medidas preventivas y los comportamientos fueran de extremo cuidado.

Quizás otro riesgo de esta pandemia con respecto a los impactos en nuestras vejeces, sea el sembrar en el corazón de los hogares “gérmenes” de conflicto generacional basados en prejuicios y culpas ajenas.

Sin duda los héroes y villanos son lo visible de una nueva moralidad en esta nueva normalidad. El extremo más loable, más ético y moral, es fácilmente imaginable y admirable. Solidaridad, abnegación, sacrificio por el otro, etc. Son acciones que personas y organizaciones han desarrollado y la comunidad ha aplaudido y destacado. El otro extremo, lo inmoral puede estar dado por “nuevos delitos” o acciones

delictivas, oportunistas de la situación de sindemia y la condición de vulnerabilidad de las diferentes vejeces.

No se evidencian hasta el momento “innovación delictiva”, nuevas formas de engañar, robar o dañar a las PAM. La distribución de vacunas ha sido un factor usado para fraudes en otros países, aquí por el momento no. Los viejos fraudes contras las diferentes vejeces, sí estuvieron presentes (cambio de dólares, solicitud de préstamos, etc.) aunque aún no se cuenta con datos comparativos con otros años.

Ahora bien, hacer una asociación entre delictividades específicas y rangos etarios, también es apresurado y podemos caer en un prejuicio.

De los insumos socioculturales fortalecedores de las vejeces

Las experiencias y las historias de vida nos muestran que no hay colectivo vulnerado (persona y pueblo) que no genere, a lo largo del tiempo, herramientas que disminuyan su condición de vulnerabilidad o alternativa para la salida de este estado.

Aquí quiero justificar el cambio del título “Consecuencias de la pandemia en las vejeces” en “Consecuencias de las vejeces en la pandemia o sindemia”. La idea es partir de los impactos negativos enumerados en múltiples medios (artículos, libros académicos, instancias web etc.) para luego identificar insumos socioculturales (o de otro tipo), que tienen la vejeces para enfrentar esta situación de sindemia. Es justo destacar que el espacio Interdisciplinar de Trabajo Social, en concreto el Área de Vejez y Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, vienen desde hace años realizando un proceso de análisis de las vejeces, como componente activo de la sociedad actual y no sólo como usuarios o población vulnerada.

Camino hecho para ver cómo se insertan y desarrollan las “Personas Adultas Mayores “sólidas” en un mundo líquido” (agosto de 2017) y analizar los “Indicadores de Bienestar Subjetivo en la Vejez” (setiem-

bre de 2018). Este proceso nos equipó premonitoriamente para analizar hoy los co-impactos de la situación actual

Experiencia de vida aplicada a la supervivencia en condiciones de “nueva normalidad”

Evidentemente no es la primera crisis que las vejeces deben enfrentar en sus vidas, si bien las características de esta pandemia y la cuarentena masiva, no fueron vividas en los últimos 70 años.

El fenómeno de aislarse voluntariamente para evitar “contagiar a otros”, es una situación vivida en las “niñeces” de quienes hoy representan la población envejeciente. Las “nuevas normalidades” plagaron las historias individuales de cada una de las personas adultas mayores. Causas variadas; golpe de estado, dictadura, crisis económicas sorpresivas y feroces, problemas sanitarios particulares, etc.

A tal punto, que hace unos años, quienes ya trabajábamos en esta temática, teníamos como mito a desterrar, el que “el Adulto Mayor era una individualidad poco flexible y de escasa adaptabilidad a los cambios”. Al confrontar con las historias de vida particulares de las personas adultas mayores, nos damos cuenta que han experimentado la mayor cantidad de cambios de la historia.

Quienes superan los 65 años, han crecido en mundos hoy contradictorios. Y cada etapa de su desarrollo biopsicosocial, ha sido en una sociedad diferente, como quien se muda de país constantemente, en cada etapa de su vida.

Solo queda por mencionar la experiencia recogida de la adaptabilidad a la “micro” nueva normalidad y con esto, me refiero a los cambios de circunstancias particulares; convivencia, nacimientos, divorcio, nido vacío, jubilación, fallecimientos, mudanzas involuntarias, etc.

En resumen, la adaptabilidad de las personas adultas mayores a situaciones cambiantes, contradictorias y drásticas, es hoy en día un requerimiento de supervivencia.

Manejo de tecnología

Las habilidades desarrolladas en el manejo de la tecnología sin duda han sido un avance enorme. Tan solo nueve meses atrás, muchas de “nuestras vejeces” miraban a la distancia y con desconfianza a las nuevas y cotidianas tecnologías y principalmente aquellas encargadas de la comunicación entre personas.

Hace nueve meses nadie pensaba que la abuela o el abuelo usarían el teléfono móvil para una video-llamada con sus familiares próximos, para participar de un taller o de una celebración religiosa.

Siempre el uso de teléfono fijo o “de línea” era ponderado a la telefonía móvil. No era por la falta de acceso, ya que muchos de nuestros adultos mayores disponen de teléfonos celulares adquiridos por ellos mismos o bien transferidos o regalados por sus familias. Hasta hace poco tiempo estos teléfonos descansaban en cajones y solamente salían de allí, si su desinteresado dueño tenía que salir de su casa y lo llevaba “por las dudas”.

La sensación de aislamiento, la necesidad de comunicarse con la familia o bien con la comunidad con la que interactuaba, llevó a la persona adulta mayor a vencer la apatía y trauma tecnológico, fenómeno a destacar por su exclusividad.

Muchas personas adultas mayores ante la imposibilidad de mantener los vínculos creados, ante la indefinición temporal de la duración de esta sindemia, vencieron la brecha, no solo tecnológica sino principalmente de aprendizaje. Evidenciando que anteriormente no lo habían hecho, no por incapacidad para su conocimiento, o por carecer de personas que pudieran transmitir – enseñar-, ni tampoco por no tener acceso a las tecnologías, sino por carecer de la motivación necesaria.

Hay también un impacto tecnológico en las vejeces que viven dentro de los Establecimiento de Larga Estadía de Personas Mayores (ELE-PEM). Desde que comienzan las medidas de confinamiento voluntario y se activan protocolos de sanitarios, estos establecimientos redujeron y hasta prohibieron las visitas de familiares o allegados.

Demás está decir que el impacto inicial de esta prohibición es enorme, no sólo en el estado anímico de los residentes que en su mayoría tienen estados mentales vigiles y atentos, sino también impactos en el propio servicio. Los familiares complementan y hasta “supervisan” pasivamente la calidad del servicio.

Las medidas inmediatas fueron las llamadas telefónicas para saber por el estado de salud, las visitas mediadas por equipamiento quirúrgico y a distancia, haciendo casi irreconocible a sus protagonistas y una tercera modalidad que nos interesa aquí, aportada al inicio con equipos propios del personal de cuidado, que fueron las video-llamadas personales de residentes con sus familias.

Recuerden que estamos hablando en este caso de vejeces con características especiales, donde la cuidadora amplía su responsabilidad y a motu proprio conecta por la tecnología a ambas partes. La función de tutoría tecnológica es realizada dentro del contexto del cuidado, al igual que el rol de nexo familiar. Según mi parecer, dos funciones que, si fueran incorporadas, mejorarían mucho la calidad de atención y enriquecerían un perfil básico.

La moraleja es que el fenómeno de expansión de la “tecnologización gerontológica” no se produjo por planes de educación y capacitación acordes a las personas adultas mayores, ni por tecnologías que contemplaran sus características y capacidades diferentes, sino que cedió a la necesidad comunicativa y de integración de estas personas. Al desaparecer opciones de interacción real, la incursión en la virtualidad fue permanente y creciente, no por esto menos conflictiva, tediosa y estresante.

Sindemia, Imagen y Rol de las Vejees

Es importante evaluar – quizás tempranamente - el impacto de la Sindemia en la redefinición de la Imagen y Rol de la PAM y, por ende, su incidencia en lo que son las vejees. No es difícil evidenciar que la imagen de vulnerabilidad y fragilidad se han visto potenciadas, abarcando a perfiles de vejees que se encontraban por fuera de los criterios de dependencia y cuidados.

Las vejees “activas” o “exitosas” pasaron de un momento a otro a ser objeto de cuidados y hasta controles exhaustivos, por parte de familiares, allegados afectivos o instituciones sanitarias. Claro está que, respondiendo a una cuota enorme de miedo e inseguridad, validada al principio por las estadísticas de mortalidad de los países europeos y luego por las nuestras. Al principio los números no eran significativos, pero sí su distribución etaria.

Quienes trabajamos con las vejees y las familias sabemos que la persona adulta mayor, al principio se resiste a recibir tratos especiales y cuidados excesivos por parte de sus afectos inmediatos. Pero en este combate termina cediendo por la insistencia, a veces pasando el peligroso límite de la anulación del mayor.

Ante el aumento del instinto social de cuidado y protección hacia las vejees, podemos evidenciar algunas acciones que podrían ser muy positivas, como es el caso del teletrabajo o seguro de salud para mayores de 65 años que se encuentran insertos en ámbitos laborales públicos y privados. Si bien los impactos de esta “cuarentena obligatoria” para mayores de 65 años trajo aparejado otros problemas, pudimos ver con claridad como por primera vez existe una consideración especial para personas adultas mayores trabajadoras, con excepción de los beneficios jubilatorios.

Por otra parte, y en situaciones más individualizadas se puede observar como muchas vejees ante su rol familiar imprescindible (cuidado de niños, de pares enfermos, alimentación familiar, etc.) asumen las

acciones sanitarias preventivas, pero no disminuyen la intensidad de su participación en el apoyo familiar.

A modo de resumen se observa que la sindemia tuvo impactos importantes en la imagen y rol de la PAM, posiblemente aumentando la "brecha" entre algunas vejeces. Podríamos decir que afectó principalmente la imagen y rol de independencia y de autodeterminación de las vejeces más sanas y la comunicación y vínculos afectivos de las vejeces más dependientes, quienes están internadas en Instituciones de Larga Estadía.

Si bien se puso en el centro de atención en la PAM, no podemos desconocer que se generó una mayor imagen de fragilidad y vulnerabilidad. Habilitando a algunas PAM a que se auto-posicionaran fuera de los márgenes de riesgo, por su opción personal o por los compromisos laborales o familiares.

A modo de conclusión temprana

Concluir un artículo hecho a raíz de una presentación y sobre un fenómeno social aún "al rojo vivo", no es nada fácil. Los procesos se siguen dando en una vertiginosa secuencia de datos que crecen, la pregunta que queda planteada es ¿cuántos impactos más de esta Pandemia tendrán que soportar las diferentes vejeces?

Lo que queda incipientemente demostrado, es que estos hechos sociales, no sólo combinan efectos que se potencian y dan origen a una Sindemia, sino que dan respuestas reactivas de colectivos que dejan enseñanzas comprobadas de respuestas colectivas. Nuevos hábitos, fortalecimiento de comportamientos proactivos, solidificación de vínculos, reformulación de alianzas, revalorización de roles, etc.

En todas estas "lecciones aprendidas", las vejeces no sólo reformularon su naturaleza de vulnerabilidad, sino que también dignificaron y fortalecieron su rol de "sobrevivientes sociales" y de referentes de

lazos socioafectivos, aún valorados por una sociedad que parecía haberlos olvidado.

Bibliografía

Aguirre Cuns, R. & Scavino Solari, S. (2018). *Vejece de las mujeres. Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*. Doble clic Editoras.

Bauman, Z. (2015). *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Dulcey-Ruiz (2013). *Envejecimiento y Vejez. Categorías Conceptuales*. Fundación Cepsiger para el desarrollo Humano.

Hernández Delgado, R. (2013). La positividad del poder: la normalización y la norma. *Teoría y crítica de la psicología*, 81–102.

Hoffmann, M. (s. f.). *¿Hay una «Lógica» de la abducción?* Universidad de Navarra.

Michel Foucault, un crítico de la normalidad. (2020). Ministerio de Cultura | Presidencia de la Nación. <https://www.cultura.gob.ar/michel-foucault-un-critico-de-la-normalidad-9175/>

Peirce, C. S. (1903). *Tres tipos de razonamiento*. Universidad de Navarra.

Rocca, A. V. (2012). Foucault: «Los anormales». Una genealogía de lo monstruoso. *Apuntes para una historiografía de la locura | Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 1.

CONSECUENCIAS DE LA PANDEMIA EN LAS VEJECES

Mg. Jorge P. Paola¹⁴

Resumen

La pandemia mundial Covid -19 puso en foco, como nunca antes, a las personas mayores, protagonistas involuntarias de la crisis inédita que desatara y que nos encuentra atravesando.

En este marco, es preciso reflexionar sobre la situación de las personas mayores en este momento de sus vidas, posiblemente este tiempo nos ayude a ordenar nuestra manera de interpretar lo vivido, si logramos estructurar algunos ejes de análisis relacionados con el contexto de lo que denominamos momento pre pandemia en el que relatamos cuáles eran las perspectivas socioeconómicas de la Argentina como contexto de la situación de los mayores, una segunda instancia, el de la pandemia propiamente dicha, y el de la post pandemia en nuestro país, aclarando que lo hacemos específicamente desde el área metropolitana de Buenos Aires, que es el medio urbano en donde nos movemos cotidianamente.

14 El presente aporte lo efectúa el autor desde su pertenencia al Grupo de Trabajo Social en el campo gerontológico del Consejo Profesional de Trabajo Social de la Ciudad de Buenos Aires, del cual es impulsor desde el año 2017.

Nuestra mirada acerca de la situación de los mayores en el momento de la pre pandemia

En el comienzo de 2020 nos encontraba efectuando cálculos y proyectos frente al particular panorama acerca de los posibles nuevos diseños políticos destinados a las personas mayores por parte del gobierno recién asumido en diciembre de 2019. Las situaciones heredadas de los cuatro años de corte conservador resultaron francamente frustrantes desde el punto de vista socio económico político.

Nuestras especulaciones conformaban un abanico de posibilidades, dado que la asunción del nuevo gobierno nos traía a la memoria lo ocurrido en el año 2003, construyendo necesariamente un paralelo respecto de reiterar una renovada puesta en marcha de un proyecto de base industrial, enfocado en la generación de puestos de trabajo y en la distribución del ingreso de manera progresiva. Esa instauración a partir de 2003 estructuró una serie de medidas que reivindicaba el respeto y la inclusión de las/ los mayores, mediante herramientas diametralmente opuestas a las utilizadas por la experiencia neoliberal de la década de 1990. Por un lado, se mejoró el nivel de los haberes jubilatorios mínimos en virtud de la sanción de diferentes decretos. Por otro lado, hubo una significativa expansión de la cobertura previsional (adultos mayores con acceso al beneficio previsional de la seguridad social sobre el total de la población de personas mayores), en especial por la puesta en práctica de lo que se dio a conocer como Moratoria Previsional que, sin conformarse con la extensión de esa garantía, se sancionó la Ley de Movilidad Jubilatoria que estableció una actualización periódica de todos los montos de los haberes, institucionalizando su actualización.

Además en el año 2008, recordamos como un hito significativo, se eliminó el sistema de capitalización individual de administración privada (las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones- AFJP), sustituyéndose por un sistema único de reparto administrado por el Estado.

Estas medidas lograron una respuesta concreta hacia los mayores pertenecientes a los sectores populares. Ese proceso permitió que la cobertura previsional llegara más del 95% de la población de mayores de la Argentina, logrando que la jubilación mínima fuera la más alta de América latina, que los jubilados tengan una tarjeta de compras con tasas subsidiadas y que los haberes hayan ido recuperando poder adquisitivo.

De este modo, en Argentina, a partir del de las políticas implementadas en el período 2003- 2015, (García Delgado y Gradín, 2016), la temática del envejecimiento tomó nuevo protagonismo e importancia, en consonancia con los lineamientos internacionales. Fundamentalmente, a partir de la promulgación de la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, en cuyo impulso, Argentina tuvo un papel protagónico.

Durante los cuatro años posteriores ese panorama se vio modificado por las medidas de ajuste que el gobierno del macrismo implementó y que el Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) de la Universidad Católica (UCA) y otros organismos como lo conforman la Asociación Latinoamericana de Gerontología Comunitaria (ALGEC) y el Centro de Economía Política (CEPA) de los cuales hemos consultado sus publicaciones e informes.

De esos informes se destacan los estudios acerca del desfinanciamiento de los programas sociales, como es el caso de los cambios generados en el INSSJ y P- PAMI, en relación a la cobertura de prestaciones y el impacto inflacionario en el aumento de los medicamentos esenciales de mayor uso del grupo etario, alcanzando aumentos que oscilan desde el 50% al 200% en el periodo 2015-2017.

De acuerdo al estudio realizado por el CEPA, se observa una pérdida del 27% en el poder adquisitivo de la jubilación mínima analizando el periodo noviembre 2015 a enero de 2017.

Puntualmente, el estudio que hacemos referencia - UCA Fundación Navarro Viola, 2018- y que consideramos muy representativo de ese momento: "Los problemas económicos de las personas mayores"; una aproximación a las múltiples dimensiones de su vulnerabilidad, se afirma que el 37,8% de los adultos mayores expresa que sus ingresos no les alcanzan para llegar a fin de mes. El estudio se basa en las expresiones verbales que efectúan las personas mayores consultadas.

El 6,9% de las personas mayores cuyo ingreso mensual del hogar no les alcanza para cubrir los gastos de ese período reside en una villa o asentamiento precario, mientras que el 93,1% vive en barrios de trazado urbano. En cuanto al estrato económico 6 de cada 10 personas consultadas, y que manifiestan insuficiencia de ingresos, pertenece al estrato socio económico muy bajo.

Estos datos no son extraños a los análisis y manifestaciones acerca de la realidad actual que los trabajadores sociales que se desempeñan en la temática y en contacto directo con la población de mayores de nuestro país.

Si consideramos que del total de órdenes de pago que la ANSeS emite mensualmente más del 60% de las mismas corresponde a haberes mínimos, y que la actualización de los meses de setiembre 2016, marzo 2017 y posteriores se hicieron por debajo de la inflación medida oficialmente por el INDEC, lo cual explica el "achatamiento" salarial que las jubilaciones y pensiones están soportando frente al costo de la vida que incide claramente en las evaluaciones de los actores que el estudio refleja.

La reforma jubilatoria ha generado siempre desconfianza y rechazo, dada la permanente constatación que los planes de reforma suponen inexorablemente una baja en los ingresos de las personas mayores. Los ánimos no son los mejores para cambios, como se ha hecho evidente en la calle en diciembre de 2017. La propuesta oficial de aquel entonces, de clara influencia de las públicas recomendaciones del Fondo Monetario Internacional, no apuntaba a cambios estructurales,

sino a la forma en que se calculan las actualizaciones de los haberes en un país con la segunda inflación más alta de América Latina. Como expresáramos anteriormente en el año 2015 se ideó una ecuación que tomaba en cuenta el aumento de los ingresos en el sistema y la subida de precios con actualizaciones dos veces por año. En 2017 se pretendió modificar esa fórmula por otra que define el porcentaje de aumento según la subida de los salarios formales y la inflación, con actualizaciones trimestrales. El problema ha sido que el resultado de su aplicación siempre dio negativo.

Según los cálculos de los expertos, el nuevo índice Remuneración Imponible Promedio de los Trabajadores Estables (RIPTE) solamente otorgó un alza de 5,7%, frente al 14% de la fórmula anterior Índice de los Salarios Básicos de la Industria y la Construcción (ISBIC)

La falta de una concepción socio sanitaria en materia de formulación de políticas para mayores.

También especulábamos respecto que entre nosotros una aceptación fáctica de la concepción socio sanitaria que emblemáticamente el IM-SERSO español adoptó y difundió eficazmente.

La atención socio sanitaria conforma un sistema complejo que centralmente plantea la construcción de un espacio común de confluencia y coordinación para todas las instituciones que proveen servicios sanitarios y sociales en un sentido amplio e inclusivo en nuestro caso a las personas mayores de nuestro país. Adquiere sentido y organización en torno a las personas y, especialmente, en aquellos colectivos concretos que, por razones complejas y variadas, se ubican en este espacio como receptores de prestaciones.

La atención de las necesidades socio sanitarias requiere de la participación de estructuras y servicios de, principalmente, dos sectores: el sanitario y el de los servicios sociales. Se han ensayado, pilotado y seleccionado en diferentes partes del mundo diversos modelos

para gestionar la participación de ambos sectores. En nuestro país, el Instituto Nacional de Servicios Sociales de Jubilados y Pensionados (INSSJ y P- PAMI) ha significado en los hechos y en la historia de su existencia, la institución que debería marcar rumbos modelares en esta materia, sin embargo, los debates internos acerca de la prevalencia de los modelos médicos y sociales ha tenido severas dificultades en la expresión de implementación concreta de las acciones. Aún en momentos en donde parecía prevalecer un criterio esclarecedor, la dinámica administrativa no evidenciaba la articulación imprescindible para comprender las prestaciones transversales socio sanitarias, de allí las dificultades evidenciadas en consolidar centros de día o concretar prestaciones complejas como las de atención domiciliaria interdisciplinaria.

La coordinación socio sanitaria contribuye a mejorar la calidad de vida de las personas. Mantener de forma disgregada intervenciones sectoriales (sociales y sanitarias), genera problemas y dificultades ampliamente constatadas entre nosotros:

- Fragmentación de la persona, lo biológico desagregado de lo psico social, con el consiguiente riesgo de sufrir daños provocados por la existencia de objetivos que pueden resultar incompatibles.
- Insatisfacción de la persona usuaria y de las/los profesionales por la falta de una valoración completa de su situación y un plan de actuación centrado en las capacidades que intente minimizar las limitaciones personales y sociales.
- Infrutilización de los recursos informales que las personas poseen en su medio.
- Ampliación de los espacios de desprotección, por la falta de coordinación entre los ámbitos sanitarios y sociales.
- Pérdida de los beneficios que podrían aportar la optimización de los recursos y las sinergias de las actuaciones coordinadas.

La apuesta por la coordinación implica un cambio de paradigma: de la planificación y provisión fragmentada a la organización coordinada de servicios que dan respuesta a las necesidades de la población de mayores.

Cuando en nuestros trabajos hablamos de la necesidad de implementación de un sistema de cuidados progresivos, nos encontramos afirmando que no es viable el mismo sin la aplicación en paralelo de los sobrentendidos del enfoque socio sanitario.

A su vez estábamos evaluando la serie de cuestiones que tienen que ver con nuestra tarea profesional en Trabajo Social: Los desarrollos de los centros de jubilados en cuanto a brindar servicios a sus adherentes, la situación de la atención primaria interdisciplinaria adaptada a los mayores, la gestión de nuevas miradas en la atención gerontológica (del enfoque de necesidades y carencias hacia el enfoque de derechos), la irrupción del movimiento feminista en nuestro medio, los servicios de cuidados domiciliarios, el impacto de la Convención Interamericana de Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores que el Parlamento de la Argentina convirtió en ley en mayo de 2017, la necesaria revisión integral de la Ley 5670/17 que regula a las Residencias Privadas en la Ciudad de Buenos Aires y la imprescindible necesidad de articular por parte del Estado los servicios que en materia socio sanitaria se prestan a los mayores en nuestro país.

Estas cuestiones que eran prioritarias en nuestra contabilidad de medidas inmediatas dentro de los primeros cien días de gobierno, se vieron absolutamente modificadas por la emergencia que desató el Covid-19 entre nosotros.

La irrupción de la pandemia en marzo de 2020

El 3 de marzo se detectó el primer caso en la Argentina de Covid-19 positivo, hacia el final de ese mes comenzó a aplicarse el Aislamiento

to Social Obligatorio (ASPO) y, desde entonces, los infectados (datos correspondientes a la semana del 30/12/2020) alcanzaron la cifra de 1.407.277. Contabilizándose 38.216 fallecidos y 1.235.257 personas recuperadas.

Podemos considerar dos períodos en cuanto a hechos de gobierno frente a la pandemia: Un primer momento que se extiende hasta el mes de julio de 2020, durante el cual se determina una cuarentena con plena vigencia del ASPO, que efectúa recomendaciones televisivas en la palabra del Presidente de la Nación Dr. Alberto Fernández, que reflejan la orientación de un comité de expertos vinculados al Ministerio de Salud de la Nación, que es el encargado de asesorar y orientar desde la óptica sanitaria al presidente.

Esa primera etapa es prematura y exitosa, en la medida que el objetivo central se encuentra destinado a preservar la ocupación de camas de terapia intensiva y asegurar la provisión de respiradores, equipos y personal sanitario entrenado a la totalidad de la población afectada por la pandemia.

Las personas mayores recibieron todo tipo de mensajes: Cuidarse, el primero y necesario; pero también otros más paternalistas como el intento del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de montar un sistema de atención para los mayores, donde estos tuvieran que pedir autorización para salir de sus casas.

La polémica se instaló de manera inmediata, muchas y muchos pusimos el grito en el cielo: tanto quienes iban a tener la obligación de cumplir con la medida coercitiva, como nosotros profesionales del Consejo de Trabajo Social, que entendemos el envejecimiento y la vejez como otra cosa.

En abril de 2020 comenzaron a circular protocolos y distintos materiales, con cierta preeminencia biológica, que recomendaban cómo cuidar la salud en época de pandemia, por ello el Grupo de Trabajo Social en el campo Gerontológico del Consejo Profesional de Graduados en

Trabajo Social difunde los lineamientos que conceptualizan el aporte profesional de Trabajo Social destinado a los equipos socio sanitarios que actúan por sobre la población de mayores alojados en residencias de larga estadía. Mencionados lineamientos expresan:

En este tiempo de aislamiento, bioseguridad y autocuidado, debemos evitar que el contacto con la persona mayor se limite a la aplicación de una vacuna o al control de la temperatura y que lo que debería ser su Hogar (Residencia de Larga estadía) o el equivalente: “los mayores deben permanecer en su hábitat”, termine convirtiéndose en algo parecido a un pequeño hospital.

La pregunta es ¿cómo transformar nuestras intervenciones para continuar priorizando la atención centrada en la persona?, tal como define Pilar Rodríguez Rodríguez:

es la que se dirige a la consecución de mejoras en todos los ámbitos de la calidad de vida y el bienestar de la persona, partiendo del respeto pleno a su dignidad y derechos, de sus intereses y contando con su participación efectiva. (Rodríguez Rodríguez, Pilar, pág. 235: 2014)

El distanciamiento al que se ven obligados de cumplir, de acuerdo a los protocolos se los obliga a tener dentro de las Residencias, con sus compañeros y el personal que se encuentra en ella. Y aún más dificultoso cuando hablamos de aquellos mayores con problemáticas de salud mental, en las que continuamente hay que recordarles la situación que los atraviesa.

Es importante repensar nuestra intervención con la persona adulta mayor como sujeto de derechos, fortaleciendo sus vínculos familiares y su integración social, con sus compañeros y personal de la Residencia. Asegurar que se garantice la intimidad, se personalice el cuidado y se evite la continua rotación de profesionales. Extremando especialmente los cuidados en casos de personas con Alzheimer.

No perder de vista que para los profesionales se trata de un o una residente, una persona, una situación, pero para los familiares o red cercana es su "ser querido" madre, hermana, abuela. Ser cuidadosos con las palabras, las formas, las miradas, ser empáticos y acompañar, esa es la tarea fundamental y el desafío de las/ los trabajadoras sociales hoy en una residencia de larga estadía, en el contexto de Covid-19.

Desde las primeras atenciones respecto de la incidencia del Covid-19, se ha dicho, se ha propalado que la pandemia ha sido: "...un problema primordialmente de los viejos...". Esto se ha sostenido en la difusión de los medios masivos y hegemónicos de comunicación, quienes fueron interponiendo cuestiones de prioridad económica (apertura de locales comerciales, actividades deportivas, escuelas, etc.), fundamentada en una permanente comparación con criterios asumidos por parte de los países del primer mundo por sobre las recomendaciones sanitarias nacionales y/o locales, que fueron horadando el mantenimiento de los criterios de orden preventivo difundidos oficialmente.

Por ello expresamos que a partir del mes de julio las voces oficiales, parecen ceder frente a la andanada orquestada por la oposición política y los medios masivos hegemónicos de comunicación, hasta que los datos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) entran, a partir de setiembre- octubre de 2020, en cierto declive en la incidencia numérica de la agresión viral, que confirma el peso de los factores climáticos acerca del impacto de la pandemia.

Nos parece interesante incursionar respecto de las consultas que fueron efectuadas por parte de distintas organizaciones universitarias del AMBA, dado que las mismas dan cuenta de las consecuencias inmediatas de la pandemia por sobre las personas mayores.

Según los resultados de la encuesta realizada entre los adultos mayores, durante la cuarentena, estos manifiestan que sintieron más temor de que se enfermara un familiar a contagiarse del Covid-19.

Calificaron como uno de sus mayores desafíos aprender el “nuevo lenguaje” tecnológico para no perder el vínculo diario con sus afectos. El trabajo, en el que intervino la Red Mayor La Plata, permitió saber cómo ese segmento de la población vive el aislamiento, cómo se cuida y adapta a la virtualidad.

La campaña realizada por la Fundación Navarro Viola, junto a las organizaciones de Argentina que conforman la Red Global de Help Age Internacional, expuso y cuestionó la discriminación por edad que se registró durante la pandemia por Covid-19. El objetivo fue recuperar la voz de las personas mayores y exponer los prejuicios a los que son sometidos, concretando consultas personales y encuentros virtuales, expandiendo las mismas en catorce provincias de la Argentina.

Entre los datos más relevantes se destaca que las personas mayores conocen a la perfección las medidas de cuidados a tomar durante la pandemia, y que, en su gran mayoría, están cumpliendo todo lo definido por los gobiernos nacionales y locales. Sin embargo, expresaron que observaron que las comunicaciones en medios, o incluso de la propia familia, dejan entrever el prejuicio de que no saben o no pueden cuidarse solos.

Ante la pregunta de qué están haciendo las personas mayores durante la cuarentena, la mayoría de los encuestados respondió actividades relacionadas con el entretenimiento, la comunicación con familiares y tareas del hogar. Como se pudo seleccionar más de una opción, el 80 % dijo que se comunicó con la familia y amigos a través de la tecnología; el 78 % vio películas, series y escuchó música; el 74 % cocinó; el 71 % ordenó la casa; el 57 % practicó actividad física “virtual”; el 49 % salió a caminar.

En referencia a las sensaciones y sentimiento que sintió con más frecuencia durante el aislamiento, las más mencionadas fueron: adaptación 45 %; Incertidumbre 39%; miedo 39%; tristeza y melancolía 37 %; frustración por no poder hacer cosas que eran importantes para sí 33 %; prudencia 33%; creatividad (tengo tiempo para hacer cosas que antes no podía) 28%; orgullo (me pude adaptar a las circunstancias) 25%.

Sensaciones y sentimientos que sintió con más frecuencia durante el aislamiento

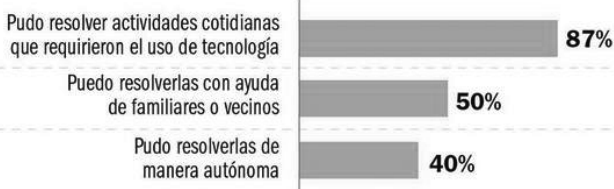


Del total de personas que expresaron sentir miedo durante el aislamiento, el 35% dijo que tenía miedo a que se enferme alguien de su familia; el 27% miedos a no saber qué va a pasar y un 20% a enfermarse.

Sobre el mayor malestar que provocó el aislamiento social preventivo, el 32% dijo que fue la imposibilidad de ver a sus familiares y el 26%, no saber cuándo termina.

Uso de la tecnología

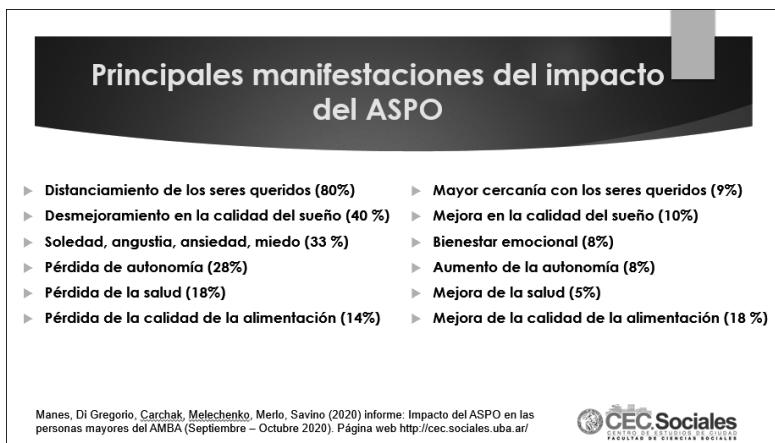
En actividades cotidianas



El **79%** de los encuestados manifestó que la tecnología fue una de las herramientas que le permitió transitar de mejor manera el aislamiento.

FUENTE: HELPAGE INTERNACIONAL Y CAMPAÑA ADULTOS MAYORES DEMANDAN ACCIÓN (ADA)

A su vez, desde la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, desde el Centro de Estudios de Ciudad, en los meses de setiembre y octubre de 2020 se despliega el impacto del ASPO en las personas mayores del AMBA, de cuyo trabajo destacamos:



En un primer momento las investigadoras aclaran que las afirmaciones no están relacionadas con la condición de la edad, del total de respuestas obtenidas prevalece la opinión que el aislamiento es “igual para todos”.

Se observan dos grandes categorías de análisis que dan cuenta de las polaridades conformadas por los aspectos positivos y negativos de las medidas de aislamiento. El 38% hace referencia a la cuarentena como una medida de cuidado y protección y el 37% manifiesta las diversas aristas del padecimiento subjetivo como consecuencia del aislamiento.

Por un lado, el aislamiento es considerado como una medida de cuidado de la salud, una necesidad y una obligación. El cuidado es representado como una acción del Estado y del gobierno; en el marco de la solidaridad y la responsabilidad social en referencia al cuidado

de otras personas, principalmente a los seres queridos; y como autocuidado. La cuarentena es considerada como preventiva e imprescindible para preservar la salud y la vida.

Por otro lado, el padecimiento subjetivo está asociado a los siguientes sentimientos: angustia, miedo, agotamiento, pesadez, tristeza, soledad, depresión, impotencia, aburrimiento, monotonía, agobio, frustración, dolor y desagrado. En una menor proporción se manifiesta la incomodidad ligada a la percepción de la cuarentena como un error o como una medida innecesaria. En casos puntuales se observa la referencia al tiempo transcurrido como pérdida, un "no vivir". Asimismo, el aislamiento es visto como causante de deterioro de la salud y de la pérdida de ingresos a causa de la reducción del trabajo.

En segundo lugar, en un porcentaje menor se destaca la representación de la cuarentena ligada al distanciamiento social que corresponde al 8 % de las personas encuestadas. En esta categoría se hace referencia con mayor énfasis a la distancia de los vínculos familiares, con mención prioritaria de las/os hijas/os y nietas/os. Asimismo, se incluye la falta de contacto con amistades y personas del ámbito laboral. Se destaca la referencia a la falta del contacto físico, los abrazos y los encuentros sexuales.

En tercer lugar, se encuentran tres representaciones con porcentajes similares el aislamiento como oportunidad (6%), como encierro (6%), y una tercera categoría descriptiva de "quedarse en casa" (5%).

Dentro de las percepciones vinculadas al aislamiento como oportunidad se encuentra la posibilidad de aprendizaje con especial mención a las nuevas tecnologías que permiten mantener la autonomía, aprovechar el tiempo para realizar tareas postergadas, "hacer lo que antes no hacía", se hace referencia a la tranquilidad y a tener un tiempo "sabático", "sin compromisos extras", "una oportunidad de parar, bajar exigencias, tomarme mi tiempo, recuperar mi espacio".

Solo el 6% de las personas encuestadas ven a la cuarentena como encierro, entre los discursos se destaca la falta y pérdida de libertad, estar en prisión, encierro dentro de las casas, “enjaulada”, “encarcelante”.

En la última categoría se incluyen representaciones más descriptivas acerca del aislamiento como una situación transitoria y excepcional: “quedarse en casa”, “esperar”.

Consultados en el rubro alimentación, prevalece la idea que el ASPO mejoró la situación alimentaria (18%) por sobre un 14% de respuestas negativas al respecto.

El momento ex post de la pandemia, a modo de cierre

Según los historiadores, las pandemias suelen tener dos tipos de finalización: la biológica, que ocurre cuando las tasas de incidencia y mortalidad caen abruptamente, y la social, cuando la epidemia de miedo a la enfermedad disminuye. En otras palabras, un final puede ocurrir no porque el Covid-19 haya sido vencido, sino porque las personas manifiestan agotamiento del “modo de pánico” y aprenden obligadamente a convivir con las secuelas de la enfermedad.

Desde el punto de vista social hemos ingresado ya a la post pandemia, las consecuencias vitales para nuestro campo problemático nos indican que nada será igual en el tiempo de post pandemia, esencialmente porque la situación social de los mayores se ve fuertemente afectada:

- Aquellos temas vinculados a decisiones socio políticas y económicas se encuentran reverdeciendo en la agenda sistémica: Luego de extensos debates ha prevalecido el criterio de aplicar la fórmula IS-BIC de movilidad jubilatoria.
- Los temas detallados en el acápite de la pre pandemia vinculados a nuestra selección de temas a incluir en la agenda de gobierno,

como los criterios socio sanitarios, la revisión de la ley 5670/17 de regulación en la Ciudad de Buenos Aires de las Residencias de Larga Estadía privadas, etc. permanecen inscriptos en nuestro listado personal de posibles acciones.

- Nuestras intervenciones grupales, comunitarias, asociativas, etc., que desde siempre formaban parte de los recursos sociales más seguros, han entrado en un cono de incertidumbre
- El aislamiento social preventivo y obligatorio permanecerá en el imaginario de los mayores en los hechos y en sus aprehensiones vitales.
- Todas las instancias institucionales se ven modificadas en su funcionamiento cotidiano. Las instituciones que atienden a los mayores son organizaciones socio sanitarias (Conceptualmente transversales a lo sanitario y lo social) ¿Cómo interpretar aquellas medidas que limitan o anulan las tareas preventivo sociales en su amplio espectro?
- Continuar respetando los protocolos especiales de acción y prevención establecidos por las autoridades, ya muchos expertos hablan acerca de que la pandemia vino para quedarse y debemos adaptarnos tomando los recaudos necesarios. (Cumplir con las medidas de bioseguridad.)
- Destacar la importancia de sostener las comunicaciones vía telefónica y/o video conferencias para complementar las visitas presenciales en los centros para adultos y/o residencias.
- Visitas adaptadas en espacios abiertos o cerrados con buena ventilación de acuerdo a las posibilidades edilicias de cada institución.
- Construir herramientas junto a equipos interdisciplinarios que puedan acompañar a las y los mayores con comunicación empática y fluida, hacer mayor hincapié en la construcción de redes de apoyo y velar por el respeto de sus derechos.

- Escucha activa aplicada a la totalidad de contactos con personas mayores.
- Trabajar respecto de la autonomía total, así como también en los procesos de mejoramiento de la convivencia.
- Convertir el espacio del adulto mayor en un lugar más confortable, seguro y participativo

Bibliografía

Amadasi, E., & Tinoboras, C. (2017). Los problemas económicos de las personas mayores: una aproximación a las múltiples dimensiones de su vulnerabilidad. Barómetro de la deuda Social con las personas mayores. ODSA (Observatorio de la Deuda Social Argentina). UCA- Fundación Navarro Viola. Buenos Aires

CEPA- CEPPEMA- ALGEC (2017). El fuerte impacto inflacionario en los medicamentos esenciales utilizados por las personas mayores. Periodo 2015-2017. Recuperado de <http://www.algec.org/wp-content/uploads/2017/07/El-fuerte-impacto-inflacionario-en-los-medicamentos-esenciales-utilizados-por-las-personas-mayores-1.pdf>. Fecha de consulta: 30-11-2020.

Cobos, Leidy; Croas, Rosana; Ercej, Laura; Machado, Eleonora; Martínez, Patricia;

Paola, Jorge; Saá, Bettina (2020). Lineamientos de Trabajo Social en Residencias de Mayores en el marco del COVID- 19. Grupo de Trabajo Social en el campo Gerontológico. Consejo Profesional de Graduados en Servicio Social o Trabajo Social de Buenos Aires.

Convención Interamericana sobre la Protección de Derechos Humanos de las Personas Mayores (2015) adoptado en Washington D.C. Estados Unidos con fecha 15/06/2015. Entrada en vigor: 11/01/2017. Depositario: Secretaría General de Estados Americanos (OEA). Formalizada en ley nacional 27.360 por el Parlamento de la Argentina el 08/05/2017. <http://inmayores.mides.gub.uy/innovaportal/file/56286/1/convencion-interamericana-sobre-la-proteccion-de-los-derechos-humanos-de-las-personas-mayores.-o.e.a.-2015.pdf>

García Delgado, Daniel y Gradin, Agustina (2016): "Neoliberalismo tardío y desestructuración del demos: El poder toma el poder", en Revista Estado y Políticas Públicas N° 7, año IV, Octubre de 2016. p. 49-69. FLACSO, Buenos Aires.

Manes, Di Gregorio, Carchak, Melechenko, Merlo, Savino (2020) informe: Impacto del ASPO en las personas mayores del AMBA (Septiembre – Octubre 2020). Página web <http://cec.sociales.uba.ar/>

Protocolo detallado emergencia sanitaria covid 19 Sugerencia para establecimientos geriátricos. Marta Scher. José Luis Ortega Fournier-abril 2020

Protocolo de actuación para manejo de casos sospechosos y confirmados de coronavirus (covid-19) en residencias geriátricas. manejo de contingencia (2020). GCBA. <https://www.buenosaires.gob.ar/coronavirus/>

Protocolos del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires: <https://www.gba.gob.ar/sites/default/files/comuni/archivos/Decreto%20Eme...>

Rodríguez Rodríguez, Pilar; Vila y Mancebo, Antoni – coordinadores (2014) Modelo de atención Integral y Centrado en la Persona. Teoría y Práctica en ámbitos del envejecimiento y la discapacidad. Editorial Tecnos. Madrid.

EL MALTRATO ECONÓMICO EN LAS PERSONAS MAYORES QUE VIVEN EN CONTEXTO DE VULNERABILIDAD SOCIOECONÓMICA EN URUGUAY

Mauricio Arreseigor¹⁵

Resumen

El presente artículo refiere a una investigación de carácter bibliográfica que indaga algunos de los motivos que originan el maltrato económico en las personas mayores que viven en contexto de vulnerabilidad socioeconómica. Las reflexiones acuñadas en este documento, parten de una revisión teórica-conceptuales de los principales tópicos en el campo gerontológico sobre la temática abordada.

El debate conceptual, sitúa el acento en la existencia de una matriz ideológica que sustrae de las personas mayores los aspectos negativos, cargando de rótulos que desvalorizan a quien habita la vejez. Este escenario desfavorable, en contexto de desigualdades sociales persistente, traerán la emergencia de problemáticas que se configuran a la luz del contexto socio-histórico actual.

15 Licenciado en Trabajo Social (FCS-UdelaR), Máster en Gerontología Social (Universidad de Barcelona), Técnico en Gerontología (Universidad Maimonides, Argentina), Diploma de especialización en Políticas Sociales (FCS-UdelaR). Docente G2 Facultad de Ciencias Sociales, supervisor del área vejez y envejecimiento. Referente del Instituto Nacional de las Personas Mayores.

Las tensiones puestas en juego provenientes de las reflexiones realizadas, permiten avizorar cómo en espacios de privación económica, los ingresos de las personas mayores percibidas a través de la seguridad social, son una arena de disputa en el espacio socio-familiar, traduciéndose en situaciones de maltrato económico.

Introducción

El presente documento consiste en el proyecto final de Máster en Gerontología Social de la Universidad de Barcelona, en él se podrán encontrar con la exposición de una propuesta de investigación gerontológica sobre un tema trascendental para las personas mayores y su bienestar personal, cómo lo son los malos tratos en la vejez, y particularmente el abuso económico que estas viven.

El tema adquiere una importancia mayúscula para el investigador, dado que su labor profesional cotidiana está marcada por la presencia cada vez mayor de situaciones de malos tratos que se caracterizan por el abuso económico hacia personas mayores las cuales cohabitan residencia con personas de otras generaciones, particularmente en contextos de pobreza y empobrecimiento reciente.

La investigación gerontológica puede officiar en este caso cómo un instrumento de generación de conocimiento aplicado, dado que los insumos, hallazgos y datos provenientes de esta producción podría facilitar la ejecución de nuevas medidas y acciones de protección y garantía de los derechos de las personas mayores que están padeciendo tal situación.

El Uruguay asistió en estas últimas décadas a un proceso de envejecimiento poblacional que lo ubica hoy cómo el segundo país más envejecido de América Latina y el Caribe, detrás de Cuba. El cambio en la estructura poblacional implica un reto no sólo para las personas mayores, sino también para la sociedad misma y el Estado, quienes deben ofrecer más y mejores oportunidades de bienestar.

Este país se ha caracterizado por un sistema de protección social universal-estratificado, donde más del 90% de las personas mayores de 65 años, accede algún programa de previsión social, dentro de la oferta de la seguridad social que dispone el Estado. En estos últimos 15 años, se han legislado para incrementar la cuantía de las pensiones más bajas, permitiendo que las personas con menores recursos, pudiera acceder a mejores condiciones de vida.

La seguridad económica que podría garantizarse con pensiones y jubilaciones más robustas, tiene cómo contra-cara nuevas situaciones de abuso económico que viven las personas mayores, por poseer recursos que anteriormente no componían la economía doméstica del hogar.

En los contextos de vulnerabilidad socioeconómica, se observan cómo las personas mayores, quienes provienen de vida sumida en la pobreza, viven en hogares multigeneracionales, extendidos y ensamblados, que se sostienen en función de las condiciones económicas que provee la persona mayor, independientemente de su voluntad.

En estos últimos años, se ha incrementado la solicitud de préstamos en financieras privadas y públicas, así como la gestión de poderes a terceras personas para que hagan uso de sus rentas económicas. En los hogares socioeconómicos vulnerables, las personas mayores que allí habitan, suelen percibir pensiones o jubilaciones que componen más del 50% de los ingresos domésticos, llegando en algunos casos, a componen el 100% de los recursos del hogar.

Finalmente, se podría reflexionar sobre la capacidad de sostén de las personas mayores cómo jefes y jefas de hogar por su rol y contribución económica. Sin embargo, la cada vez mayor detección de estas personas, en una posición relegada en el domicilio, impedidos de ejercer su libertad personal y autodeterminación, avasallados en sus derechos a partir del uso de sus recursos, hace pensar en una estructura familiar donde la persona mayor ocupa el lugar exclusivo de ser

subsidiario económico de las necesidades de los restantes integrantes del hogar.

La búsqueda bibliográfica estuvo marcada por dos criterios adicionales, más allá del intento de rescatar y obtener aquellos artículos e investigaciones que dieran cuenta del fenómeno de los malos tratos económicos hacia las personas mayores. El primero está sustentado en el acceso a producciones hechas en el continente de América Latina, reconociendo que la situación contiene algunas peculiaridades propias de los contextos de empobrecimiento y el avance en programas de pensiones no contributivas para este colectivo social que se lleva adelante en la región.

El segundo, vinculado a investigaciones de carácter más reciente, que datan de los últimos 10 años a la fecha, en tanto los cambios suscitados en materia de derechos humanos sobre las personas mayores, políticas de previsión social y concepciones respecto a la vejez, pueden afectar el marco de comprensión que se tenga del actual fenómeno.

Finalmente, la hipótesis orientadora que guió la presente discusión expresa: La sostenibilidad económica de las personas mayores, en familias multigeneracionales en contexto de pobreza, caracterizada por un sistema de valores y creencias que desestiman al envejecer por entenderlo asociado al deterioro, marca las condicionalidades desencadenantes de un uso desautorizado, indiscriminado y arbitrario de los recursos económicos de las personas mayores.

El maltrato económico en la vejez: desafíos en el nuevo milenio

El envejecimiento poblacional es un fenómeno universal, que viene ocurriendo en todos los continentes y países del mundo en menor o mayor velocidad. Los cambios en la estructura poblacional no son recientes, para muchas naciones, este cambio se inició hace décadas y siglos, cuando las dimensiones demográficas (natalidad, mortalidad y migración) comenzaban a sufrir los primeros cambios.

Particularmente, la región de América Latina y el Caribe, sufre un envejecimiento divergente y acelerado, caracterizado por una transición demográfica que se concreta en pocas décadas, a diferencia del proceso europeo, donde la transición llevó más de un siglo. Esto marca la pauta de que los países de la región deberán hacer frente al contingente de personas mayores que ingresarán masivamente a la vejez, en estos próximos años (Huenchuan, 2013).

Estamos asistiendo a una “revolución silenciosa” del que muchos países no están haciendo frente. La longevidad y su incremento, es el resultado del avance de la humanidad. El envejecimiento como fenómeno social, se sitúa como el desafío más importante del siglo XXI, en el que todo el mundo deberá dar respuesta a una incesante población mayor, que cada día se vuelve más diversa (Thumala, 2014).

El caso de Uruguay se asemeja a la evolución que han realizado los países europeos. El inicio del proceso de envejecimiento data de los primeros años del siglo XX, ocurriendo la transición demográfica en un período de casi 100 años. En 1970, Uruguay registraba una tendencia marcada al envejecimiento poblacional, acentuándose los años siguientes en relación con los restantes países del continente.

En la actualidad, Uruguay es el país más envejecido de la región y el segundo más envejecido de América Latina y el Caribe, detrás de Cuba. Según el Censo de 2011, viven unas 484.000 personas mayores de 65 años, lo cual representan un 14.1% de la población (Inmayores).

Dos tendencias figuran en este proceso de envejecimiento poblacional, en primer lugar, la feminización de la vejez, el 60% de las personas mayores son mujeres, en relación al 40% de sus pares, mientras que para los grupos de 80 años y más, esta diferencia se ven acentuada, siendo las mujeres un 70%, en relación al 30% de sus pares. Ante esta realidad, los asuntos del género durante el envejecimiento y particularmente en la vivencia de la vejez se tornan centrales para analizar los procesos de violencia y maltrato en este período de la vida.

La otra característica de este proceso, está pautado por el sobre-envejecimiento de la vejez, es decir, el envejecimiento interno de las propias personas mayores. No sólo incrementa el número de las personas de edad, sino que además viven más. El grupo de 85 años en adelante representa el 13,5 en el total de las personas mayores, pero será el grupo que mayor crecimiento tendrá en las próximas décadas, representando un colectivo que irá adquiriendo visibilidad a través de las diferentes demandas que le sean de su requerimiento.

Abusleme & Caballero (2014: pág. 10) nos hace referencia a una rápida “irrupción de cambios en la configuración etaria”. Esta nueva estructura poblacional presenta dificultades en una estructura político-social, ajena a las condiciones requeridas para afrontar las oportunidades y desafío que el colectivo de mayores exige para acceder a las condiciones de bienestar social.

El incremento de la demanda social propia del envejecimiento, se traduce en la necesidad de transformar la matriz de protección social del Estado para hacer frente a las necesidades específicas que presentan las personas mayores. Si bien los mayores no pueden ser caracterizados como un gasto, debido a los aportes y contribuciones que realizan, no es menor el conjunto de fenómenos social de carácter público que requiere atención por parte de las entidades estatales, siendo el fenómeno de la discriminación por razón de edad, la violencia y el maltrato hacia los mayores, uno de los problemas más acuciante a los que nos enfrentamos en estos próximos años.

El maltrato a los mayores no es un asunto reciente, y su existencia está directamente vinculada a los modos de concebir, percibir y representar a las personas viejas en la sociedad, lo cual se traducen en prácticas, acciones y modos de estar que afectan el trato y los derechos humanos de este colectivo social.

Las ideas y valores predominante sobre la vejez, están basadas en un trasfondo negativo que se ven reforzadas en algunos grupos familiares, por la presencia de personas mayores que padecen discapacidad

o dependencia, respondiendo así a las imágenes socialmente dominante sobre la edad (Hiriart, 2020).

La propia autora, Sandra Hiriart (2020), alude a la mirada social prejuiciosa que se despliega en el campo social hacia las personas adultas mayores. El disvalor con el que se carga a este grupo etario, se traduce en una profecía auto cumplida, donde las propias personas que habitan la vejez, adquieren los mensajes, prácticas y conductas vinculadas a una idea estereotipada, que incidirá en su manera de vivir y transitar en este momento de su vida.

En ese contexto, el envejecimiento ha sido construido social y culturalmente a través de un imaginario indeseado, al igualar la vejez con enfermedad, discapacidad, deterioro y dependencia. La sociedad en su conjunto, imprime una noción equivocada del proceso de envejecimiento, evitando a toda costa envejecer o mostrar señales de que eso les puede estar ocurriendo.

Las concepciones predominantes sobre la vejez, operan en el campo de las relaciones sociales y los vínculos interpersonales, permeando la identidad de las personas viejas, influyen en su propia idea, visiones desvirtuadas de lo que efectivamente es ser persona mayor. En esa estructura de relaciones sociales, existe un desbalance en los vínculos, a partir de las asimetrías que se van legitimando por el reconocimiento que cada grupo representa para la modernidad (Hiriart, 2020).

En concreto, la producción y circulación de las imágenes y creencias en relación a las personas mayores es un facilitador en la restricción de las posibilidades de integración y participación social. El trasfondo cultural sobre el imaginario social de la vejez se configura con una fuerte carga negativa. Esos atributos estereotipados de los que hablamos recientemente imprimen expectativas sociales restringidas para este colectivo social, que muchas veces decide en función de lo que la sociedad le trasmite sobre ellos mismos (Thumala, 2014).

Esta mirada negativa sobre el proceso de envejecimiento y la vejez, no recae únicamente en la sociedad, también las teorías sobre el envejecimiento se han sustentado en cierta dualidad, donde la primera generación de explicaciones conceptuales ha estado sustentada en una visión netamente biologicista, proveniente de la medicina, privilegiando una mirada parcial y segmentada de lo que es la vejez (Abusleme, 2014).

Sin embargo, las teorías psicosociales, propias de una generación posterior a la mirada biologicista también imprimen una categorización dual de la vejez, nuevamente recayendo sobre los fenómenos sociales que la vuelven negativa, cómo el aislamiento social, el deterioro cognitivo, el maltrato y la pobreza, negando las capacidades y potencialidades de este período de la vida (Abusleme, 2014).

Ante la incidencia que recobra el contexto en la mirada de las propias personas mayores, es que la conceptualización de lo que entendemos como vejez, tenderá a estar permeada e incidida por las situaciones que suceden alrededor de la misma. En ese marco, entendemos a la vejez a partir de los aportes de María del Carmen Ludi (2013: pág.3), la misma lo conceptualiza cómo;

Una construcción sociocultural, sobredeterminada por dimensiones contextuales socio-económico-político-culturales que atraviesan la vida cotidiana; de allí que el envejecer sea un proceso particular y complejo, que comprende diferentes aspectos: físico-biológico-psicológico-social y emocional, constituyéndose en una experiencia única en relación a estos aspectos y dimensiones

Tomando los aportes de Ludi, la vejez está íntimamente relacionada con los procesos socioculturales en la que ocurre, en ese marco, debemos hablar de situaciones de vejez o de diversidad de formas de transitar la vejez, incorporando la noción de vejez cómo manera de reconocer los procesos singulares que se van gestando a través de las condicionalidades que el sistema macro-social y micro-social tiene sobre el propio sujeto.

Al mismo tiempo, las problemáticas sociales que hoy día afrontan las personas viejas, entre las que el maltrato asoma como la de mayor preocupación, no pueden ser desligadas de las dimensiones contextuales que figuran en el concepto planteado anteriormente. El maltrato se torna un problema social, en la medida en que hay un escenario propicio para deconstruir aquellas prácticas que en otro tiempo eran aceptadas.

Adentrándonos a la temática del maltrato en la vejez, las sucesivas instancias internacionales y regionales sobre la protección de los derechos de las personas mayores, ha hecho del abuso y maltrato a la vejez, un problema social, que trasciende lo que por años se consideró un conflicto privado del ámbito familiar. La primera asamblea internacional de envejecimiento en Viena (1982) y posteriormente el Plan de Acción Internacional de Madrid (2002), han configurado dos soportes declarativos para modificar el paradigma de entendimiento sobre la temática, haciendo visible, aquello que por mucho tiempo permaneció en las entrañadas del mundo privado, cómo lo es el maltrato intra-familiar a las personas viejas (Huenchuan, 2014).

Más allá de los avances, Susana Gonzalez (2014) refiere a las dificultades que se le presentan a los equipos de abordaje del maltrato, ante la persistente invisibilidad que tiene el tema en el ámbito de lo comunitario, haciendo que el subregistro de situaciones sea mucho mayor que las denuncias existentes.

Se podría afirmar que aún el ámbito del maltrato hacia los mayores, es un fenómeno fuertemente naturalizado e invisibilizado, donde las prácticas tienden a conductas de sobreprotección y abandono, estando aceptadas cómo válidas, vehiculizando otras situaciones que provocan mayor impacto en la salud integral de la persona.

La ausencia de demanda y ocultamiento del problema, en un contexto donde los Estados latinoamericanos presentan un sinnúmero de situaciones sociales urgentes, hace que los programas hacia el abordaje integral de los malos tratos a las personas mayores estén

pautados por recursos puntuales, desde iniciativas que se sostienen de la sociedad civil.

Todo este escenario, se produce en condiciones estructurales deficitarias (Thumala, 2014). Donde la satisfacción de las necesidades sociales, afectivas y materiales por parte de las personas adultas mayores no se encuentran resueltas, debiendo las mismas continuar trabajando hasta el final de sus vidas y cohabitando sus hogares con familia extensa, de quienes a muchos apenas conocen.

El rápido proceso de envejecimiento que vive nuestro continente, del cual Uruguay no está ajeno, más allá de las particularidades de cada nación, hace que los Estados estén ingresando en una fase del desarrollo donde la amplitud y variedad de asuntos sociales a resolver se amplían, sin haber dado respuestas contundentes a los problemas de la modernidad, cómo lo son la desigualdad social, la pobreza y la insuficiencia de servicios provisto por los Estados.

La situación anterior, trae como consecuencia la intersección entre las dimensiones vejez y pobreza, en tanto un amplio contingente de personas que se encuentran ingresando a la vejez, han afrontado trayectorias vitales en condiciones materiales y simbólicas de empobrecimiento persistente; habiendo otros, que las actuales crisis, lo condujeron a un proceso de empobrecimiento. Para muchos de estos sectores “El no querer envejecer implica también el no querer empobrecer” (Ludi, 2012: pág.7).

Este proceso de empobrecimiento de las personas de edad avanzada, cuestión que está muy presente en un amplio abanico de países, está acompañado al mismo tiempo de un cambio en la institucionalidad pública en la materia de envejecimiento y vejez. En los últimos años, el continente ha orientado muchas de sus políticas en un giro conceptual que va desde el modelo asistencialista hacia un enfoque basado en los derechos (Abusleme, 2014).

Estas dos realidades anteriores, conviven en permanente tensión y conflicto, dado que, al empobrecimiento de la vejez, se produce al mismo tiempo un Estado con mayor capacidad para dar respuestas, aunque aun así de manera insuficiente. En muchos países, en estas últimas décadas, y Uruguay en eso ha sido vanguardista, lograron extender los sistemas de seguridad económica a partir del pilar no contributivo. En definitiva, muchas personas que han estado sumidas en la pobreza o, que ingresaron en ella no hace mucho, logran acceder a pensiones o jubilaciones, en un entorno de carencias múltiples.

La reciente aprobación de la convención interamericana de protección de los derechos humanos de las personas mayores en el año 2015 por medio de la Organización de los Estados Americanos, otorga a los Estados partes y ratificantes, un instrumento jurídico, político y educativo vinculante, para proteger las situaciones de vulneración de derechos en la que se ven enfrentados las personas mayores que sufren situaciones de malos tratos.

Uruguay, ratificó la convención el 24 de agosto de 2016, un año posterior a su aprobación, siendo el primer país en completar toda la adhesión en la OEA. En el instrumento, se entiende al maltrato cómo

“acción u omisión, única o repetida, contra una persona mayor que produce daño a su integridad física, psíquica y moral y que vulnera el goce o ejercicio de sus derechos humanos y libertades fundamentales, independientemente de que ocurra en una relación de confianza” (OEA, 2015: pág.11).

Este concepto ubica al maltrato cómo un asunto de derechos humanos, tanto por el daño que ocasiona en la persona, así como el efecto que tiene en la dignidad humana del sujeto que está en esa relación, incluyendo, además, la posibilidad de que este vínculo violento se produzca fuera de las relaciones intra-familiares.

La misma convención, consagra el artículo 9 “derecho a la seguridad y a una vida sin ningún tipo de violencia” donde le otorga al Estado la

capacidad de sancionar, erradicar y proteger ante las situaciones de violencia, abuso y malos tratos en los que estén relacionadas personas mayores.

Los avances normativos, no se traducen automáticamente en un cambio de imagen de la vejez, reproduciéndose en las relaciones sociales y familiares un trato deficitario de la vejez, donde la persona adulta se torna una carga, un problema y hasta un estorbo para la estructura familiar. El escenario socio-ambiental se vuelve hostil, generando diferentes situaciones de amenaza explícita e implícita que ponen en riesgo a las personas mayores (Gonzalez, 2014).

No es posible pensar en el ejercicio del maltrato cómo una condición vinculada única y exclusivamente a una relación de confianza interpersonal que ha sufrido disfuncionalidades y quiebres en la relación de poder. Detrás del maltrato, y puntualmente, el patrimonial, se ocultan niveles macro-sistémicos que inciden en la generación de prácticas que están aceptadas y avaladas en la familia y las propias instituciones.

Sandra Hiriart (2020) en su artículo, expone que el nivel macro-sistémico adquiere una relevancia inédita en la generación de una estructura social compuesta de creencias, valores y actitudes que determinan un disvalor en las personas mayores. Esta imagen descalificadora hacia las personas viejas, se sustenta en prácticas infantilizadoras donde la persona es entendida como un individuo que no reporta las capacidades suficientes para gobernar su vida, recursos, y aspiraciones.

Debido a lo anterior, las personas mayores, en bastas oportunidades, ceden la gestión de sus recursos económicos por parte de otros miembros de la unidad doméstica, concediendo a su vez, la confianza de que su familiar hará un uso responsable y medido de los recursos, con el consentimiento previo; situación que a la postre, no sucede, más cuando se ocultan de forma reiteradas prácticas paternalistas, de discriminación, que sitúan a la persona mayor en un lugar relegado de la familia.

En el ámbito familiar, los orígenes de las situaciones de maltrato son multifactoriales y complejas, donde la edad y los problemas de salud son algunas de las dimensiones, pero existen otras categorías como las creencias detrás del vínculo con una persona mayor, la dependencia económica, y otras variables socio-estructurales que también entran a tallar las causas de este fenómeno (Huenchuan, 2014).

Por eso, el maltrato en la vejez adquiere una multiplicidad de formas de expresarse, que deben ser estudiadas y analizadas con la suficiente amplitud para incorporar a la matriz de comprensión, todas las maneras posibles, sin reducirla a determinados factores que pueden dar cuenta de algunos tipos de malos tratos, pero desconoce otros.

En lo que a tipos de maltrato refieren, nos detendremos en conocer algunas implicancias propias del maltrato económico, y particularmente cómo las situaciones se tornan más acuciantes cuando se trata de personas viejas que están transitando contextos familiares de pobreza y empobrecimiento, donde el ingreso figura cómo un recurso de sostén familiar, en desmedro de la calidad de vida de la propia persona mayor.

El abuso económico-patrimonial, presenta una predominancia en los vínculos cercanos, siendo en el 90% de los casos familiares directos quienes ejercen el uso indebido de los recursos de las personas mayores, según una investigación realizada en Chile. El engaño o extorsión, son algunas de las primeras manifestaciones que decantan en la utilización de los recursos actuales y futuros, a través de préstamos (Thumala, 2014).

Estas prácticas basadas en la adquisición de poder para el uso de los recursos de las personas mayores aparecen legitimadas cotidianamente por las instituciones públicas, las cuales no sólo no se oponen a ellas, sino que la favorecen cómo forma de proteger a la persona vieja y evitar que deba hacer largas colas los días de cobro (Hiriart, 2020).

Ante lo dicho, el abuso económico no es un asunto individual y privado, por el contrario, es un problema público, con profundas implicancias para el Estado y la comunidad toda, por el daño que ocasiona en la persona y su condición futura.

En una de las producciones realizadas tiempo atrás, la autora alerta sobre la posibilidad de que el maltrato económico-financiero hacia las personas mayores se continúe perpetuando; según ella, los sistemas de pensiones en contextos de pobreza, en un régimen institucional edadista, con carencias en sistemas de atención al maltrato y una escasa protección de los derechos de los mayores, son condiciones que prevén un escenario desfavorable en este sentido (Fassio, 2014).

En el año 2010, en Argentina, se hizo un estudio sobre la percepción de las personas mayores referido al abuso y maltrato. De esta investigación realizada por la Dirección Nacional de Políticas Sociales para Personas Mayores (DINAPAM) provienen que el 2,4 de las personas mayores sufrieron abuso patrimonial, mientras que 20% dice haber firmado algún papel que desconoce su finalidad (Fassio, 2014).

En esta situación, donde la persona se apresta a firmar poderes, préstamos y créditos, suele existir, previo a la ocurrencia de estas decisiones, un tiempo de gestación del convencimiento, donde miembros de la familia a través de mensajes sutiles e implícitos comienzan a enunciar la importancia de llevar adelante tal o cual acción para brindar la mejor condición material a los integrantes del espacio doméstico.

La autora Adriana Fassio (2014) menciona algunos facilitadores que pueden vehicular el desarrollo del maltrato económico-financiero, siendo importante su detección para conocer de ante mano los signos de alarma.

El primer facilitador está dado por la estructura de la familia y las relaciones familiares, importa tanto con quienes se viven, pero por sobre todo, los vínculos que haya establecido con esas personas durante la trayectoria vital. El lugar que ocupe la persona en la distribución

de rol, dará cuenta de su capacidad de control independiente de los recursos económicos.

El segundo, constituye la disponibilidad de la casa. Este bien, presenta un valor significativo para cualquier persona y es el recurso máspreciado por los individuos. A menudo, hijos u otros familiares elevan sus expectativas en relación a contar con una herencia anticipada por parte de su padre-abuelo.

En el siguiente escalafón, nos encontramos con aquellas personas mayores, que, cursando edades más avanzadas, pueden presentar características de mayor vulnerabilidad. A medida que la edad progresa, puede suscitarse las siguientes situaciones: aislamiento, pérdida de vínculos, problemas físicos, hasta, deterioro cognitivo.

Finalmente, la confianza brindada por las personas mayores a determinados profesionales. Está relación desbalanceada, hace que el poder de la palabra de algunos profesionales con indicaciones contraproducentes en este sentido, se vuelvan verdades absolutas para la persona.

Estos factores de riesgo, pueden entrar en interacción con las fallas en los soportes intergeneracionales, donde los cambios culturales en la forma de convivencia de la trama familiar hacen que los mecanismos tradicionales de reciprocidad y solidaridad se encuentren diluidos (Del Pozo, 2014).

La misma autora, Marisol del Pozo (2014), enfatiza que el debilitamiento de los lazos de convivencia, suelen acarrear un proceso de individualización a la interna de la familia, donde el proyecto personal se sobrepone a los vínculos afectivos, los cuales se tornan frágiles. Eso ocurre, a su vez, en un contexto de incertidumbre económica, donde se producen una reorganización de las formas de convivencia, con el propósito de solventar los costos de vida de la familia.

En definitiva, en este escenario de personas viejas que viven en condiciones de extrema pobreza, pero con recursos materiales provenientes

tes de jubilaciones o pensiones, se vislumbran algunas configuraciones vinculares dado por “las actuales convivencias bi, tri, y multigeneracionales sin capacidad de aporte económico en las familias de los adultos mayores, por la cohabitación, el cuidado impuesto de los niños, sin remuneración por tal tarea” (Hiriart, 2020: pág.14).

En Uruguay no hay estimaciones específicas de las situaciones de malos tratos a los mayores, para lo cual se utilizan estudios de la región, donde se registra que entre un 4 y 6% de personas de edad han sido víctimas de distintos tipos de malos tratos.

Por su parte, la normativa en cuanto a violencia carece de especificación hacia las personas mayores. En la actualidad, las situaciones de violencia doméstica, en toda su amplitud, son encuadradas en la ley 17.514 de violencia doméstica del 2002 o, la ley 19.580 de violencia de género, del 2017, donde carece de artículos que hagan mención explícita a las mujeres mayores que se encuentra en esta situación.

Cierre provisorio

El siglo XXI nos trae cambios irremediables a nivel mundial, siendo el envejecimiento de la población uno de ellos. La prolongación de la vida vinculada a otras modificaciones en los parámetros demográficos, suponen el incremento incesante de las personas mayores en todo el mundo, conformándose en el colectivo que mayor crecimiento tendrá en las próximas décadas.

La Cepal (2018), anticipa que América Latina contará a partir de 2037 con más personas mayores que menores de 15 años. Esta situación impensada tiempo atrás, convoca al aparato científico-político y económico a revisar las bases de sustentación desde donde se han montado los modelos sociales que rigen en la modernidad contemporánea.

La concatenación de prácticas instituidas desde el paradigma deficitario biologicista sobre el envejecimiento y la vejez, da cuenta de

una hegemonía que aún hoy perdura en el campo gerontológico, a pesar de las innumerables producciones rupturistas, que marcan otras miradas posibles respecto al envejecer. La vigencia del viejismo en su máxima expresión opera en la cotidianeidad de las personas viejas, aflorando experiencias de violencia y maltrato que se reproducen en marcos de silenciamiento profundo, siendo el Estado un agente activo en este proceso.

Sin embargo, la existencia legítima de condiciones de maltrato en la vejez, conviven con un Estado que avanzó en las últimas dos décadas en modificaciones en la seguridad social para ampliar la cobertura y la cuantía de los ingresos económicos percibidos, volviendo a las personas de edad, un colectivo con mayores ingresos provenientes de la seguridad social.

La situación anterior supuso la reafirmación de algunos problemas que perduran en el anonimato de la agenda pública, cómo lo es el maltrato económico. Aquellos colectivos de mayor edad, con acceso a recursos económicos que viven en contexto de pobreza persistente, adquieren un lugar de protagonismo en el sostén de la trama familiar, aunque las configuraciones socioculturales, traen consigo mecanismos de trato que se basan en la sobreprotección, situación que se observa en la gestión por parte de terceros de los recursos económicos con criterios que denotan una arbitrariedad sobre la vida de la persona mayor.

Finalmente, esta situación despierta profundos interrogantes desde el campo gerontológico, configurando preocupaciones que deberán ser instaladas desde el campo académico en los espacios de toma de decisión de la política pública. La situación se torna aún más graves si se parte del supuesto que la vida de un sujeto viejo se produce en entornos sociales que lo registran cómo un no-deseable, volviendo al maltrato económico una práctica razonable, aceptable y posible en el marco de la reproducción social de colectivos que viven contextos de empobrecimiento creciente.

Bibliografía

Abusleme, Teresa & Caballero, Máximo (2014) El Maltrato hacia las personas mayores: realidad y desafíos del abordaje desde las políticas públicas en Chile a través del Senama. SENAMA: Santiago de Chile.

Del Pozo, Marisol (2014) Familias y soportes intergeneracionales en la Adulterz Mayor: riesgos y desafío. SENAMA: Santiago de Chile.

Fassio, Adriana (2014) El riesgo de abuso económico y financiero en Personas Mayores. El rol de los bancos en su prevención. La plata: Argentina.

González, Susana (2014) Envejecimiento, subjetividad y maltrato. SENAMA: Santiago de Chile.

Hiriart, Sandra (2020) Personas Mayores y malos tratos en el ámbito familiar. Buenos Aires: Argentina.

Huenchuan, Sandra (2013) Envejecimiento, solidaridad y protección social en América Latina y el Caribe: La hora de avanzar hacia la igualdad. CEPAL: Santiago de Chile.

——— (2014) El maltrato de las Personas Mayores: Conceptos, normas y experiencias de políticas en el ámbito internacional. SENAMA: Santiago de Chile.

Juvé-Udina, María-Eulália (2019) Investigación en Gerontología Social. Universidad de Barcelona.

Instituto Nacional de las Personas Mayores (2015) Las personas mayores en Uruguay: Un desafío impostergable para la producción de conocimiento y las políticas públicas. MIDES: Montevideo.

Organización de Estados Americanos (2015) Convención Interamericana de Protección de Derechos Humanos de las Personas Mayores. OEA

Thumala, Daniela (2014) Salud Mental e integración social en la tercera edad: una visión sistémica de la exclusión social como maltrato". SENAMA: Santiago de Chile

LAS INTERVENCIONES EN VIOLENCIA HACIA LAS VEJECES DESDE EL TRABAJO SOCIAL: UNA DISCUSIÓN PENDIENTE

Yamila Capurro¹⁶

Sandra Sande Muletaber¹⁷

Resumen

Este artículo se plantea poner en debate el rol del Trabajo Social en las intervenciones frente a situaciones de abuso y maltrato en las vejeces. En el marco de la problematización de las vejeces en el país se pone en juego el rol profesional y la necesidad de una formación específica, tanto en violencia como en gerontología, para la atención desde una perspectiva de derechos a estas situaciones.

En estos contextos el Covid-19 acondicionó los ambientes para las manifestaciones más extremas de las crisis sociopolíticas, económicas, sanitarias, afectivas. En tales escenarios de permanencia forzosa en “el hogar” (cuando existe uno) se constata un aumento exponencial de las situaciones de violencia basada en género y generaciones, otro factor de mayor riesgo en las personas viejas que aún continúa invisibilizado en la agenda pública.

16 Yamila Capurro. Lic. en TS. AVYTS- DTS-Udelar. cupu292@gmail.com.

17 Sandra Sande Muletaber, Dra. en Ciencias Sociales, Lic. en Trabajo Social. AVYTS-DTS-Udelar. sandra.sande@cienciassociales.edu.uy

Introducción

El maltrato, abuso y violencia hacia las vejeces es una problemática social muchas veces invisibilizada. La convención interamericana sobre la protección de los derechos humanos de las personas mayores (CIPDHPM) en su artículo N° 9 plantea que “la persona mayor tiene derecho a vivir una vida sin ningún tipo de violencia y maltrato” entendiendo por violencia contra la persona mayor a “cualquier acción o conducta que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la persona mayor, tanto en el ámbito público como en el privado” (CIPDHPM, 2016).

Dada esta definición amplia, la intervención en situaciones de violencia hacia las personas mayores desde el Trabajo Social (TS) implica posicionarse desde al menos tres dimensiones conceptuales: a- la perspectiva gerontológica, b- la de derechos y c- desde una postura de género, si se pretende una intervención asertiva y respetuosa de la problemática y de las personas involucradas. Es en este sentido que las autoras se posicionan desde una perspectiva gerontológica crítica y feminista para abordar este artículo, a la vez que manifestamos junto a Becker (2009) que “es innecesario utilizar términos vacíos y abstractos cuando hay palabras simples para expresar lo mismo” (p.24).

Si entendemos que la definición de violencia hacia las personas mayores comprende distintos tipos de abuso, incluido el financiero y patrimonial, el maltrato físico, sexual, psicológico, explotación laboral, la expulsión de su comunidad y toda forma de abandono o negligencia que tenga lugar dentro o fuera del ámbito familiar o unidad doméstica o que sea perpetrado o tolerado por el Estado o sus agentes, dondequiera que ocurra, la problemática se complejiza. Se trata de formas, ámbitos, niveles y concepciones distintas, por lo cual la formación en violencia, género y gerontología es nodal para su aproximación.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) en la Declaración de Toronto (2002) define los malos tratos a personas mayores como “La acción única o repetida, o la falta de la respuesta apropiada, que causa

daño o angustia a una persona mayor y que ocurre dentro de cualquier relación donde exista una expectativa de confianza". El abuso, maltrato y violencia hacia las personas mayores se ha dado, y se da, en todas las culturas y clases sociales, pero siguen existiendo dificultades en obtener datos para cuantificar, así como para reconocerles. La violencia que se ejerce hacia las vejece tiene sus propias características, que la diferencian de aquellas que aparecen en otras edades, llega tardíamente a la agenda de derechos¹⁸ y aún no se prioriza en la formación de recursos humanos (profesionales, técnicos o de talento humano) en las ciencias sociales y de la salud.

Este trabajo surge de la experiencia de las autoras como profesionales del TS integrantes de equipos multidisciplinarios en organizaciones que trabajan con abuso y maltrato hacia las personas mayores, en convenio con el Estado. Se pondrá en discusión la tensión entre el quehacer y la autonomía profesional, tanto en las intervenciones en torno a las situaciones de violencia, con respecto a otras disciplinas, como en los límites que las condiciones laborales y los requisitos ocupacionales nos imponen.

Sobre el espacio ocupacional y la perspectiva profesional

El TS en el Uruguay no es ajeno a los avatares de los modos sociales en que se ha puesto en debate la producción de conocimiento sobre la temática de la vejez y el envejecimiento. Como profesión ha intentado desenvolverse, entramando necesidades y demandas con respuestas institucionales (magras), en un contexto de políticas socia-

18 Es recién en 1975 cuando se describe por primera vez el maltrato hacia las personas mayores, partir de publicaciones en revistas científicas británicas se le adjudicó el término "granny battering" (abuelita golpeada) y aparece como una temática específica. En el año 1979 se realizó el primer trabajo de investigación en Canadá donde se recaban datos sobre la temática, esta investigación concluye que el 25% de los casos de maltrato hacia las personas mayores era físico, el 44% explotación material y el 30% violación de los derechos de las PM.

les focales hacia esa población. Desde su origen ha intervenido con las consecuencias que los avatares en las trayectorias marcan en los cuerpos envejecidos, a partir en una suerte de continuidad histórica en el espacio laboral de la disciplina.

La trama de lo real, las demandas como expresiones del conflicto social, muchas veces desoyen –por inaudibles– las necesidades de las personas mayores y su reclamo por la visibilidad y ampliación de sus derechos. Aparece una suerte de idea de otredad al pensar las vejez, o se las incorpora al campo de los adultos o se les infantiliza en torno a prejuicios. En estas contradicciones se incluye también al Trabajo Social, fundamentalmente desde las condiciones laborales, recuperando la tensión entre la variedad de demandas y las respuestas que a nivel institucional se pueden brindar.

La intervención de nuestra disciplina en torno a las personas viejas es constitutiva en tanto la profesión surge en relación a la asistencia a quienes se encontraban excluidos de las protecciones e indicados como parte del pauperismo, locos, vagabundos, abandonados y envejecidos. El periplo del Trabajo Social en el campo gerontológico acompaña el proceso mediante el cual el envejecimiento se constituye como una temática_y resulta un asunto público_y no patrimonio de las personas individuales.

Para Aquin (1995) la intervención desde el TS se produce, en procesos de búsqueda y encuentro de los sujetos con los objetos de su necesidad, en ese sentido el objeto se constituye por la red de relaciones que va tejiéndose entre los sujetos demandantes de satisfactores socialmente disponibles_necesarios para la reproducción_y los agentes que disponen de esos recursos ¿Cuáles son las necesidades en la vejez? ¿Se pueden pensar las intervenciones en contextos de abuso y maltrato hacia viejas y viejos, desde una perspectiva de necesidades como estructura universal, supuestamente válida para cualquier situación?

No hay acción social que no implique una compleja estructuración de representaciones simbólicas que pasan a formar parte de esa misma acción social. Hay concepciones del mundo, del sí mismo y de la otredad, que orientan los estilos de vida por la mediación del sentido común, y esto tiene su correlato en nuestras prácticas interventivas. Cuando como trabajadoras sociales ponemos en acto los saberes acumulados disciplinalmente, también colocamos estas problematizaciones, ponemos en dialogo las circunstancias, los dispositivos y las lógicas diferentes y diferenciales que surgen de formas distintas en cada profesión y en la comprensión de los problemas sociales y de las instituciones en sí mismas.

Carballeda (2008) plantea la idea de problemáticas sociales complejas. Estas surgen de la tensión entre necesidades y derechos, a partir de la diversidad de expectativas sociales y un conjunto de diferentes dificultades para alcanzarlas, en escenarios de incertidumbre, de desigualdad y con personas que se encuentran con posibilidades concretas de desafiliación en términos de Castel, (1997), hoy potenciadas a partir de la pandemia y de las respuestas de corte neoliberal desde el Estado uruguayo. Uruguay ha sido el país de la región que menos recursos destinó para sostener los ingresos de la población y reactivar la economía, según la CEPAL (2020) el promedio de porcentaje del PBI fue de 0,14%, mientras que en el resto de los países de América Latina el promedio se estableció en 1.55%. A esto se suma el desmantelamiento del INMAYORES con un rol inexistente, ni siquiera testimonial.

El aporte de la disciplina para la problematización y posterior intervención en las situaciones que se le presentan a los equipos que trabajan con violencia va en el sentido de la práctica fundada, no porque en las demás disciplinas no exista un componente teórico, sino porque el rol profesional tiene un fuerte componente de interpelación a los fenómenos desde el aporte de las teorías, al entender que la asistencia implica investigación y prácticas antiopresivas para un accionar de acuerdo a derechos. En esta línea se encuentra la ruptura con lo naturalizado y cristalizado, mostrando, desde otras prácticas

discursivas, aquello que el pensamiento único niega, introduciendo otras formas de ver y hacer.

Partimos de posicionarnos desde la perspectiva de las vejeces, entendiendo que las trayectorias van configurando distintas formas de ser y habitar la vejez. Cada narrativa, cada vivencia, va constituyendo un curso de vida que deviene en vejeces diversas, a la vez que la lucha por el reconocimiento de esta etapa de la vida, como digna de vivirse, se da en un cuerpo social donde prima el edadismo (Salvarezza, 1999) entre otras formas de menosprecio. Entendiendo que «los sujetos sólo pueden acceder a una autorrealización práctica si aprenden a concebirse a partir de la perspectiva normativa de sus compañeros» (Honnet, 1997, p.114), es necesario agregar la perspectiva de género, donde a la condición de vejez se le agrega la de ser mujer y otras interseccionalidades, que no desconocemos, como la pobreza, la etnia o la situación de discapacidad, desde las cuales se va constituyendo una forma de estar en el mundo, que se singulariza en cada situación concreta.

Las vejeces y las violencias comparten el sesgo de estar feminizadas. Son las mujeres quienes tienen expectativas de vida mayores. Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) al 2014, la esperanza de vida para las mujeres es de 80,46 años, casi 7 años más que para los varones (Brunet y Márquez, 2016) y esta tendencia se plantea ascendente. Asimismo, cuando se consideran los registros de violencia basada en género, se puede apreciar que, en 2019, «76,7% de las mujeres de 15 años y más que residen en Uruguay reportan situaciones de violencia basada en género, a lo largo de la vida, en alguno de los ámbitos relevados. Representa aproximadamente 1,1 millón de mujeres» (Observatorio sobre Violencia Basada en Género, 2019, p.17).

Hay una forma de entender a la violencia doméstica que concibe su origen en la relación de poder y de dominio derivado de patrones patriarcales basados en el binomio masculino - no masculino, en este sentido, toda forma de violencia doméstica estaría incluida en la vio-

lencia basada en género (VBG), pero no todas las formas de VBG serían violencia doméstica. En cambio, desde otras perspectivas se considera que existe una intersección entre las dos formas de violencia, donde no todos los casos de violencia doméstica se podrían definir como VBG ni viceversa, pero que tienen en común el sometimiento de las mujeres, por su condición de tales, a un orden de valores que las victimiza en un espacio de poder dominado por otros (masculinos).

Todas las mujeres, (...) definidas por la norma, son políticamente inferiores a los hombres y entre ellas. Por su ser-de y para-otros, se definen filosóficamente como entes incompletos, como territorios, dispuestas a ser ocupadas y dominadas por los otros en el mundo patriarcal. (Lagarde, 1993, p.35)

Si bien las violaciones de los derechos humanos afectan a todas las personas, la diferencia sucede en el impacto, hay evidencia empírica (Rico, 1996; Segato, 2003, 2011; Expósito, 2011) que muestra que toda agresión perpetrada contra una mujer tiene alguna característica que permite identificarla como violencia de género, en la medida que puede vincularse a la desigual distribución del poder y a las relaciones asimétricas entre mujeres y varones (Lagarde, 2005). Si a eso le sumamos la mayor edad y la dependencia se justifica aún más la perspectiva de género para realizar intervenciones profesionales fundadas, en situaciones de maltrato y abuso hacia las personas mayores.

Las violencias hacia las vejeces

Heller (2002) plantea que en el Capitalismo la posesión es el eje que preside la articulación de la estructura de necesidades, y la posesión en los sectores subalternos se expresa como necesidad de reducir los deseos a meras necesidades vitales. Así, dadas las condiciones de vida, estos sectores han aprendido y van aprendiendo a no pretender más que una satisfacción de las necesidades que les han asignado. Esto se puede pensar en referencia al lugar en que se ha situado a las vejeces, si a lo que se puede aspirar es a un mínimo de cuidado

y un lugar subalterno, no van a reclamar más que alguna suerte de trato menos cruel en los casos de abuso y maltrato. Como profecía autocumplida se verifica en algunas situaciones, donde las personas se niegan siquiera a enunciar en voz alta los malos tratos, en primer lugar, porque generalmente se trata de hijos e hijas, nietas o nietos, a los que no desean perjudicar, aun si esto significa seguir aceptando los malos tratos.

Como otra particularidad presente en la violencia hacia las vejeces se agrega el poder en base a la edad, la perpetuación de abusos por el simple hecho de ser mujeres envejecidas y por ende con una doble pertenencia a lo subalternizado. De las consultas que se realizaron en el servicio especializado de atención a personas mayores en situación de abuso y/o maltrato del que las autoras han participado como integrantes del equipo de atención en convenio con el INMAYORES, se toman los datos de 275 de las intervenciones registradas durante el 2019 a efectos de ilustrar nuestra perspectiva.

Del total de esas consultas, solo el 26,91% fueron realizadas por las personas mayores que consideraban encontrarse en una situación de abuso, siendo el resto efectuadas por terceras personas:

- a) familiares allegados, vecina/os que tenían noción de la situación que vivencia la PM, ya sea por cercanía con la misma o porque dicha situación era percibida en las proximidades del lugar de residencia de las PM;
- b) derivaciones por parte otros técnicos o equipos de atención fundamentalmente vinculados a la Salud Pública, médica o médico tratante o profesionales del TS de los servicios de la Administración de Servicios de Salud del Estado (ASSE) o de los distintos efectores de salud (IAMCS);
- c) oficios judiciales cuando las situaciones de violencia hacia las personas mayores fueron denunciadas en jefaturas barriales, y/o en alguna de las cuatro unidades especializadas en violencia basada

en género ubicadas en Montevideo o mediante la línea 08005000 opción 3;

- d) equipos y dispositivos territoriales SOCAT, ETAF, CAIF, OT, dependientes del Ministerio de Desarrollo Social (Mides).

En relación al género de las personas mayores afectadas, un 19,27 % fueron varones y un 80,73% mujeres, dato que como afirmábamos puede sustentarse demográficamente en la feminización de las vejez, al igual que muestra la primacía de la feminización en los casos de abusos y vulneraciones.

GRÁFICO 1: GÉNERO DE LAS PERSONAS MAYORES AFECTADAS

Fuente: Elaboración propia en base a situaciones atendidas 2019

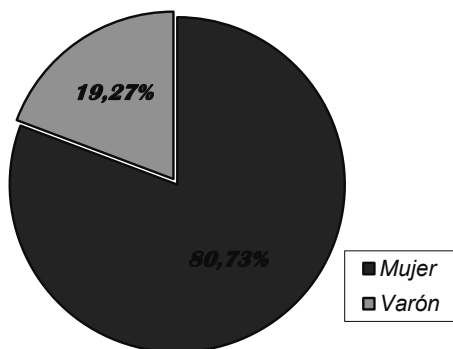
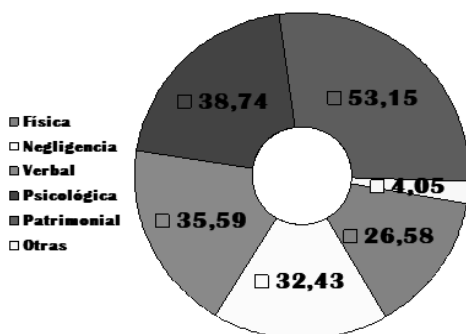


GRÁFICO 2: TIPOS DE VIOLENCIA

Fuente: Elaboración propia



Fueron infringidas agresiones físicas en un 26,58 %, las mismas refieren a violencia física sistemática o esporádica de reciente inicio o de larga data. En el 32,43% se identificaron situaciones de negligencia, esto reviste en la mayoría de las situaciones a omisión de cuidados, así como a una proporción de asistencia deficitaria para la necesidad de cuidados que presenta la persona cuando no era autoválida o requería cuidados especiales y puntuales. Se pudo identificar en varias de las situaciones que se encuadran en la categoría negligencia, que eran mayoritariamente mujeres viejas quienes cuidan (hermanas, amigas, cónyuges), en algunos casos se visualiza que quien la ejerce, suele hacerlo de manera inconsciente, en lo que se denomina negligencia involuntaria pasiva.

Esta forma de violencia hacia las vejez se ha apoyado en diferentes teorías como las del “Estrés del Cuidador”, que asocia el abuso y maltrato a factores de estrés externo, vinculándolos directamente al cuidado permanente, sin descanso ni apoyos. Otra forma de entenderla es a partir de la teoría de la “Dependencia Excesiva”, perspectiva desde la cual se proclama que el cuidador satisface todas las necesidades, pero no es apoyado por el entorno, desnaturalizando

el vínculo y donde el equilibrio de la relación desaparece, existiendo una dependencia total de parte del cuidado (Alberti, Lozano, Sande, 2014) que también genera una situación de violencia en el caso de las cuidadoras mayores. Si a eso le sumamos los constructos sociales que vinculan a la mujer con el cuidado, estamos ante situaciones complejas, donde los derechos se vulneran para ambas partes. Esto es posible de detectar si se consideran ambas perspectivas a la vez, la gerontológica y la de género. Si se mira solo una de las perspectivas podemos intervenir de manera inadecuada.

Las violencias que se ejercen hacia las personas viejas suelen asumir más de una tipología. La violencia verbal se encuentra presente en un 35,59 % de las situaciones y la psicológica en un 38,74 %. Se expresa sustancialmente bajo forma de amenazas, ya sea de muerte, de agresión hacia la PM o hacia una persona querida por esta, además de insultos y/o manipulaciones. Esta representación de violencia naturalizada en los vínculos forma parte de las violencias psicológicas y emocionales. Muchas veces justificada por las propias víctimas aduciendo características supuestamente personales de quienes agreden y que hunden sus raíces en relación con la historia vincular.

El abuso económico o patrimonial configuró un 53,15% de las situaciones abordadas, siendo uno de los tipos de violencia que más suceden, consiste principalmente en el cobro de prestaciones económicas, uso indebido de las mismas por terceras personas, robos, fraudes, entre otras, desposeyendo a las PM de sus bienes e imposibilitándolas a que accedan a una calidad de vida digna. Muchas veces las personas dignificadas no lo reconocen, lo presentan como apoyos familiares y cuando lo hacen, temen recibir represalias, porque esta forma de violencia suele ir acompañada de malos tratos verbales o físicos.

En última instancia el 4,05% revistieron a otros tipos de violencias, las mismas en líneas generales aluden: al forzamiento sexual, ingresos a establecimientos de larga estadía contra la voluntad de la persona mayor, el copiamiento por terceros o familiares de sus viviendas con-

finando a la persona a habitar determinados espacios de su propio hogar, así como la limitación o anulación de las posibilidades de toma de decisiones y desarrollo de sus facultades.

La mirada social hacia la profesión, en las instituciones públicas contratantes, está circunscripta a la asignación de recursos y suele estar ya consignado en las bases de los llamados, perdiéndose de vista las funciones de asistencia, gestión, educación, acompañamiento y cuidado, por lo que la especificidad del Trabajo Social muchas veces queda subsumida. Para la disciplina, la formación en vejez por sí sola no alcanza para trabajar en situaciones de abuso y maltrato, aunque es condición sine qua non, se necesita además la mirada de género y la formación en violencia para construir intervenciones adecuadas, que no lesionen derechos.

El TS dentro de los equipos aporta una mirada crítica desde las Ciencias Sociales a los equipos multidisciplinarios, y lo hace desde el saber hacer de las disciplinas de la intervención. Muchas veces en el afán de generar respuestas se apela a dispositivos que parecerían ser adecuados para acercarse a un mayor conocimiento de las situaciones que llegan a los servicios. Un ejemplo es la visita domiciliaria. En ocasiones los técnicos de otras disciplinas la toman como una intervención en sí misma, desconociendo el sentido de la técnica, desde dispositivos que construyen una totalidad de respuesta a la demanda. Frecuentemente, para desembarcarla de ese sentido, las TS apelamos a llamarla entrevista en contexto domiciliario, con la intención de problematizar su uso cuando no hay discriminación de objetivos.

A esto se suma que, en muchos casos, cuando los integrantes de los equipos carecen de formación en violencia, desconocen que una visita domiciliaria en contexto de abuso y maltrato puede generar una situación de mayor riesgo hacia la víctima, una vez retirados los técnico/as: - ¿Qué dijiste? ¿Qué contaste? - Esta tensión se instala en los equipos o las instituciones toda vez que esta estrategia se propone sin considerar todas las aristas de la situación, como, por ejemplo, la

convivencia con la persona violenta. De las situaciones atendidas el 77,03 % de las PM violentadas convive con el o los agresores.

En los casos considerados los malos tratos fueron ejercidos por hijas en un 14,86% e hijos en un 39,64 %. El restante 45,5% corresponde a otros tipos de vínculos ya sean familiares naturales o políticos (cónyuges, nieto/as, sobrino/as, yerno, nuera), de confianza o vecinales. Una de las características que diferencias el abordaje de la violencia cuando se ejerce sobre personas viejas tiene que ver con las características del vínculo. Muchas veces aparece en la persona mayor violentada un sentimiento de culpa por denunciar a sus hijo/as, y en muchas ocasiones se responsabilizan de la agresión de estos, describiéndose como madres que criaron hijos violentos. Esto agrega un mayor daño emocional, porque a la violencia ejercida desde el afuera, se agrega el dolor intrapsíquico por la conducta filial.

En un 41,32% de las situaciones atendidas se puede considerar que se lograron egresos exitosos de las situaciones de violencia. Se apeló fundamentalmente al fallo judicial (restricción, retiro del hogar de la persona agresora), en otras fue a partir de alguna prestación, por ejemplo, a través del acceso a una vivienda o cupo cama del BPS, ingreso al Hospital Geriátrico Piñeyro del campo, o a establecimientos de larga estadía. También se apeló a la implementación de otras estrategias de cuidados como el Sistema Nacional de Cuidados (SNC) u otras alternativas. En el 8,76% de los casos durante el proceso de intervención en la situación de abuso y maltrato, las personas mayores afectadas fallecieron sin una resolución eficaz de la misma. En el 26,03% de las situaciones relevadas, no se pudo concretar un abordaje efectivo, ya sea porque las personas mayores negaron las situaciones de violencia, por miedo a las represalias de quienes las agredían, o por no conseguir visualizar los abusos, en la medida que naturalizaban la situación, esto se dio fundamentalmente cuando era un tercero quien había denunciado la violencia.

De las consultas que remitieron a situaciones de abuso y maltrato hacia personas viejas, se desagrega que en un 7,21% de ellas existió abandono de las personas mayores en varias dimensiones. Las variables más preponderantes fueron carencia de recursos como: falta de vivienda, servicios básicos, redes de contención que les proporcionen cuidados y/o medios económicos para adquirir cuidados y bienes en el mercado, constituyentes de una vida digna.

El TS en los equipos multidisciplinarios

Proponer como tema de enunciación el rol del TS en los equipos de trabajo que intervienen en las situaciones de abuso y maltrato a las vejez implica poner en tensión las diferentes lógicas que subyacen en la comprensión del fenómeno. Aun si en los grupos de trabajo convive una visión desde la perspectiva de derechos y una mirada gerontológica, el posicionamiento de nuestra disciplina habilita a visualizar las trayectorias, los entramados que habitaron las experiencias singulares de vida, las disputas en torno al reconocimiento de la vejez y la especificidad que requiere la intervención cuando acaece la violencia. (Danel, 2020)

El Trabajo social tiene como sustrato la intervención en la cotidianidad, como disciplina adquiere una eficacia simbólica contenida en su discursividad, «en la gramática, en la retórica de lo social que sobredetermina la intervención» (Matus, 2003, p.60). Su propia matriz constitutiva incorpora la discusión sobre los fenómenos y las marcas ideológicas de las formas de nombrar, si el sentido común representa cierto esquema de interpretación a partir del cual concebimos por un lado a nuestra vida como normal y natural, pero al mismo tiempo nos permite concebir los otros talantes de la cotidianidad, el aporte en la necesaria desencialización de los aspectos más introyectados, tanto desde las propias socializaciones, como desde las perspectivas disciplinares, es un atributo que otorga la disciplina a los equipos.

Un Trabajo Social crítico, esto es tendiente a intervenciones emancipadoras, implica necesariamente comprendernos como seres “enraizados, significados y significantes, subjetivados y subjetivantes.” (Martínez, y Agüero; 2014:47). Supone que en tanto personas estamos imbuidas de las formas que asumen las relaciones sociales y sus significaciones sociales, pero, somos a la vez significantes, en tanto pertenecientes a ellas. Aportar a construir otras formas de habitar la vida, contribuir a generar capacidades autónomas, a de-velar los entramados que nos atraviesan y constituyen, producto de una socialización patriarcal, neoliberal y edadista, supone un encuentro de saberes y un respeto por la otredad (Danel, 2020).

Si se parte de una concepción de vejez desde la idea de riesgo en tanto enfermedad, vulnerabilidad en tanto dependientes, disfunción, naturalizamos estas construcciones como algo externo, real y cognoscible. Esto hace que en las intervenciones en torno a las vejeces vulneradas se promuevan estrategias vinculadas al cuidado, al acompañamiento, y a la promoción de salud, como único horizonte. Muchas veces estas representaciones entranpan a los equipos en el desacoplamiento entre la demanda y la oferta de servicios a nivel de la sociedad, generando frustraciones, a la vez que impiden la resolución de los problemas. Si sólo se visualizan los programas, los servicios ¿Cuál es el margen de acción de las personas? Pero, si no se cuentan con esos recursos ¿Cómo se responde a las demandas concretas?

El TS como integrante de los equipos de atención a las situaciones de maltrato y abuso hacia las vejeces debe aportar la mirada trasversal a los emergentes producto de la aceleración de las perspectivas conservadoras y neoliberales y la crisis de los mandatos institucionales, que en un juego de escondidillas vienen dando el contrapunto a las perspectivas de derechos y los avances en torno a su defensa.

Reflexiones en los escenarios actuales

Si acordamos qué las respuestas estatales hacia las vejeces vulnerables han sido, y son, cada vez más precarizadas y que ninguna ellas por sí sola puede subsanar las vulneraciones sistemáticas de las cuales las personas fueron víctimas durante toda su existencia, la perspectiva de derechos, gerontológica y de género nos coloca en un lugar de tensión permanente en las instituciones.

Son varias las lecturas posibles de los datos, a efectos de esta comunicación, lo que queríamos instalar es el rol del TS, posicionadas desde una perspectiva de género, cuando a la situación de violencia y abuso se suma la carencia material, la pobreza y la dependencia, que es cuando más se reclama a la profesión la búsqueda de respuestas a partir de los recursos socialmente disponibles.

En el actual contexto identificamos una tensión entre la retórica de las políticas en clave de derechos y el avance de políticas neoliberales en nuestro país. La pandemia colocó nuevos dispositivos y agregó complejidades en todos los planos de las vidas cotidianas y las respuestas estatales a las crisis desde el gobierno nacional a un año de su asunción, han mostrado que siempre se puede estar peor. En unos pocos meses se redujo el presupuesto en proyectos, programas y planes orientados a garantizar derechos de sectores desprotegidos y desamparados que sumados a la crisis sanitaria colocaron a las personas en un lugar más difícil aún. Pensar en las personas mayores en situación de violencia con un Sistema de Cuidados sin asistentes personales, a mayores de 65 sin la posibilidad de acceder a la asistencia a la vejez, a un sistema de salud que se colapsa, y a un INMAYORES reducido a su mínima expresión, nos interpela en clave de derechos.

La mirada social hacia la vejez y el envejecimiento se fue constituyendo con el tiempo, y como toda perspectiva emergente se fue gestando entre albañiles y derrumbamientos¹⁹. Desde las tensiones sobre

19 Darnauchans, E. (1978), El instrumento. En: Sansueña, Sondor.

el lugar que se le da a los sujetos y la desconstrucción de narrativas, el TS se ha venido posicionando desde una perspectiva gerontológica en el país, de manera intermitente. Al igual que frente a otros aspectos de la cuestión social y ante las tensiones y avatares de las políticas públicas, se ha avanzado en lo jurídico normativo, pero no se ha logrado posicionar a las vejeces en la agenda pública. En esos interdiálogos entre lo universal, particular y singular, apelamos a lo puesto en palabras por Jean Franco (2010) en "Confesiones de una bruja" cuando plantea que no será hasta que perdamos la vergüenza de sentirnos viejas que habrá pensamiento político de la vejez. Resulta ineludible la existencia de correlatos entre las vastas dimensiones que nos constituyen en personas situadas.

La formación disciplinar en el país referida a criterios gerontológicos es mínima, y la especificidad requerida para abordar las violencias para esta población son más acotadas aún. En esto parece primar la idea de que cualquier profesional, y en esto también se juega el lugar de la profesión, entiende de lo social, y que cualquier técnico/a puede intervenir en violencia. Aquí entra en debate también las expectativas sociales sobre los modos de intervención, tanto desde la lógica redistributiva como desde la perspectiva de la protección.

Las respuestas a las problemáticas que enfrentan las vejeces son casi nulas y cuando existen son de difícil acceso o se otorgan tardíamente. Las burocracias continúan siendo -y cada vez más- parte del problema, proporcionando (con suerte) respuestas lentas y precarias a situaciones urgentes. Las feminidades envejecidas y sus múltiples interseccionalidades sufren situaciones de abusos, maltratos y desprotección tanto históricos como contemporáneos.

Ocupar el rol de Trabajo Social en un equipo especializado en abordar a situaciones de abuso y maltrato hacia las vejeces representa innumerables y variados desafíos. Es necesario incorporar constantemente perspectivas claves para interpretar, comprender e intervenir en realidades cada vez más complejas y heterogéneas sin desconocer

el posicionamiento ético-político. La limitada oferta en lo referente a la formación constante en temas relacionado a las situaciones de violencia hacia las personas mayores, si bien hay un necesario auge de cursos, diplomas, etc., que abordan la violencia de género y generaciones, en su amplia mayoría el termino generaciones alude a las infancias y adolescencias, dejando excluidas en este aspecto también a las vejeces.

El Trabajo social y las vejeces continúan luchando por ser reconocidas en los diversos campos, enunciando que en el quehacer desde perspectivas gerontológicas y feministas se comienza el proceso de habitar las existencias sin imposiciones ni prejuicios, que habiliten a salirse del deber ser y los supuestos posibles.

Resulta necesario en este escenario reflexionar sobre las aristas mencionadas en este artículo. El virus Covid-19 acondicionó los ambientes para las manifestaciones más extremas de las crisis sociopolíticas, económicas, sanitarias, afectivas. A eso se suma el aumento exponencial de las situaciones de violencia basada en género y generaciones, el afuera no es un lugar seguro y el ámbito doméstico tampoco lo es. La recomendación "quédate en casa" parece desconocer que ese aislamiento puede ser un mecanismo útil para continuar perpetrando un sistema patriarcal de coacción. Sin perspectiva de género y generaciones no hay políticas públicas que aborden las cuestiones de las violencias y sin presupuesto es inviable implementar dispositivos tendientes a garantizar derechos.

Bibliografía

Alberti, R.; Lozano.; Sande, S. (2014). Prevención y abordaje del abuso y maltrato hacia personas adultas mayores. Montevideo: MSP

Aquín, N. (1995). Acerca del objeto del Trabajo Social. Revista Acto Social. Disponible en www.ts.ucr.ac.cr

Becker (2009). Outsiders. Hacia una sociología de la desviación. Buenos Aires: Siglo XXI.

Brunet, N. y Márquez, C. (2016). Atlas Sociodemográfico y de la vejez en Uruguay. Envejecimiento y personas mayores en Uruguay. Montevideo: Trilce.

Carballeda, A. (2008). La intervención en lo social. Las problemáticas sociales complejas o las políticas públicas. *Revista Margen*, N| 48; p.7

Castel, R. (1997). Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Argentina: Paidós.

Cepal (2020). Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2020 principales condicionantes de las políticas fiscal y monetaria en la era pospandemia de COVID-19. Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/46070/S2000371_es.pdf?sequence=89&isAllowed=y

Danel, P. (2020) Personas mayores géneros y cuidados en la pandemia Disponible en: <http://www.revistamovimiento.com/category/politicas/>

Franco, J. (2010, octubre 1). Confesiones de una bruja. *Debate Feminista*, 42. Disponible en: <https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2010.42.811>

Heller, A. (2002). Sociología de la vida cotidiana. Barcelona: Península

——— (1997). La lucha por el Reconocimiento. Por una gramática de los conflictos sociales. Barcelona: Crítica.

Inmujeres (2019) Segunda Encuesta Nacional de Prevalencia de Violencia basada en Género y Generaciones. Observatorio sobre Violencia Basada en Género. INE

Lagarde, M. (1993) Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. Universidad Nacional Autónoma de México.

Lagarde y de los Ríos, M. (2005), Antropología, feminismo y política: Violencia feminicida y derechos humanos de las mujeres. En Bullen, M y Diez, C (Coord.) (2008) Retos teóricos y nuevas prácticas. Donostia, Ankulegi Antropologia Elkarte.

Martínez, S. y Agüero J. (2014) Trabajo Social emancipador de la disciplina a la indisciplina. Gualeguaychú: Ed fundación la hendija.

Matus, T. (2003). La intervención social como gramática. Hacia una semántica propositiva del Trabajo Social frente a los desafíos de la globalización. *Revista de Trabajo Social y Globalización. El Desafío de Respuestas Innovadoras Frente a las Nuevas Configuraciones de lo Social*, (71), Volumen 59. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Escuela de Trabajo Social.

OEA. (2016). Convención interamericana sobre la protección de los derechos humanos de las personas mayores. IMPO.

OMS (2002). Declaración de Toronto. Disponible en: https://www.who.int/ageing/projects/elder_abuse/alc_toronto_declaration_es.pdf

Salvareza, L. (1999). Psicogeriatría: teoría y clínica. Buenos Aires: Paidós.

VEJECES, PANDEMIA Y TRABAJO SOCIAL: DEBATES SOBRE LA PRODUCCIÓN DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL

Mauricio Arreseigor²⁰

Lucía Sánche Solé²¹

Resumen

El presente artículo se propone como medio para dar cuenta de las experiencias de práctica pre-profesional de los estudiantes de la Licenciatura en Trabajo Social en el área de Vejez. Mediante una postura crítica-reflexiva en torno a la intervención profesional, se procurará debatir en torno a desafíos que implicó para los mismos que su proceso de práctica pre-profesional transcurriera en contexto de pandemia con población catalogada de riesgo. Ello implicó generar campos de rupturas con las miradas tradicionales que aún perviven en la

20 Licenciado en Trabajo Social (FCS-UdelaR), Máster en Gerontología Social (Universidad de Barcelona), Técnico en Gerontología (Universidad Maimonides, Argentina), Diploma de especialización en Políticas Sociales (FCS-UdelaR). Docente G2 Facultad de Ciencias Sociales, supervisor del área vejez y envejecimiento. Referente del Instituto Nacional de las Personas Mayores.

21 Licenciada en Trabajo Social (FCS-UdelaR), Diploma de especialización en Intervención Familiar (FCS-UdelaR), Maestranda Derechos de Infancia y Políticas Públicas (Facultad de Psicología-UdelaR). Docente G2 Facultad de Ciencias Sociales, supervisora del área vejez y envejecimiento del Proyecto Integral Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social. Integrante e investigadora del Grupo de Estudios sobre Discapacidad de FCS-UdelaR y del área Vejez y Trabajo Social. Se desempeña profesionalmente en la actualidad en el área discapacidad.

práctica social de la profesión, demostrando mediante las respuestas generadas a la pandemia, vacíos en los abordajes de esta población, potenciando las desigualdades, y dejando al descubierto las diferentes situaciones de transitar las vejezes, y, por ende, dando cuenta la imposibilidad de homogeneizar intervenciones.

El presente artículo consiste en la sistematización de las experiencias de práctica pre-profesional que transitan los estudiantes de la Licenciatura en Trabajo Social, que cursan sus prácticas, en el área de Vejez. El cometido de su desarrollo es trascender las intervenciones desde el ejercicio pre-profesional vivido en contexto de pandemia, reflexionando y problematizado sobre las formas de producir, construir y enunciar al sujeto de la práctica social.

El pasado mes de octubre, en el marco de las acciones propuestas en el Espacio de Formación Integral (EFI) "Interdisciplina, Vejez y Trabajo Social", y aprovechando la conmemoración del mes de las personas mayores, se llevó adelante un encuentro de intercambio entre los grupos de práctica pre-profesional que operan en el campo del envejecimiento y la vejez, a fin de conocer los dilemas y encrucijadas que la pandemia del Covid-19 instaló en las intervenciones con personas mayores.

El Uruguay ha sido objeto de una situación sin precedente, el inicio de la pandemia Covid-19, a partir de las primeras situaciones, estuvo orientada por un cambio de gobierno que asumió pocos días antes, con un claro propósito de re-dirigir el campo de la intervención social hacia tendencias de corte minimalistas que traerán nuevas implicancias en la calidad de vida de las personas viejas.

En este contexto, marcado por profundos cambios, el Trabajo Social en el campo gerontológico no podía quedar ajeno a la problematización de las actuales configuraciones de atención y abordaje a las personas mayores que se despliegan en el marco de una revisión de la matriz de protección social en pleno proceso de pandemia.

Los objetivos que trata de cumplir el artículo son;

- Desarticular el pensamiento hegemónico que circula sobre las personas mayores en Pandemia, a través de las experiencias de intervención del Trabajo Social en los centros de práctica.
- Compartir nuevos dispositivos de intervención gerontológica, basada en producciones sociales que atiendan a las personas mayores como sujetos productores de su entorno, cargados de una matriz singular, donde se favorezca el desarrollo y respecto de la dignidad.

Las instancias de debate, intercambios y diálogos desde el Trabajo Social no son propicias, en tanto las miradas críticas, reflexivas y problematizadoras estén ausente. Entendemos que el Trabajo Social gerontológico debe instrumentar campos de rupturas con las miradas tradicionales que aún perviven en la práctica social de la profesión, creando intervenciones interdisciplinarias que se sustenten en valores de justicia e igualdad, ante el resto de la sociedad.

El documento tendrá dos partes, el primero estará dirigida a pensar las vejeces actuales en el contexto de Pandemia; en él se podrán encontrar con los debates que la profesión viene produciendo en el marco de una gerontología crítica, donde el sujeto viejo/a se re-dimensiona en el actual contexto de pandemia, en base a las coordenadas que estructuran el sistema socio-económico y político vigente, y las prácticas desarrolladas por estudiantes de Trabajo Social situadas en el escenario actual.

El segundo, intenta instalar debates desde el Trabajo Social, a raíz de las implicancias teórica-metodológicas e instrumentales, sobre el accionar profesional con personas mayores y los retos que se vislumbran a partir del conjunto de aciertos y desaciertos que se fueron capturando en el accionar de las prácticas pre-profesionales.

Para concluir, invitamos a recorrer el presente artículo, partiendo del supuesto de que las miradas construyen la realidad, realidad que fue

invertida por décadas, de vejeces indeseadas, infravaloradas; fueron esas vejeces imaginadas que impidieron elaborar la vejez en sentido singular y personal

Vejeces cuestionadas, vejeces sitiadas

Transitar la vejez en contexto de Pandemia no ha resultado sencillo para la mayoría de las personas mayores que habitan el mundo. Uruguay, país con un marcado proceso de envejecimiento poblacional, no ha estado ajeno a la mayoría de las medidas sanitarias que se han tomado en otros países, caracterizadas por una tendencia a la uniformidad de la vejez, en tanto población de riesgo y pasible de sufrir el embate del virus Sars-Covid-19.

En este escenario, las prácticas pre-profesionales en Trabajo Social, han supuesto un campo propicio para develar las manifestaciones imaginarias y subjetivas arraigadas en la sociedad respecto al proceso de envejecimiento y la vejez.

Desde el campo profesional, pensar al sujeto viejo diferente, constituye un componente necesario en el armado de los itinerarios curriculares del trabajo social en el campo gerontológico (Ludi, 2015). Aquellas prácticas que incursionan en miradas disidentes respecto a los patrones tradicionales de pensar la vejez, promovidas desde el Trabajo Social, están enfrentadas en este espacio actual, ante una disputa de sentido que se ve profundizada por el protagonismo que adquiere ciertas disciplinas para nombrar y re-escribir las características de ser-vejez.

La pandemia del Covid-19 implicó una reorganización de las prácticas de Trabajo Social en la esfera gerontológica. De manera repentina, el contacto físico a través de la presencialidad perdía fuerza, los dispositivos grupales diseñados para la socialización se desmontaban, y las acciones sociales organizadas de manera repentina estaban prohibidas por el marco institucional-político.

En ese contexto, cada sociedad en determinado período histórico y cultural produce connotaciones sociales respecto al envejecimiento y la vejez (Paola, 2012). La mirada actual, comienza a tensionarse con los avances logrados en la perspectiva de derechos sobre el envejecimiento, existiendo una revisión en los marcos actuales de interpretación de cómo se nombra y re-escribe la vida en la vejez.

Las disputas en el campo gerontológico aparecen configuradas por la impronta biologicista, que en este tiempo van a orientar las discusiones y asumir un lugar de protagonismo en la producción de sentidos sobre las personas mayores. La pandemia, situó a determinadas disciplinas, en desmedro de otras, en un lugar protagónico en el saber-hacer con personas viejas.

Desde claves decoloniales, la mirada de las propias personas mayores respecto a cómo afrontan la pandemia y la vivencian queda oprimida ante estructuras de poder hegemónica que van reproduciendo lógicas de reproducción imaginaria sobre un estereotipo de viejo que se distancia de las vejezes del continente, negando la diversidad de formas de experimentar la vida durante la edad avanzada.

La Gerontología Decolonial, implica pensar la vejez cómo otredad, en tanto posición que asumimos frente al otro diferente, que se puede aproximar o alejar de los estándares y patrones construidos por los criterios de la cultura occidental, que dan cuenta de un prototipo de sujeto viejo, hombre, blanco, productivo, con determinadas capacidades adquiridas durante su vida, situación que oprime las vejezes diversas a través de prácticas homogeneizante, que durante la pandemia se puede notar desde el inicio de las decisiones asumidas por el gobierno (Manes, Garmendia y Danel, 2020).

El retorno a una mirada biologicista de la vejez en la pandemia, cómo único referencial de conocimiento válido para dar cuenta de lo que sucede y cómo se debe actuar, ha supuesto una minimización del campo de lo social, con profundo cuestionamiento desde el orden político, minando esta esfera de abordaje de dudas sobre la impor-

tancia que adquiere la integralidad de las vejezes en contextos de crisis.

Quienes asisten a centros de práctica en su calidad de estudiantes avanzados de Trabajo Social, han sido partícipes de un “retraining de lo social” sustentado en modelos ideológicos-políticos respecto a la vejez, que tornan a la edad como fundamento principal de la condición de riesgo del sujeto.

La estructura de las edades asoma como el modelo de diferenciación de la población en tanto población frágil y de riesgo durante la pandemia, adquiriendo una vigencia sustancial al momento de trasladar a la población medidas sanitarias de restricción, distanciamiento y confinamiento, obturando toda posibilidad de inscribir prácticas sociales alternativas.

Bernice Neugarten (1999) relativiza la edad como un criterio de definición y predicción respecto a las condiciones de vida en la que se disponen las personas mayores. La edad, ya no es un patrón clasificatorio del cual la gerontología y el accionar político pueda acudir para el diseño de políticas públicas en materia de envejecimiento y vejez.

En ese sentido, el Estado uruguayo, consustanciado con las medidas adoptadas en otros países, elabora un conjunto de acciones que coloquen a la edad como el umbral que define el ingreso a una población de especial riesgo ante la pandemia, argumentando cierta debilidad biopsicosocial que predispone a la persona a mayor letalidad ante el virus.

La edad, cómo tal, está signada por el sentido socialmente construido respecto a cada período de la vida y lo que se espera de ese colectivo por parte de la sociedad. En definitiva, la construcción colectiva, a raíz de los mensajes publicitados por el gobierno, respecto a la vejez cómo población de riesgo, producto de estar asistiendo a una edad mayor a 65 años, aloja a este grupo social en una situación de desventaja social y pérdida paulatina de un status que se perpetuara

en el tiempo, mediante un imaginario que se impregna en prácticas, mensajes, acciones y conductas de la población, referida a la vejez ajena y propia.

Ludi (2015) se pregunta respecto a cuáles son las concepciones que subyacen del envejecimiento y la vejez en las acciones políticas, que repercuten en el trato que la sociedad dispensa a las personas viejas/os. Detrás de cada pensamiento se configuran una matriz ideológica-filosófica, la que en el campo gerontológico, ha estado pautada por una estrecha y profunda mirada viejista, cargada de connotaciones negativas que vuelven a escena en su máximo esplendor en esta pandemia.

La vuelta a un retorno medicalizante de la vejez, no puede ser leída pura y exclusivamente en el marco de la pandemia Covid-19. El giro que América Latina ha tomado en estos últimos años respecto a sus gobiernos de turno, de cuño minimalista respecto al rol del Estado, ha supuesto un debilitamiento de la institucionalidad pública en materia de envejecimiento y vejez.

En Uruguay, particularmente, la reciente asunción del gobierno del Dr. Lacalle Pou, viene a desmontar algunos de los avances en la agenda de derecho de las últimas décadas, entre las que el envejecimiento y la vejez se encontraban presente. El reciente intento de suprimir la ley de creación del Instituto Nacional de las Personas Mayores (In-mayores) desarticulando las miradas integradoras del envejecer, se acompasa con una asunción protagónica de Salud Pública en el tema, dejando expuesto un retorno estatal de la mirada biologicista, reduccionista y sectorializada de la vejez, que la gerontología crítica lo enuncia cómo una regresión hacia marcos que habían sido superados provisoriamente.

Este escenario de convulsiones, cargado de incertidumbre, provisto de innumerables dificultades para pensar la intervención, encuentra a los estudiantes de Trabajo Social inmersos en un momento donde las prácticas gerontológicas se vuelven más que nunca un campo de dis-

puta de sentido sobre cómo sostener acciones tendientes a proveer a las personas viejas/os de autonomía y participación social en lógicas de confinamiento.

Las prácticas pre-profesionales de Trabajo Social, deben atravesar cuatro situaciones que son enunciadas por los propios estudiantes y que se configuran como dimensiones productoras de sentido y construyen junto a ella, formas de ejercer la cotidianeidad por parte de las personas viejas.

La primera está inscrita en el enfoque bio-médico hegemónico del que venimos haciendo referencia, cargando su mirada en una suerte de mirada individualista ante la responsabilidad del autocuidado. El poder que impregna la mirada hegemónica modela las conductas de las personas viejas, las torna hiper-normativas a las funciones de tutela cristalizadas en los mensajes médicos.

Las relaciones intersubjetivas con las personas mayores en el campo de la intervención quedan sitiadas por esta mirada hegemónica que sostendrá los temas de referencia que les preocupan a las personas en el actual contexto. Cada encuentro y re-encuentro aparece sustentada bajo los mensajes performativos que van construyendo itinerarios de cuidados centrados en la esfera puramente biologicista, negando al mismo tiempo, los restantes componentes que hacen al envejecer.

La propia desarticulación de prácticas grupales e inasistencia a encuentros mediante dispositivos tecnológicos estuvo orientada por conductas que se redujeron al sostén de la vida en función de los cuidados corporales y funcionales, reproduciendo tajantemente los múltiples discursos legitimados que daban cuenta de una necesidad de preocupación por el sí mismo, en desmedro de una preocupación colectiva.

La segunda dimensión que entrecruza la práctica de los estudiantes, estuvo signada por el debilitamiento de las redes de sostén alcanzadas. Los vínculos interpersonales producidos en los espacios grupales

y de socialización, fomentados por los propios estudiantes, debiendo ceder espacio a instancias esporádicas mediante plataformas nuevas, que apenas eran de uso habitual para quienes hoy día mantienen un vínculo fluido con la tecnología.

Claudia Arias (2012) en referencia a la red social de apoyo en la vejez, expresa que la generación de vínculos por fuera de la trama vincular primaria, permite consolidar procesos de socialización generacional, adquiere otro status al interior del sistema familiar y renueva inversiones en su proyecto de vida.

La imposibilidad de reunirse, ha conducido a un desmantelamiento provisorio de los espacios de socialización, que podría volverse permanente para muchas personas mayores, en tanto la participación en espacios de índole recreativo y de intercambio comunitario, pueden estar originadas por situaciones temporales que hacen a sucesos vitales en la vida de la persona.

Esas vejez debieron abandonar el espacio público y con ellas el espacio socialmente construido de vínculos, que se fue tejiendo en cada encuentro comunitario. El retraimiento al ámbito doméstico puede acontecer como una ruptura con el campo simbólico-relacional, ubicando al sujeto viejo/a en una posición desventajosa, en relación a quienes continúan afrontando su vida en el espacio público.

En ese contexto de confinamiento voluntario, se produce una tercera dimensión que atraviesa el ejercicio pre-profesional en el campo gerontológico, como lo es las lógicas institucionales y la construcción de corporalidades y subjetividades por parte de los dispositivos creados para el cumplimiento del mensaje trasladado por el gobierno.

Aparece en tela de juicio el ejercicio de la autonomía de las personas mayores, ubicando a la persona de edad como un sujeto a sobreproteger mediante lógicas de tutelaje elaboradas por las instituciones como forma de sostener la vida en la vejez (Ludi, 2015). Detrás de estas producciones de sentido respecto a las posibilidades de ejercer

la vida en la vejez, se configura un imaginario que connota vejezes debilitadas, sitiadas, obturadas de posibilidades concretas de ejercer su vida con dignidad, a partir de una atribución cuasi-deliberada de que la vejez es un colectivo que debe cuidarse.

El cuidado institucional que operó en las prácticas organizacionales de los diferentes centros de práctica de orden público, lograron capturar la subjetividad de las personas viejas a través del cercado sancionatorio para quienes incumplían con las medidas, desbaratando los encuentros, proximidades, cercanías y otras expresiones, que las propias personas comenzaban a desarrollar en la experimentación del ejercicio disidente de una ciudadanía atomizada que debieron vivir las personas mayores.

Finalmente, una última dimensión de análisis lo integran los servicios de cuidado gerontológico, compuesto por los hogares de Ancianos, ámbitos donde se incursiona con centros de práctica desde Trabajo Social. La decisión de impedir el ingreso de cualquier persona externa a la institución, dejó al descubierto el lugar desde el cual se configura las prácticas sociales en el entramado organizacional.

Garantizar la vida a través de la muerte social, fue uno de los mensajes que se intentó transmitir desde el retorno a una lógica de encierro propio de la perspectiva asilar, justificada por la Pandemia, pero con rasgos que provienen de un modelo que aún continúa vigente en las prácticas de cuidado en centros gerontológicos.

Abroquelar los establecimientos de cuidados, durante casi un año, supone ubicar la primacía de lo biológico, por sobre las restantes esferas de la vida humana de los sujetos viejos/as. Lo social, como campo de rupturas y creación de enunciaciones alternativas, queda relegado y perpetrado a la lógica hegemónica imprimida por el modelo biomédico.

La pandemia, ha supuesto un desafío innegable para las prácticas pre-profesionales de Trabajo Social en el campo gerontológico. Estas

encrucijadas nos revelan imaginarios que permanecían en un plano silenciado, pero actuado a través de las múltiples discriminaciones. Hoy más que nunca, envejecer imprime en la sociedad un sentimiento de rechazo, que la pandemia reactivó y profundizó.

Trabajo Social, pandemia y vejez en contexto de incertidumbre

A los efectos de la problematización que se procura exponer, interesa puntualmente destacar el modo en el cual mediante la expansión de la pandemia se ha protocolizado nuevos hábitos y costumbres en la sociedad. Formas de saludarse, de higienizarse, de socializar, de conectarse, se instauraron bajo el discurso de cuidado. El saber médico y científico instituyen una (¿nueva?) realidad que otorga imperativos para el establecimiento de relaciones sociales y humanas. Discursos consensuados, medios de comunicación mediante, colocan al “otro” como potencial peligroso, pero sobre todo, sospechoso.

En relación a ello, resulta oportuno, las palabras de Scribano (2020):

La Doctrina de la Seguridad Nacional, la política post 9/11 de Georges Bush y la metáfora bélica contra el covid-19 usan el mismo esquema de construcción del enemigo: es silencioso, no tiene rostro, es invisible; al no ser alguien es todos. Al ser potencialmente todos, las medidas de identificación, aislamiento y eliminación deben ser masivas y preventivas. Por preventivas debe entenderse como una acción bélica anterior a cualquier ataque concreto de un enemigo. Por todo esto no hay fronteras y la única forma es eliminar a todo agente que perturbe el territorio defendido: cada cuerpo (p. 58)

Los discursos difundidos por los medios de comunicación y redes sociales parecen encubrir la idea del otro como “enemigo”, potencial portador de una enfermedad que coloca a los sujetos en permanente peligro, centrando específicamente la atención en los viejos y viejas, en tanto población catalogada de riesgo.

A partir de ello se exhorta mantener el distanciamiento físico como medida imprescindible, desde una supremacía y legitimidad basada en el saber médico y científico.

La pandemia es un evento planetario, se ve, se sigue y se “siente” todos los días, segundo a segundo. Televisión, periódicos, radios, redes sociales describen una y otra vez. El libreto es académico, los principales actores son científicos y los espectadores están sentados en sus casas, oficinas o en algunas de la TV que permanecen encendidas en las calles que sigue siendo espacio de disputa. La planetarización es por definición un espectáculo que se ha completado con una escena macabra de ambición humana: covid-19 (Scribano, 2020, p.59)

¿Se ha producido entonces la espectacularización de la pandemia? ¿Qué consecuencias implica para la intervención social con la mencionada “población de riesgo”? Como resultado de la propagación de noticias que comprendían personas viejas institucionalizadas en condiciones de extrema vulnerabilidad, se colocó sobre la opinión pública situaciones que parecieran plantearse desde la novedad, cuando realmente expresan prácticas históricas de violaciones de derechos fundamentales.

Como corolario, la pandemia y las respuestas asumidas revelan vacíos en los abordajes de esta población, potenciando las desigualdades, y dejando al descubierto las diferentes situaciones de transitar las vejez, y por ende, dando cuenta la imposibilidad de homogeneizar intervenciones. Resulta elocuente la necesidad de propiciar una mirada no estandarizada y estereotipada que interpele la latente idea detrás de los discursos de autoridades, expertos y gobiernos que pareciera establecer que todas las personas mayores se ven afectadas de igual manera. Las transversalizaciones políticas, económicas, sociales y culturales resultan significativas en la forma y posibilidades de experimentar la pandemia y a partir de ello, generar intervenciones posibles.

Como punto medular a los efectos del presente artículo, cabe preguntarse ¿Qué desafíos implicó para los estudiantes que su proceso de práctica pre profesional transcurriera en contexto de pandemia con población catalogada de riesgo? A partir de la pandemia ¿se pueden identificar “nuevas” manifestaciones de las “Problemáticas Sociales Complejas” (Carballeda, 2008)?, ¿El escenario de la intervención ha cambiado?

En principio, se puede afirmar, que este contexto introduce un escenario complejo de expresión de (¿nuevos?) padecimientos y necesidades a partir de las cuales se debieron generar abordajes novedosos. Se comparte, en este sentido, lo expuesto por Carballeda (2008), quien señala “la necesidad de pensar la Intervención en escenarios complejos atravesados por múltiples lógicas y con la preeminencia de una u otra desde planos muchas veces azarosos” (p.3)

Lo azaroso se ha presentado con vigor, generándose una irrupción de la vida cotidiana de los sujetos. La misma, en tanto espacio esencial de intervención del Trabajo Social, se constituye como oportunidad de interpelación o al decir de Heller (1985), como espacio de lo posible.

En este sentido, las intervenciones desplegadas por los estudiantes en el marco de sus prácticas pre-profesionales se encontraron delimitadas por este contexto, demostrando una vez más lo cambiante y oscilante como rasgo constitutivo de una realidad dialéctica. No obstante, se configuró en un campo fértil de posibilidades que implicó desplegar la creatividad, potenciando el sentido de lo colectivo y la solidaridad. Desplegar y potenciar lazos colectivos de solidaridad en un momento donde se exhorta el distanciamiento implicó desafíos interesantes para pensar y problematizar permanentemente la práctica.

La intervención, va a indicar Carballeda (2008), contiene acciones y procesos que generan representaciones sobre ese “otro” junto con el cual se interviene. En la singularidad del campo de la vejez, ello implica generar una permanente actitud crítica que supere discursos histó-

ricos de tutelaje, basadas en las miradas hegemónicas y normalizadoras tan interiorizadas y exteriorizadas por la sociedad en su conjunto.

Paradójicamente ante una realidad que se plantea “puertas para adentro”, se generaron acciones para fortalecer el sentido de pertenencia colectivo y comunitario. Ante la imposibilidad, por ejemplo, de los estudiantes de ingresar a determinados centros de práctica debido a las pautas sanitarias, se establecieron interesantes trabajos con la comunidad a la cual esos centros pertenecían. Se produjeron importantes experiencias de intercambio con diversas instituciones con el propósito de pensar colectivamente en torno a las vejez y el proceso de envejecimiento, desmitificando visiones consolidadas desde la ajenidad.

En lo que concierne específicamente a la intervención pre profesional, implicó para los estudiantes colocar en el centro de sus abordajes a los viejos y viejas, pero no como población calificada médicamente de riesgo, sino desde un lugar activo que habilite pensar conjuntamente acciones posibles e impulse una “subjetividad comunitaria”, donde se interpele la práctica bajo la noción de establecer un trabajo junto *con* el otro, y no sobre el otro (De La Aldea, 1999)

¿Las circunstancias cambiaron? Retos para la intervención pre -profesional

Intervenir desde la diversidad que implica el campo social conlleva necesariamente a historizar y dialogar junto con los sujetos implicados. Las prácticas desde el Trabajo Social se nutren de contradicciones, tensiones, de oportunidades que posibilita resignificar acciones para reconocer al otro desde su potencial y fortaleza. De ello acontece la trascendencia del acompañamiento en el marco de la intervención social, siendo según Danel (2020), rasgo estructural de la misma.

De acuerdo con la autora, “la intervención supone vincularidad, encuentro, reconocimiento (...) destacamos el particular modo que nos

disponemos a la escucha, y que no es sólo escucha sino que es tramitación de demandas, configuración de proyectos de intervención, al fin y al cabo acompañamiento” (Danel, 2020, p.7)

En el marco de las prácticas de los estudiantes, está muy presente la demanda por parte de los viejas y viejos de acompañamiento, escucha y participación activa, en este contexto tan particular, donde, en principio, se recurrió a la virtualidad como forma de acercamiento. Lo antedicho supuso posibilidades y limitaciones respecto a la conectividad de ambas partes (estudiantes y personas viejas). Es de destacar la solicitud permanente del “cara a cara”, aún ante la incitación médica a mantener distancia social.

Así pues,

eufemísticamente se llama distancia social a un espacio que media entre los cuerpos/emociones. Aquello que hace años intentamos hacer, comprender sobre lo inseparable entre cuerpos y emociones ha devenido central en la pandemia: “ganas de abrazar”, “necesidad de estar al lado de”, “deseo de besar”, son algunas de las frases más comunes asociadas al no poder tocar, al no tocarse, frente a la imposición de la distancia (Scribano, 2020, p. 61)

Las diversas intervenciones de los estudiantes, tanto desde la virtualidad como la presencialidad, se dispuso como un dispositivo de acompañamiento que habilitó el encuentro, la palabra, la expresión de emociones y sentires. Se destaca el recurso del arte, el teatro, la música, la escritura, la elaboración de alimentos para compartir, como experiencias que generan huellas singulares y colectivas y habilitan transitar colectivamente este momento histórico. Así pues, se reconoce la producción de “prácticas intersticiales que se performan en Pandemia como unas huellas que permiten ver los caminos de salida para una humanidad acorralada” (Scribano, 2020, p.53)

El acompañamiento de trayectorias y proyectos se produce en un contexto que redobla los desafíos en la intervención, caracterizado

por un avance y fortalecimiento de modelos neoliberales que permean ineludiblemente las políticas públicas, generando un creciente escenario de individualización y mercantilización de los servicios ligados al cuidado, desde donde se instituyen imágenes sobre los sujetos.

Por ende, las políticas sociales en tanto creadoras de subjetividad y estructura de sensibilidades instituyen y reproducen modelos, formas de ser y estar en sociedad, emociones, estereotipos, que establecen estructuras de sensibilidades que repercuten en las maneras en las cuales los sujetos con quienes se interviene se vivencian (De Sena, 2014)

Es preciso considerar desde qué lugar se piensa y qué lugar se les atribuye a los sujetos. Pensar en clave de superar miradas paternalistas y asistencialistas, generando tutelaje en las intervenciones, se torna fundamental; más aún bajo circunstancias históricas como las presentes.

En un momento donde se instaura la disposición de protocolarizar todo, es necesario detenerse y generar espacios reflexivos de intercambio de experiencias, sentires, y acciones posibles, porque si algo deja evidente la pandemia es la pertinencia y oportunidad para generar nuevas interrogantes.

Las Problemáticas Sociales Complejas, prorrumpen en un mundo en el cual el mercado aparece como gran disciplinador, en el que el orden simbólico y real de la vida cotidiana se presenta como efímero y sin sentido, dentro de un contexto donde emergen una serie de derechos subjetivos, en un marco de crisis del Imperativo Categórico Kantiano. A su vez, la idea de futuro como incertidumbre, la incidencia de nuevas formas de la pobreza, la pérdida de espacios de socialización y las nuevas formas de los movimientos migratorios < más ligados a la desesperación que a la inserción>, muestran un mundo sumamente complejo que demanda a la Intervención Social nuevas miradas y propuestas (Carballeda, 2008, p.2)

A modo de “cierre” reflexivo

Las percepciones como “modo naturalizado de organizar el conjunto de impresiones que se dan en un agente”. (Scribano, 2000, p.29) y los discursos, se materializan en acciones (u omisiones) que responden a condiciones socio-históricas y materiales, sobre las cuales también se funda la intervención profesional. En el campo de la vejez persiste aún una percepción social vinculada al tutelaje, a la carga y a la decadencia. Envejecer para la mayoría de los sujetos simboliza deterioro y dependencia, aludiendo a una linealidad cronológica.

La ajenidad con la cual corrientemente se piensa las vejeces responde a estos prejuicios sociales arraigados y reproducidos de generación en generación. Pensado desde este lugar nadie quiere ser viejo o vieja. El espejo social devuelve rechazo.

En un mundo que exalta la “eterna” juventud y condena la vejez ¿qué posibilidad se halla de pensar a los viejos y viejas como sujetos políticos?

De aquí precisamente, se desprende como punto medular la necesidad de asentar nuevas prácticas que restituyan modos diversos de ser y estar en sociedad, donde “la” vejez no sea planteada como el desenlace, en tanto etapa final, sino por el contrario, reivindicar el envejecimiento como parte constitutiva de la vida.

Todo ello en el entendido que la mirada del otro, en tanto seres sociales, es fundamental. Por tal razón, la conformación de identidad y subjetividad se va construyendo a partir del movimiento dialéctico que según Scribano: “Está asociado al ‘cómo me veo’ y al ‘cómo la sociedad me ve’, es decir, cómo me conozco y me conocen...” (2007, p. 133).

Estas discusiones resultan sustanciales en el plano de la práctica profesional y pre profesional, puesto que permiten problematizar donde se ubica las vejeces en el marco de las intervenciones. El contexto de pandemia y las respuestas propuestas a partir de ella, dan cuenta una

vez más de la primacía del modelo médico-hegemónico²², presentándose lo social como subsidiario. Conforme a ello, se refuerzan saberes y campos de intervención en dominio -casi exclusivo- de determinadas disciplinas y profesiones en detrimento de otras. Ello se puede visualizar en las prácticas pre profesionales de los estudiantes de Trabajo Social, lo cual se presentó como un reto considerable.

Si de desafíos y tensiones se trata, la necesidad del encuentro corporal en la práctica del Trabajo Social se expresó como intrínseco de la misma, resignificando de este modo, el propio sentido del acompañamiento en tiempos de incertidumbre y distancias. De igual manera, se manifiesta la pertinencia de emprender un camino que recupere el valor y la experiencia de lo intergeneracional.

En definitiva, en el correr de estas páginas se procuró contribuir a la reflexión conjunta y disciplinar alentando la formación de generaciones críticas e interpelantes, comprometidas con reivindicaciones y luchas colectivas que alienten intervenciones profesionales hacia la proyección de una sociedad más justa.

Bibliografía

Arias, C. (2012). Redes sociales en la Vejez. En Roqué, M y Fassio, A. Políticas Públicas sobre Envejecimiento en los Países del Cono Sur. FLACSO.

Carballeda, A. (2008). Problemáticas sociales complejas y políticas públicas. *CS*, (1), 261-272.

Danel, P (2020) Habitar la incomodidad desde las intervenciones del Trabajo Social. *Escenarios* (31)

De Sena, A. (2014). Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción. *Estudios Sociológicos* Editora, Ciudad de Buenos Aires.

Ludi, M. C. (2015). Hacia la construcción de un sujeto viejo diferente, desde el derecho a ejercer derecho. En Paola, J y Danel, P (Comp.) *Más mayores, más*

22 Que asimismo establece un lugar predominante a la salud física en menoscabo de la salud mental, lo cual interpela en relación a lo que se entiende como la atención integral.

derechos. Diálogos interdisciplinarios sobre Vejez. Editorial de la Universidad de la Plata

Heller, Á (1985). Historia y vida cotidiana, Grijalbo, México.

Manes, R; Danel, P y Garmendia, C. (2020). Envejecimiento y Vejez: Aproximaciones conceptuales desde la decolonialidad. En Tello, C y Danel, P. Decolonialidad, identidades divergentes e intervenciones. Universidad Nacional de la Plata.

Neugarten, B. (1999). Los significados de la edad. Editorial Herder: Barcelona.

Paola, J. (2012). Los desafíos de la intervención profesional del Trabajo Social en el actual contexto. En Paola, J; Danel, P; y Manes, R. (comp.) Reflexiones en torno al Trabajo Social en el campo gerontológico. Universidad de Buenos Aires.

Scribano, A. (2000). Encuentros creativos expresivos: una metodología para estudiar sensibilidades. Buenos Aires: ESEditor.

Scribano, A. (Comp.). (2007). Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones. CEA—CONICET-Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba Jorge Sarmiento Editor.

——— (2020). La guerra de las curvas: pandemia, sensibilidades y estructuración social; Universidade Federal do Espírito Santo; Simbiótica; 7; 1; 5-2020; 1-16.

VEJEZ Y PARTICIPACIÓN EN TIEMPOS DE CORONAVIRUS

Dayana Munchs Bousse²³

Resumen

A partir de la detección de los primeros casos de coronavirus en Uruguay en marzo de 2020, el Gobierno ha tomado medidas sanitarias para evitar la propagación del virus, entre ellas el “aislamiento social voluntario” como propuesta de cuidado. Las estrategias utilizadas ante la pandemia de COVID-19 han tenido consecuencias en todas las esferas de la sociedad, a nivel económico, sanitario, político y social, tanto en las relaciones interpersonales como internacionales. Durante la situación de emergencia sanitaria decretada por el gobierno uruguayo, las actividades sociales, recreativas y deportivas han sido suspendidas y/o restringidas, lo cual ha determinado cambios en la organización de la vida de las personas.

Las personas mayores se han visto afectadas por estas medidas, y esto implica entre otras cosas, que se encuentren alejadas de los espacios en los que habitualmente participan. En el presente artículo se presenta la información más relevante obtenida a partir de un estudio de caso realizado sobre la vejez y participación de las personas mayores en contexto de pandemia en el marco de la Monografía Final de Grado de la Licenciatura en Trabajo Social.

²³ Licenciada en Trabajo Social (FCS-UdelaR).

Palabras clave: vejez y envejecimiento, participación, calidad de vida, redes sociales, pandemia, aislamiento social.

Introducción

En marzo de 2020 la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró la pandemia de coronavirus, momento en el que se confirman los primeros casos del virus en América Latina. A partir de ello, los Gobiernos han adoptado medidas sanitarias, económicas y sociales para mitigar los efectos de la pandemia. Según la Organización Mundial de la Salud, “el virus que causa COVID19 infecta a personas de todas las edades. Sin embargo, la evidencia hasta la fecha sugiere que el riesgo de enfermedad aumenta gradualmente con la edad a partir de los 40 años” (Huenchuan, 2020, p.7). El mayor riesgo a contraer la enfermedad se infiere a partir de las condiciones de salud de las personas y al proceso de envejecimiento en sí mismo, ya que enfermedades preexistentes como diabetes, enfermedades respiratorias y cardiovasculares, pueden generar complicaciones en caso de contraer el virus.

Diversos estudios internacionales hacen foco en la necesidad de interpelar a los Gobiernos a tomar medidas que contemplen a las personas mayores ante una coyuntura en la que pueden verse vulnerabilizados sus derechos, debido a que la evidencia existente sugiere que dicho grupo poblacional tiene un mayor riesgo de contraer el virus, pero además el aislamiento social y la soledad en la cual se encuentran muchos de ellos, son factores determinantes a la hora de reponerse del mismo.

El objetivo principal del estudio de caso efectuado en el marco de la Monografía Final de Grado de la Licenciatura en Trabajo Social, surge de conocer cómo ha afectado el actual contexto de pandemia y el consiguiente aislamiento social como estrategia de cuidado, en la vida de las personas mayores, tanto en su calidad de vida, en sus redes sociales y en la participación de los mismos en los espacios participativos de sus lugares de residencia. Particularmente se procura

obtener de primera mano la percepción que los propios implicados tienen sobre la situación de confinamiento voluntario y las consecuencias que visualizan en sus vidas.

Este artículo se divide en cuatro apartados, en primera instancia se plantea las categorías más relevantes para la configuración del objeto de análisis. Se parte de entender al envejecimiento desde los aportes de Carmen Ludí (2005), quien analiza dicho concepto desde una doble dimensión como proceso particular y complejo del ser humano en el cual se conjugan diversos factores individuales y las condiciones de vida de cada persona determinada por el momento socio histórico, y, por otra parte, como construcción social, con una determinada institucionalidad, y representación social.

Además, se introduce el concepto de envejecimiento activo, que surge a partir de un nuevo paradigma en el que se contempla a la vejez desde una posición totalmente distinta a la tradicional y que es importante para comprender cómo la participación en espacios que apuntan a esto, incide directamente en la calidad de vida de las personas mayores. Posteriormente se presenta el concepto de aislamiento social, y cómo este ha sido una medida adoptada como estrategia de cuidado ante la pandemia. En un segundo apartado se expone la metodología utilizada en el estudio de caso llevado a cabo como abordaje general del proceso investigativo. A continuación, se plantean los datos más relevantes surgidos a partir de las entrevistas efectuadas a la población de estudio. Finalmente se exponen las reflexiones finales que surgen del estudio de caso y los desafíos que se presentan desde la disciplina del Trabajo Social ante un contexto de pandemia que transversaliza todos los niveles organizativos de la sociedad.

Conocer cómo afecta el COVID-19 y el aislamiento social a las personas mayores, es parte inicial para comprender la pandemia como un problema social desde sus distintas aristas. La particularidad con que cada persona ha vivido el aislamiento social, hace que las respuestas

no puedan ser vistas únicamente desde la medicina, sino que deban incluirse estrategias vinculadas a otras disciplinas de forma integral.

El envejecimiento de la población representa un desafío en sí mismo para los países, sumado a esto en contexto de pandemia, se hace necesario contar con insumos a partir de distintas investigaciones que muestran una mirada más sobre las personas mayores, su calidad de vida y su participación en tiempos de coronavirus.

Vejez y Envejecimiento activo

Teresa Dornell (2015) define el envejecimiento como un proceso, un trayecto que incluye aspectos físicos, biológicos, sociales y culturales.

“El envejecer es un cambio de estado, es mutar a través del paso del tiempo, es así, que el envejecimiento es el proceso de un estado que es la vejez y es un trayecto biográfico socio-cultural, que va más allá de la biología humana.” (p.137)

Si bien, el envejecer es una experiencia común de todo ser humano, cada proceso de envejecimiento es único y particular debido a las diferencias de género, etnia, religión, inserción laboral y profesional, y al entramado cultural y social en el cual se encuentre inserto el individuo. Además, las condiciones materiales de existencia y la trayectoria de vida moldean el proceso de envejecimiento de cada persona de manera única (Ludi, 2013).

Por su parte, la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores (2015) plantea que el envejecimiento es un proceso paulatino que se desarrolla durante el curso de vida de la persona y el cual conlleva múltiples cambios físicos, biológicos, cognitivos, y psicosociales, y dichos cambios están vinculados a la interacción permanente entre el individuo y el entorno.

El envejecimiento de la población es un proceso que se visualiza a partir de datos estadísticos a nivel global. Uruguay no escapa a esta

tendencia demográfica, en la que también se encuentran muchos países de América Latina. Este proceso demográfico responde a múltiples factores, entre ellos al incremento de la esperanza de vida a partir del acceso de la población a mejores bienes y servicios. Tal como lo plantea Dornell (2015), el aumento de esperanza de vida se da en parte a la mejora de las condiciones de vida y al desarrollo de la medicina, la ciencia, favoreciendo el fenómeno del “envejecimiento del envejecimiento”. Por lo tanto, este proceso en Uruguay se ve reflejado en la estructura de edades de la población, ya que las personas mayores de 80 años son cada vez más. Otra característica importante es la feminización del envejecimiento, proceso que también se da en el país.

A partir de lo expuesto, emerge un concepto que es parte fundamental para comprender la tendencia demográfica del envejecimiento de la población ya que una posible explicación es la idea del envejecimiento activo. Este concepto comienza a tomar relevancia a partir de un cambio de paradigma que se contrapone al paradigma tradicional. Berriel (2010) plantea la coexistencia de dos paradigmas con respecto a la vejez y el envejecimiento, uno que plantea la vejez relacionada a la incapacidad, dependencia económica, heteronomía, pasividad, enfermedad y soledad, y por otro lado, un paradigma que sostiene la vejez desde un proceso de envejecimiento activo, con vital importancia en las redes sociales y la experiencia como principal recurso que las personas mayores poseen.

La Organización Mundial de la Salud (2015) sostiene que el envejecimiento activo es aquel que posibilita la participación, la seguridad y las oportunidades de salud con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas en su proceso de envejecimiento. Este concepto emergente de envejecimiento activo resulta ser abarcativo e incluye también al envejecimiento saludable, contempla a la salud, pero también otros aspectos como la participación y la seguridad, el bienestar físico, social y mental con el principal objetivo de mejorar la calidad de vida y por ende ampliar la esperanza de vida (Ludi, 2013).

El proceso de envejecimiento es un indicador de la mejora de la calidad de vida de la población, pero como contrapartida presenta a los Estados, el desafío de proponer, planificar y ejecutar políticas sociales que apunten a un envejecimiento activo y a un acceso equitativo a los bienes y servicios desde un ejercicio pleno de derechos. En este sentido, Uruguay a través del “Plan de Envejecimiento y Vejez” (2013-2015 y 2016-2019) busca orientar a los distintos organismos involucrados para que éstos tomen acciones dirigidas a la promoción del envejecimiento activo de las personas mayores, siendo la mejora en la calidad de vida y la participación social pilares de relevancia para la consecución del mismo.

Como se dijo anteriormente el envejecimiento activo es una pieza clave para la mejora de la calidad de vida de las personas mayores, por ende, este último concepto se retoma de forma más amplia, en la que se incluye la salud, pero se incorporan además otros factores individuales y sociales. La calidad de vida se define como “la percepción que un individuo tiene de su lugar en la existencia, en el contexto de la cultura y del sistema de valores en los que vive y en relación con sus expectativas, sus normas y sus inquietudes” (Programa de Educación Física para Personas Mayores, 2018, p. 9). Se incluye también en la definición de calidad de vida, las condiciones deseadas por el individuo con respecto a la vida en el hogar, sus relaciones interpersonales, su inserción laboral, y su intercambio con el entorno inmediato.

Para la mejora de la calidad de vida, la participación en actividades de diferente índole es parte fundamental en la consecución de la misma. Se retoma el concepto de participación desde una doble dimensión, individual y social. Desde una dimensión individual “la participación forma parte del estilo de vida adoptado por la persona que percibe a la misma como beneficiosa para su bienestar y calidad de vida” (Munchs, 2019, pp 23-24). Por otra parte, desde una dimensión social, la participación es una necesidad vital, cuya satisfacción depende, en parte, de las posibilidades que se presentan en determinada sociedad. Ludi (2013) sostiene que la participación disminuye con la edad,

pero no es una cuestión meramente cronológica, sino que responde a factores sociales que involucran distintas problemáticas a la hora de acceder a los espacios participativos. Por tal motivo, la existencia de ámbitos de participación para las personas mayores resulta ser muy efectiva, ya que los mismos apuntan a reducir el aislamiento estructural en el cual se encuentran muchas personas mayores, además de mejorar la calidad de vida (mejorar la capacidad física, cognitiva, la realización de actividades de la vida cotidiana, inclusión social).

Asimismo, los espacios para las personas mayores favorecen la construcción de redes sociales en torno a una actividad compartida y un espacio de interacción común, que facilita el intercambio simbólico y material entre los individuos que la componen, resulta ser un apoyo real ante situaciones de emergencia, conflicto o crisis. “La red social comprende una serie de relaciones interpersonales en función de un determinado entorno social y su importancia cambia a través del tiempo en distintas coyunturas” (Munchs, 2019, p. 25). Una red social robusta brinda un apoyo social real y duradero que impacta en la calidad de vida de las personas. Las personas forman parte de distintas redes sociales, pero con el paso del tiempo, pertenecer a una red significa un impacto emocional de suma importancia que contribuye a la mejora en la calidad de vida.

Desde que la Organización Mundial de la Salud declara el COVID-19 pandemia, los países han tomado múltiples medidas para contrarrestar los efectos del virus, en tal sentido la restricción en la participación en actividades sociales es una de ellas. Las personas mayores han estado alejadas de la actividad física y social, y su participación, pese a la virtualidad como alternativa, ha disminuido considerablemente, lo cual ha tenido efectos en su calidad de vida.

El aislamiento social como estrategia de cuidado

El 13 de marzo de 2020 se confirman los primeros casos de COVID-19 en Uruguay, el Gobierno nacional decreta la emergencia sanitaria don-

de se incita a la población a quedarse en sus respectivos domicilios con el fin de reducir la movilidad y por ende los contagios. En otros países del mundo, la medida de aislamiento social ha sido obligatoria, por su parte en Uruguay se ha apelado a la voluntad de la población por intermedio de campañas de sensibilización. Sin embargo, la decisión de aislarse o no, responde a múltiples factores relacionados a las posibilidades de cada individuo a la hora de adoptar la medida.

El Sistema Nacional de Emergencias a través de un informe de situación del día 24 de marzo de 2020, determina que las personas mayores son población de riesgo. A partir de ese momento se toman diversas medidas, entre ellas restringir todas las actividades recreativas, sociales, culturales, y deportivas abocadas a las personas mayores. Los gimnasios se mantuvieron varios meses cerrados, por lo tanto, la participación de las personas mayores en actividades relacionadas con dichos espacios se redujo a la virtualidad.

Ante el contexto de pandemia, el aislamiento social ha sido una medida preventiva implementada por los gobiernos para reducir la movilidad, sobre todo en aquellas personas que tienen la posibilidad de quedarse en sus hogares. Sin embargo, una de las interrogantes que surge a partir de esta medida se relaciona con las consecuencias que el aislamiento pudiera tener en este caso, en las personas mayores. El sentimiento de soledad puede ser una consecuencia directa del aislamiento, producto de la disminución considerable de la interacción social. En este sentido se diferencia un concepto de otro, dado que, si bien se puede llegar a producir el sentimiento de soledad a partir del aislamiento social, dicha correlación no siempre se da. "El aislamiento social es la situación objetiva de tener mínimos contactos con otras personas, bien sean, familiares o amigos" (Gené-Badia et al; 2016: párr 4). Tal como se expresa, el aislamiento social se relaciona a tener mínimos contactos con otras personas, pero no significa ausencia total de interacciones. Por su parte, la soledad "es la sensación subjetiva de tener menor afecto y cercanía de lo deseado en el ámbito íntimo (soledad emocional), de experimentar poca proximidad a familiares y

amigos (soledad relacional) o de sentirse socialmente poco valorado (soledad colectiva)” (Gené-Badia et al; 2016: párr 4).

Ante las medidas implementadas por los distintos Gobiernos, la CEPAL (2020) a través del informe “Recomendaciones generales para la atención a personas mayores desde una perspectiva de derechos humanos” expresa que “En el caso de las medidas de distanciamiento social que algunos países están implementando, se debe ser muy cuidadoso con su aplicación en las personas mayores” (Huenchuan, 2020, p.13). Muchas de ellas ya se encuentran aisladas socialmente, y esta condición estructural puede verse incrementada por las nuevas medidas de confinamiento, llegando a tener consecuencias en la salud y en la calidad de vida de las mismas. Por tal motivo se exhorta a los gobiernos a tener especial cuidado en las medidas sanitarias llevadas a cabo, y tomar todas las precauciones necesarias para que los efectos del confinamiento sean minimizados.

“El inadecuado equilibrio de las acciones de distanciamiento social puede crear una situación difícil para las personas mayores que necesitan protección contra el COVID-19 porque hay que tomar en cuenta que ya pueden estar suficientemente aisladas” (Huenchuan, 2020, p.13). Por otra parte, se pueden dar situaciones de discriminación por la edad, a la hora de decidir la atención en salud, en caso de no contar con los recursos suficientes para brindar el servicio adecuado a todas las personas que tengan COVID-19 y así lo requieran, ponderando la atención a otros grupos etarios y esto está directamente relacionado con la capacidad de respuesta de los sistemas sanitarios de un país.

Se debe prestar particular atención a las medidas sanitarias con el fin de garantizar el derecho al acceso a la atención en salud, sin que las personas mayores sean estigmatizadas, discriminadas o aisladas más de lo que ya se encuentran.

Proceso metodológico

La metodología utilizada para el estudio efectuado fue la cualitativa, debido a que el principal objetivo de dicha investigación radicó en conocer la percepción de las personas mayores ante la pandemia y el aislamiento social, focalizando en aspectos objetivos y subjetivos de tal experiencia, sus acciones, sus relaciones interpersonales, sus actividades diarias, todas ellas en contexto de pandemia. La entrevista semiestructurada fue la técnica utilizada debido a que no se pretendía una estandarización de los datos, sino que fuera un proceso interactivo con los implicados.

Este estudio de caso se focaliza en dos grupos de gimnasia de las localidades de Rafael Peraza y Puntas de Valdez, en el departamento de San José, Uruguay. Dichos grupos se componen por personas mayores de 65 a 89 años, aunque también participan algunas personas menores de 65 años por cuestiones de inclusión social.

La existencia de grupos de gimnasia orientados a la participación de personas mayores en estas localidades, surge en coordinación con los Gobiernos Departamentales, la Sociedad Civil Organizada y la Secretaría Nacional de Deportes. A través del Área de deporte Comunitario y el Departamento de Inclusión Deportiva, se busca fortalecer el deporte comunitario por intermedio de la transferencia de recursos económicos y humanos con el fin de promocionar la actividad física y la mejora de la calidad de vida en las personas mayores.

Las personas mayores que participan de estos grupos de gimnasia realizan múltiples actividades relacionadas al deporte (gimnasia, tejo, newcom), pero también actividades sociales como encuentros de personas mayores, fiestas, y eventos, lo cual fortalece la inclusión social. Se destaca como particularidad en cuanto a la conformación de estos grupos, la feminización de los mismos, lo cual denota la impronta de dichas localidades, en cuanto a participación de personas mayores se refiere.

Para la mayoría de las personas mayores residentes de localidades pequeñas, el gimnasio local es el único ámbito de participación que existe y en el que se orientan múltiples actividades con el principal objetivo de contribuir a un envejecimiento activo. La realización de actividad física es el puntapié inicial para la participación en otras actividades fuera del espacio del gimnasio. La actividad física resulta ser un componente sustancial para la mejora de la calidad de vida, tanto para mejorar la condición física y motriz, como también por tener carácter socializador e integrador entre las personas que la realizan.

Por otra parte, el gimnasio, más específicamente el grupo de gimnasia al que asisten las personas mayores contribuye a la construcción de redes sociales a partir de una actividad compartida pero que trasciende el tiempo y espacio de la clase de gimnasia en sí misma (Munchs, 2019).

Se entrevistaron a diez personas mayores entre 65 y 89 años, que participan de los grupos de gimnasia de Puntas de Valdez y Rafael Peraza, las cuales se seleccionan al azar de acuerdo a la disponibilidad de cada una de ellas. Las entrevistas se realizaron de forma presencial, tomando todas las precauciones y siguiendo un estricto protocolo sanitario. Asimismo, se entrevistó a la Profesora de Educación Física a cargo de dichos grupos, por entender que es un agente movilizador para las personas mayores que participan de los mismos, además de ser una referente calificado.

Consecuencias de la pandemia de COVID-19 en las personas mayores

Desde un estudio empírico, a través de la información obtenida por medio de entrevistas a personas mayores, se visualiza que la pandemia de COVID-19 y el consiguiente aislamiento social ha tenido consecuencias en la vida de dicha población de estudio.

En primera instancia con relación a la salud de las personas mayores, se observa a partir de la información obtenida que la misma es afectada en el contexto de pandemia, a partir de la visualización de cambios físicos, psicológicos y cognitivos como sedentarismo, aumento de peso corporal, pérdida de memoria, ansiedad, depresión, a causa de la inactividad física, la mala alimentación, el deterioro cognitivo por la falta de participación en espacios como el gimnasio, y la falta de contacto frecuente con otras personas. Todo esto conlleva que la calidad de vida de las personas mayores se viera afectada.

Las personas entrevistadas expresan diversas preocupaciones, entre ellas la incertidumbre ante la situación de emergencia sanitaria, la falta de certezas con respecto a la continuidad de las medidas que restringen la movilidad, y el contacto físico, y promueven el confinamiento voluntario. El bienestar económico es otro punto de preocupación entre las personas mayores, sobre todo para quienes viven con otro familiar laboralmente activo.

A pesar de las diversas preocupaciones planteadas, la salud es la principal inquietud ya que surge el miedo ante una enfermedad poco conocida y sin precedentes, y por ende emerge la inseguridad a la hora de superar la enfermedad en caso de contraerla, debido a múltiples factores como la edad o enfermedades preexistentes, que pueden complejizar la situación.

La reducción considerable de la movilidad y la participación en diversas actividades sociales es otro punto frecuente en el que presentan consenso las entrevistadas. La participación en los grupos de gimnasia se limita a la virtualidad a través de dispositivos móviles como celular, computadora o tablet. La movilidad se redujo a tal punto, que sólo se realizan asuntos imprescindibles, en caso de no contar con ningún familiar, vecino o amigo que pudiera hacerlo.

Toda la planificación y ejecución de actividades de la vida cotidiana gira en torno al aislamiento social. Es así que se producen cambios en la rutina diaria que interfieren directamente en la vida cotidiana de las

personas. A partir del confinamiento ha cambiado la manera de vivir el día a día, de relacionarse con las demás personas y con el entorno, la forma de hacer deportes, la manera de realizar las actividades cotidianas como las compras y los trámites.

A pesar de que el aislamiento social ha interferido en la vida de las personas, todas las entrevistadas coinciden en que, dentro del paquete de medidas llevadas a cabo para cuidarse del virus, el aislamiento preventivo ha sido la más adoptada, coincidiendo la voluntad con la posibilidad de aislarse.

A partir del aislamiento social voluntario, las interacciones sociales se redujeron sustancialmente si se tiene en cuenta que se suspendieron y restringieron la mayoría de las actividades sociales. Sin embargo, la tecnología a través de diferentes dispositivos (celular, tablet, computadora) y de la mano del internet, permitió que las personas continúen interactuando por medio de la virtualidad, lo cual condujo inevitablemente a que el contacto con los demás fuera fluido en la mayoría de los casos. Sin embargo, no todos tienen el mismo acceso a la tecnología, ni las herramientas necesarias para su utilización, lo cual abre una brecha digital entre quienes tienen los dispositivos, el internet y los conocimientos, y quienes no los tienen.

Otro punto de quiebre es la motivación a participar de clases virtuales, en la población de estudio se detecta que la presencialidad es un fuerte motivador para la realización de actividad física y el encuentro de las personas mayores con sus pares, por tal motivo la participación en clases virtuales es vista como una herramienta más, pero no reemplaza la interacción presencial, lo cual contribuye a una considerable disminución.

Si bien es cierto que el aislamiento social puede producir sentimientos de soledad en las personas, esto no siempre es así. El aislamiento social no significa en todos los casos ausencia total de interacciones sociales, razón por lo cual no se da implícitamente el sentimiento subjetivo de la soledad. El sentimiento de soledad surge también por la

calidad de las relaciones (no siempre por la falta de ellas), pero también implica aspectos psicológicos que pueden verse exacerbados por el contexto de aislamiento social. Las personas mayores entrevistadas mantuvieron el contacto y la interacción social a través de dispositivos electrónicos, o por medio del distanciamiento físico sostenido. A través de las entrevistas efectuadas, se constata que el aislamiento social como estrategia de cuidado, no implica en la mayoría de los casos, un sentimiento de soledad a partir de la disminución de la interacción social presencial ya que contaban con redes sociales robustas.

Lo anteriormente expuesto se relaciona directamente con el apoyo emocional, simbólico y material brindado por las redes sociales a las que las personas mayores pertenecen, sean éstas primarias (familia, vecinos, comunidad), o secundarias (comunidad, institucional). Pertenecer a una red social robusta implica un fuerte apoyo social en momentos de crisis y conflictos, además de la contención psicológica que involucra. Se destaca la familia como principal red de contención ante la actual coyuntura y, en segundo lugar, el gimnasio como principal ámbito participativo y el grupo de gimnasia en sí mismo, como una red que surge por una actividad compartida pero que trasciende dicho espacio.

Reflexiones finales

A partir del estudio de caso efectuado, se ha podido conocer el efecto de la pandemia y el consiguiente aislamiento social en la vida de las personas mayores. El deterioro cognitivo, y psicológico a partir de la reducción considerable en la participación de actividades sociales, y recreativas, y la disminución de las interacciones sociales, se visualiza a partir de cambios como la pérdida de memoria. Otro punto de afectación ha sido a partir de cambios físicos como el sedentarismo, aumento de peso corporal, aspectos directamente relacionados con la falta de ejercicio físico. El estado anímico y emocional también se ha visto afectado dado que muchas personas mayores afirman sentirse

depresivas, ansiosas y nerviosas ante las preocupaciones que surgen por la actual situación de emergencia sanitaria.

El miedo al virus es un tema recurrente, debido en parte al bombardeo informativo que constantemente los medios masivos de comunicación ejercen a nivel global a partir del cual se comunica que las personas mayores son población de riesgo, lo cual genera ansiedad, estrés, e incertidumbre en esta población.

Las medidas de confinamiento social que restringen la interacción, aumentan en cierta medida el problema de soledad en el cual muchas personas mayores se encuentran (condición estructural), sin embargo, el sentimiento de soledad implica también otros aspectos como la calidad de las relaciones preexistentes, la calidad de vida de la persona e implica aspectos subjetivos que pueden estar relacionados a problemas psicológicos. Aquí entra en juego la red social y vincular que la persona posea, lo robusto de dicha red y el apoyo social que implica pertenecer a la misma. Surge la interrogante de conocer qué peso comporta pertenecer a una red social robusta ante situaciones de emergencia, crisis o conflicto y cómo ésta puede ser la respuesta para mitigar los efectos adversos del aislamiento social.

En el actual contexto de pandemia, es menester pensar el COVID-19, no sólo desde el ámbito médico sino también desde lo económico, lo psicológico, político y social. La pandemia del coronavirus ha atravesado todos los niveles de la sociedad, por tal motivo las estrategias de intervención de los países no pueden pensarse desde una disciplina o área académica, sino que se hace necesario partir de la complejidad de la situación sanitaria y la diversidad de expresiones sociales ante una misma coyuntura.

Desde el Trabajo Social es necesario repensar la intervención a nivel institucional y territorial por medio de estrategias que contemplen la heterogeneidad de situaciones ante el COVID-19, desde un abordaje integral que apueste a la articulación de los recursos del Estado para dar respuesta a un problema social inédito. La articulación de las dis-

tintas áreas ante la implementación de estrategias de cuidado pone de manifiesto la capacidad del Estado para tomar acciones en una coyuntura en la que se pueden vulnerar los derechos de personas que ya se encuentren aisladas, estigmatizadas o en situaciones de precariedad.

Particularmente, de acuerdo a lo planteado en este artículo, y haciendo referencia a las personas mayores, es menester coordinar esfuerzos con otras disciplinas para proteger los derechos de esta población, privilegiando el derecho a la vida y la atención en la salud a través de un Estado presente, en términos de un sistema sanitario fuerte y un acceso equitativo a las políticas sociales. Por otra parte, resulta crucial la sensibilización de la población para reforzar las medidas de protección ante el COVID-19 por intermedio de múltiples acciones sanitarias que contemplen a las personas mayores como población de riesgo, con el fin de poder implementar distintas estrategias de cuidado y reducir los riesgos asociados a la pandemia.

Para finalizar, cabe destacar que el Instituto Nacional de Personas Mayores, (INMAYORES) apela a tener presente la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, impulsando a los organismos del Estado a tomar todas las acciones necesarias con el fin de proteger el derecho a la vida, al acceso a la salud, y el bienestar de las personas mayores. La restricción de la participación en ámbitos sociales, es una estrategia de cuidado, pero debe tenerse precaución, ya que no todas las personas cuentan con los mismos recursos, herramientas, ni la motivación para acceder a actividades sociales desde la virtualidad, por tanto, entra en juego la capacidad de respuesta de los organismos del Estado para garantizar un acceso equitativo y fluido a las actividades sociales que promueven el envejecimiento activo.

Cabe resaltar que los resultados obtenidos de este estudio son parciales, e implican una mirada más sobre la pandemia y el aislamiento social. Cada persona puede verse afectada de manera distinta ante

el COVID-19, por sus condiciones físicas, psicológicas y las redes sociales que posea, por lo tanto, existe una heterogeneidad de formas de vivenciar el confinamiento, y de cómo enfrentarlo. Sin embargo, el papel del Estado y sus diversos dispositivos es crucial para mitigar los efectos de la pandemia en una población con mayor riesgo a contraer la enfermedad o verse afectada por el aislamiento social.

Bibliografía

Berriell, F. (2010). Estudio de la significación social del envejecimiento de Uruguay. En: Envejecimiento, Género, y Políticas Públicas. Coloquio regional de expertos. Nieve. Montevideo, UDELAR, UNFPA, Naciones Unidas Uruguay.

Dornell, T. (2015). Ontología de la Cultura del Cuidado en la Vejez y el Envejecimiento. Revista Rumbos TS. Un Espacio Crítico Para La Reflexión En Ciencias Sociales, (12), 130-146.

Recuperado a partir de: <http://revistafacso.ucecentral.cl/index.php/rumbos/article/view/77>

Gené-Badia, J; Ruiz-Sánchez, M; Obiols-Masó, N; Oliveras Puigc, L; Lagarda Jiménez, E. (2016). Aislamiento social y soledad: ¿qué podemos hacer los equipos de atención primaria? Barcelona, España. Disponible en: <https://www.elsevier.es/es-revista-atencion-primaria-27-articulo-aislamiento-social-sole-dad-que-podemos-S0212656716301809>

Huenchuan, S. (2020). *COVID-19: Recomendaciones generales para la atención a personas mayores desde una perspectiva de derechos humanos*. Ciudad de México, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). En: repositorio.cepal.org

Ludi, M del C. (2005). Envejecer en un contexto de (des)protección social. Claves problemáticas para pensar la intervención social. Ed. Espacio, Buenos Aires.

——— (2013). Envejecimiento activo y participación social en sectores de pobreza. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Munchs, D. (2020). Vejez y participación en tiempos de coronavirus. Espacios participativos en dos localidades del interior de San José. Monografía Final de Grado, Udelar. Montevideo.

Fuentes documentales

Comisión Económica para América Latina y el Caribe CEPAL (2020) Informe sobre el impacto económico en América Latina y el Caribe de la enfermedad por coronavirus (COVID-19). Disponible en: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/45602-informe-impacto-economico-america-latina-caribe-la-enfermedad-coronavirus-COVID>

Instituto Nacional de las Personas Mayores INMAYORES. Disponible en: <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/personas-mayores>

VEJEZ, INSTITUCIONALIZACIÓN Y CREATIVIDAD. UNA MIRADA REFLEXIVA DESDE EL TRABAJO SOCIAL

Milena Garzón²⁴

Resumen

La institucionalización de las personas viejas es una estrategia de cuidado cada vez más extendida. Por falta de recursos materiales y/o humanos o por privilegiar el saber médico, estas instituciones terminan por transformarse en dispositivos de encierro y control, vulnerando ciertos aspectos de las personas como la creatividad. Esta última es entendida como una parte fundamental de la vida, necesaria para resolver conflictos y presentar nuevas posibilidades de acción.

La vejez y la creatividad tienen una inherente relación: los viejos y viejas institucionalizados necesitan recurrir a la creatividad para aprehender y transformar la nueva realidad que se les presenta. La idea de creatividad que se desarrolla en este artículo no se reduce solo a la vejez, sino que también abarca al Trabajo Social. El colectivo profesional que se encuentra inserto en el área de la institucionalización de la vejez, necesita llevar a cabo prácticas innovadoras, objetivas, conscientes, críticas, pero sobre todo creativas, que le permita devenir en seres más empáticos, comprometidos y sensibles ante la realidad.

²⁴ Licenciada en Trabajo Social (FCS-UdelaR).

Palabras clave: vejez, institucionalización, creatividad, recreación, Trabajo Social.

Introducción

Este artículo recopila los principales aportes del trabajo final de grado de la licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales, "Vejez, institucionalización y creatividad. Una mirada reflexiva desde el Trabajo Social" realizado en 2020. Se divide en los siguientes apartados: fundamentación, diseño metodológico, marco teórico y análisis. El tema de la investigación se centra en el desarrollo de la creatividad en la vejez institucionalizada, haciendo especial énfasis en el rol del Trabajo Social. La creatividad es entendida como una esfera necesaria de la vida, pero que en ocasiones se encuentra limitada ante ciertas situaciones, como es la institucionalización. Esta, en tanto dispositivo de encierro y de colonización de la vida cotidiana por el saber médico, puede condicionar el desarrollo de la creatividad de los viejos y viejas que habitan estos dispositivos. Así, se presenta la recreación como una herramienta para la profesión del Trabajo Social, que permite crear espacios de reflexión, emancipación y creación, generando resoluciones a los distintos conflictos sociales.

Para llevar a cabo la investigación se realizó un estudio de caso en el Hospital Centro Geriátrico "Dr. Luis Piñeyro del Campo", retomando la mirada de los estudiantes de Trabajo Social que realizaron su proceso de práctica pre-profesional en esa institución, a partir de las sistematizaciones desarrolladas para la culminación de sus cursadas. Junto a esto se articulan los aportes de distintos autores, a partir de los cuales se desarrollan las categorías analíticas seleccionadas.

Fundamentación

La creatividad puede ser entendida más allá de las expresiones artísticas, como una esfera necesaria que permite a los sujetos enfrentar las

distintas situaciones que se presentan en la vida, por ello se considera fundamental entender cómo se configura en las instituciones de larga estadía para la vejez.

La institucionalización tiene consecuencias en la vida cotidiana de la persona y por tanto en su desarrollo personal. Una de las esferas más afectadas puede ser la creatividad, sobre todo en aquellas instituciones de larga estadía que tienen un número masivo de residentes y escasez de recursos. A su vez este tema tiene una inherente relación con los derechos humanos, pues estos involucran no solo lo que refiere a alimentación o vivienda, sino también a la libertad, la autonomía y la creatividad. Una de las formas de garantizar el desarrollo de la creatividad es a través de las prácticas recreativas, las cuales son consideradas un derecho fundamental en la vejez. Y justamente esto puede verse coartado en algunas instituciones, que, en nombre de una supervivencia biológica, dejan de lado los aspectos subjetivos de la persona.

Desde el Trabajo Social también se considera relevante esta temática por ser un área de ejercicio e intervención profesional. Este tema adquiere gran importancia en lo que refiere al estudio de la sociedad, pues en la actualidad el país se encuentra ante un fenómeno de envejecimiento poblacional, lo cual significa que año a año aumenta la cantidad de personas viejas. Una de las razones de ello es que las personas actualmente viven más cantidad de años. Sin embargo esto no significa que la calidad de vida aumente, en consecuencia, es necesario trabajar sobre el tema, desarrollando políticas y prácticas sociales para promover una mejor calidad de vida en la vejez. Además, así como aumentan las personas viejas, aumenta la necesidad de cuidado y por tanto la demanda por los establecimientos de larga estadía, junto a todos sus componentes.

Aquí juega un rol fundamental la posición que ocupa la vejez en la sociedad, las formas de vivir y entender la vejez y la inclusión o las distintas formas de discriminación. Ello se enlaza con los derechos

de las personas viejas y con sus posibilidades de desarrollo social y personal. Por esto se entiende fundamental, abordar este tema para poder aportar en lo que refiere a garantizar los derechos de libertad, integridad, dignidad y autonomía de las personas viejas.

Diseño metodológico

Los resultados que se muestran surgen de una investigación de corte cualitativo, que permitió responder a los objetivos planteados. El fin último de esta metodología es describir y analizar situaciones, y no buscar una verdad absoluta. El diseño utilizado fue de tipo exploratorio, el cual es definido por Batthyány y Cabrera (2011) como aquel que se ocupa de “preparar” el terreno por tratarse de un tema poco abordado. Si bien la vejez, la institucionalización, la recreación son temas estudiados, no existen aportes significativos que conjuguen estas dimensiones de manera conjunta. A su vez se tomó el concepto de creatividad, dotándolo de un significado que trasciende lo meramente artístico.

Por otra parte, el método para la realización de la investigación fue un estudio de caso, llevado a cabo en el Hospital Centro Geriátrico “Dr. Luis Piñeyro del Campo” (HCGPC). La técnica de recopilación de datos se basa en el análisis documental, el cual fue construido en base a las sistematizaciones realizadas por los estudiantes del área vejez del Proyecto Integral (PI) Cuidado Humano, Derechos e Inclusión Social, que realizaron su práctica en el HCGPC entre el año 2011 (año de comienzo de los Proyectos Integrales del Plan 2009) y el año 2019.

Marco teórico de referencia

A continuación, se presentan los principales constructos teóricos que guiaron la investigación: vejez, institucionalización, creatividad y recreación. Los autores que se retoman brindan una base teórica para poder analizar la situación particular posteriormente.

Existen distintas maneras de entender y vivir la vejez, por ello no se puede anclar en una definición estática. Ludi (2005) explica que la vejez “se construye social y culturalmente en cada espacio y tiempo, a partir de determinadas condiciones materiales y simbólicas de vida; adopta una multiplicidad de rostros, irreductibles los unos con los otros” (p.17). Por lo tanto, se trata de una construcción social, que dependerá de diversos factores (económicos, políticos, culturales, sociales), que no deben reducirse solo a la base biológica. Sin embargo, puede decirse que es un proceso común a todos los seres humanos, pues está relacionado directamente con el envejecimiento, “todo lo que vive, envejece; el envejecimiento es un proceso gradual de todos los seres vivos, el paso del tiempo en el organismo es un proceso universal de deterioro” (Mariño, 2004, p.17). Entonces a partir de las experiencias vividas y los recursos acumulados en el transcurso del envejecimiento, entre otros aspectos, es que se configura la vejez de cada persona.

La vejez está constituida por múltiples factores, que llevan a que pueda ser vivida de distintas maneras, pero que es única en cada persona. Por esto se retoma el término “vejezes”, planteado por Ludi (2005), que implica que cada forma de transitar la vejez se da de manera concreta en individuos concretos. Sande (2018) agrega que hablar de vejezes permite “visibilizar la singularidad de las experiencias y evitar la homogeneización de las intersecciones que confluyen sobre las personas, que hacen que sea transitada de manera diferencial (la etnia, la clase, el género, el momento histórico, entre otras determinaciones)” (p.33). La edad por sí sola no puede utilizarse como única variable para caracterizar a las personas.

La vejez en la historia ha oscilado entre diversas concepciones, siendo objeto del imaginario social tanto desde una posición positiva como negativa. Sánchez Salgado (2000) explica que estas concepciones “a lo largo de la historia, se han movido en un péndulo que va entre dos extremos. Desde abandonar, aislar, descuidar y no prestar atención a la persona anciana, hasta sobreprotegerla, cuidarla, venerarla y hacer-

la sujeto de consideraciones especiales” (p.46). Ello ha condicionado de forma determinante el actuar de las personas viejas y su rol en la familia, en el mercado, en la política, y en la sociedad en general. Asimismo, han sido distintas las actitudes hacia la vejez en occidente y en oriente, más aún a partir del desarrollo de la modernidad y de la sociedad de consumo. Entonces “el lugar dado a esta etapa de la vida ha sido producto de diferentes factores sociales, económicos, políticos, ideológicos y culturales” (p.33), teniendo también un rol importante las relaciones de género.

Si bien se ha mencionado que cada vejez es distinta, existe un punto que atraviesa a todas las vejeces: los prejuicios que se han formado en torno a ella. Amico (2010) entiende que “los adultos mayores se encuentran entre los grupos que viven mayor discriminación, marginación y desprotección social” (p.60). Actualmente la sociedad toma una postura negativa ante la vejez, negándola o disfrazándola, tal como algo de qué avergonzarse o algo a lo que temer. En este trabajo se retomará el término “viejismo” de Butler (1970) a partir de la perspectiva de Salvarezza (1998), para designar aquellas acciones, prácticas y pensamientos que discriminan y segregan a las personas viejas. Aquí subyace “el espantoso miedo y pavor a envejecer, y por lo tanto el deseo de distanciarnos de las personas mayores que constituyen un retrato posible de nosotros mismos en el futuro” (Salvarezza *apud*. Ludi, 2005, p.27).

Estos prejuicios son los que alimentan la discriminación hacia la vejez. Dentro de ellos pueden encontrarse prejuicios que se relacionan con una parte benevolente, es decir aquellos que sobreprotegen, infantilizan y fragilizan la vejez; y los prejuicios que representan una actitud de hostilidad, como aquellos que se materializan en la violencia y el abuso hacia la vejez.

En la actualidad occidental, el miedo y la negación hacia la vejez han incrementado más aún con la actual exacerbación del cuerpo, los estereotipos de belleza, donde se privilegia el cuerpo joven. El ocultar

o rechazar esta etapa de la vida no solo involucra a los jóvenes²⁵, sino también a los mismos viejos y viejas, que atravesados por los prejuicios, niegan su propia vejez y terminan actuando de manera despersonalizada, solo representando ideas impuestas por los otros. Entonces “se produce esto de los jóvenes temiendo envejecer y los viejos envidiando a la juventud” (Ludi, 2005, p.28). Amico (2010) agrega que “en una sociedad cuyo engranaje central es la capacidad productiva, la visión moderna de la vejez postula que, los ancianos son una carga, que solo reciben sin tener nada que entregar, que su sabiduría y experiencia ya no aportan nada (p.57).

Al otorgarse un significado negativo a la vejez, se niega la posibilidad de toda participación. El imaginario social tiene un rol destacado en la visión que se da ante la vejez, y son las distintas percepciones las que condicionan directamente a la persona vieja en el desarrollo de su vida. Sánchez Salgado (2000) explica que “la sociedad le asigna un lugar a este segmento poblacional, le atribuye peculiaridades específicas en sus representaciones y le brinda o niega espacios sociales” (p.37). Como a cada etapa de la vida, la sociedad carga a la vejez de juicios de valor y de expectativas, que en la actualidad pueden clasificarse mayormente como negativos. A las personas viejas generalmente se las etiqueta como inactivas, poco receptivas y aisladas, asexuadas, frágiles, enfermas, entre otras.

Puede decirse que la participación es uno de los aspectos más limitados en la vejez, pues se coloca a la persona en un lugar de inutilidad y pasividad que consecuentemente lo lleva a tomar un lugar de indiferencia y apatía. La participación no solo respecta a la contribución en la sociedad sino también en la vida propia. Amico (2010) plantea que la negación como sujeto de acción condiciona a la persona vieja en la totalidad de su vida. Entonces, el viejo o vieja no solo no querrá actuar como sujeto de acción, sino que tampoco podrá. Además, la

25 “Nos negamos a reconocernos en el viejo que seremos” (De Beauvoir *apud*. Amico, 2010, p.63).

sobreprotección hacia la persona vieja -o simplemente el hecho de solucionarle todas las actividades cotidianas-, inhabilita a la persona en su accionar, lo vuelven un ser incapaz de afrontar cualquier circunstancia.

La autora explica que estas actitudes que se adoptan ante la vejez “se hacen extensivas a todas las demás facetas de la vida (sexual, afectiva, familiar, social, laboral, profesional, política, etc.) y se despoja a las personas mayores de todo potencial activo y creativo” (p.55). Los prejuicios mencionados han llevado a las sociedades a crear formas de ocultar la vejez. Una de estas se materializa en las instituciones de larga estadía. No solo se acude a ellas como estrategia de planificación familiar, atención médica o cuidado, sino también como una forma de apartar la vejez de la sociedad, de ocultar el destino de todas las personas.

La institucionalización emerge como centralidad en algunas trayectorias viejas, entendiéndose por esta “el ingreso de las personas adultas mayores a residir en establecimientos en forma permanente sin una fecha y/o una causal de egreso previstas” (Aguirre, 2018, p.2). Es un proceso complejo que implica una multiplicidad de factores y desafíos. Un gran porcentaje de viejos y viejas viven actualmente en residenciales de larga estadía, en los que desarrollan la totalidad de su vida. En el lenguaje cotidiano suelen llamarse “residencias” u “hogares” a estos establecimientos, como forma de quitar o reducir la “carga” negativa que implica la institucionalización. Al respecto Aguirre (2018) agrega que “eludir el carácter político cultural que supone la práctica de la institucionalización de la vejez, compromete la posibilidad de cuestionarla y revertirla, cristalizando a todos los sujetos que se encuentran abarcados en sus disposiciones” (p.221).

La institucionalización se considera un gran cambio en la vida de la persona, porque esta pasa de vivir en una a casa, sola o acompañada de familiares, a vivir en una institución, en compañía de un gran número de personas desconocidas. Debe considerarse que “el hogar del

anciano adquiere connotaciones que subjetivamente trascienden la realidad de un mero espacio físico” (Salvarezza, 1998, p.358).

Las instituciones tienen reglas y normas a las que la persona deberá adaptarse, así como a ciertas prácticas y rutinas (horarios de comidas, higienización, despertarse y acostarse a horas establecidas, regímenes de visita y de salida), que a su vez compartirá con un conjunto de personas, que podrían solo tener en común la edad. Es así que “las diferencias individuales determinarán (...) distintas posibilidades de adaptación” (Goffman, 2001, p.70), por lo que estos cambios pueden vivirse tanto de manera positiva como negativa. Según Salvarezza (1998) las personas que recién ingresan a una institución pueden sufrir diferentes emociones, tales como depresión o confusión, lo cual puede o no mejorar con el tiempo. Esto en gran parte dependerá de las características de la institución, si es pública o privada, los espacios físicos (cuartos, espacios comunes, espacios al aire libre), cantidad de residentes, tipos de actividades extra, características del personal, entre otros factores.

Por último, se debe destacar que las instituciones (en este caso los establecimientos de larga estadía para personas viejas), no refieren a prácticas “naturales” del ser humano, o son mecanismos sociales “ingenuos”, sino que son “«productos» de procesos socio-históricos, de construcción dialéctica” (Ludi, 2008/2011, p.214). Se materializan aquí las formas de entender la vejez y el envejecimiento. Por lo que resultan insoslayables las relaciones de poder, las relaciones intergeneracionales, las relaciones de género, entre muchas otras.

Para poder analizar las instituciones geriátricas de larga estadía se tomará el término Institución Total, presentado por Goffman (2001) para designar aquellas instituciones que se caracterizan por ser “un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (p.13). Los intereses comienzan a girar en torno a cues-

tiones relacionadas exclusivamente con la institución, desapareciendo así todo tipo de sentimiento ajeno a la misma; el autor argumenta que de esta forma se garantiza el cumplimiento de las normas, desalentando las posibles acciones subversivas.

La vida cotidiana de las personas suele ser llevada adelante en diferentes escenarios, en compañía de distintas personas, y sin un plan establecido. Sin embargo, en estas instituciones los distintos ámbitos de la vida están programados y se realizan en un mismo espacio físico, en compañía de un número acotado de personas y bajo una misma autoridad.

El estar institucionalizado implica, entre otras cuestiones, tener cierta seguridad en algunos aspectos de la vida: vivienda, alimentación, cuidado, atención médica, generalmente esferas que refieren al mundo material del sujeto. Sin embargo, existen otros aspectos que dicha institución, como Institución Total, no contempla. Esta se caracteriza por manejar “muchas necesidades humanas mediante la organización burocrática de conglomerados humanos, indivisibles” (p.20). Es decir, que la institución misma es la que maneja las necesidades en masa, dando por hecho que todos los internos tienen las mismas características y necesidades o que estas deben ser satisfechas en un mismo momento. Por ello suelen dejar de lado singularidades y aspectos que se vinculan a la parte emocional de la persona: ello podría clasificarse dentro de las esferas del mundo inmaterial del sujeto. La falta de recursos (tanto materiales como humanos) o la lógica institucional (entender al sujeto como mero objeto de cuidado) son algunos de los factores que explican esta cuestión. Entonces, el cuidado se enfoca más en la supervivencia, que en la calidad de vida. Aguirre (2018) agrega que en las instituciones “la racionalidad médica (...) imprimió una perspectiva reduccionista del bienestar, asimilándolo a la prolongación de la vida del asilado (...). En nombre de la sobrevivencia biológica (ya no de la cura) se justificó el control médico sobre la vida cotidiana (p.133).

Asimismo, el hecho de que la institución resuelva todas las necesidades básicas de sus miembros, puede llevar a lo que Goffman (2001) llama “desculturación”, es decir que la persona comienza a verse incapacitada para afrontar los distintos aspectos de su vida, pues pierde cierto entrenamiento. El escaso contacto con el exterior, la repetición de las acciones, el contacto con limitada cantidad de personas, la dependencia hacia el personal, son algunos de los aspectos que pueden llevar al interno a tener dificultades en su desempeño cotidiano.

Como se ha planteado anteriormente, al colocar a las personas viejas en un lugar de pasividad y enfermedad, se restringe la posibilidad de desarrollo de la creatividad. Esta, en cierta medida también está asociada a la autonomía, pues para hacer uso efectivo de la misma se necesita tener libertad. Asimismo, la institucionalización en la vejez se relaciona directamente con este punto, pues en las instituciones caracterizadas anteriormente, la creatividad puede verse aún más limitada.

La creatividad no solo refiere a una manifestación artística, sino que forma parte de la vida de todos los seres humanos, y es gracias a ella que podemos resolver problemas y buscar nuevas soluciones. Tal como plantea Moccio (1991), la creatividad es una necesidad humana, a partir de la cual se “intenta eludir la zona de repetición, la manera habitual con la que nos manejamos en la resolución de problemas o en la búsqueda de nuevos campos o descubrimientos” (p. 90). Todas las personas necesitan de la creatividad para poder enfrentarse a la realidad, desde las formas más simples –como podría ser cocinar– hasta las más complejas –sobrevivir en el mundo–. Permite al sujeto identificar las situaciones que generan disconformidad e incomodidad, descubriendo nuevas posibilidades de desenvolverse, para crear una nueva versión de sí mismo. Iacub (2001) agrega que la creatividad “debería ser considerada como una cuestión central de la experiencia humana, como recurso psicobiológico para la adaptabilidad a medios diversos, y a su vez como modo de integración de aquello que se presenta como lo extraño, para volverlo propio” (p.135).

Retomando la Teoría de la Creatividad, se plantea la necesidad del ejercicio de la creatividad en la vida cotidiana. Así, Yentzen (2003) entiende que esta “se puede expresar en cualquier campo del quehacer humano. Allí donde la creatividad surge, introduce una mirada diferente a lo existente, abriendo con ello la posibilidad de que surja lo nuevo” (p.2). Se comprende de una parte objetiva que proporciona un modo de operar, mejorando nuestro pensamiento y por tanto nuestras condiciones de vida; pero a su vez tiene una parte subjetiva que dota de sentido la vida las personas. Es así, que la creatividad encarna el concepto de “creación”, pues es el mismo sujeto quien se crea a sí mismo y a su entorno. Por un lado, crear es una necesidad para los seres humanos, pues “el deseo de que la propia personalidad sea impedida constituye un elemento en el impulso a crear” (Butler, 1973, p.43). Y por otro, los sujetos habitan “un mundo construido en nuestra interacción con lo real, con lo que está afuera del lenguaje, con el misterio que opone resistencia a nuestras creaciones y a la vez es la condición de posibilidad de las mismas” (Najmanovich, 2001, p.110). Crear implica conformar la conciencia, fundar las acciones, establecer contacto con los otros, y por lo tanto, satisfacer la búsqueda de significado. Winnicott (2007) por su parte, refuerza esta idea planteando que la creatividad subyace en todas las formas de interacción con el mundo. Todo proceso de decisión requiere de herramientas creativas, que presentan las distintas posibilidades de acción.

Yentzen (2003) realiza su análisis respecto a las instituciones de la educación, pero también podría ser aplicado a las instituciones mencionadas en este trabajo. El mismo plantea que en ellas se imposibilita el desarrollo de la creatividad por promover acciones preestablecidas y automáticas, sin ningún tipo de reflexión. “Esto impide un proceso activo de razonamiento por parte de las personas, que las conduzca a comprender y validar por sí mismas la verdad de los conocimientos recibidos” (p.3). Algo similar ocurre en la Institución Total (Goffman, 2001), la cual conlleva una despersonalización de los internos a través de las mortificaciones del yo. Las –limitadas- acciones se llevan a cabo

a través del estímulo-reacción, sin reflexión mediante. Asimismo, la poca cantidad de operaciones realizadas -puesto que las actividades cotidianas son reemplazadas por las funciones de los empleados-, llevan a imposibilitar la práctica creativa. Aguirre (2018) agrega que esto se explica a través de la cultura asilar, la cual se materializa en la forma de entender a los sujetos: como objetos de cuidado. El tratar a los internos "en bloque" como una masa homogénea, el desplazamiento de las actividades elementales de la vida cotidiana, son factores que imposibilitan la creatividad. Así, Yentzen (2003) argumenta que, si no somos naturalmente creativos, es porque existe algo que ha corrompido esa facultad.

Entonces, todas las personas tienen la *capacidad* de ser creativas, pero no todas tienen la *posibilidad* de serlo: el mundo que rodea al sujeto puede ser una fuente de posibilidades siempre que este se lo permita. Es lo que ocurre con muchas personas viejas, y más aún cuando están institucionalizadas.

Como se mencionó anteriormente, uno de los prejuicios que atraviesa la vejez implica considerar que los viejos y viejas no tienen capacidad de ser creativos. La prenoción que entiende que las personas viejas están ancladas en la tradición y en el pasado, son conservadoras y poco inventivas, "ha contribuido al estereotipo prevaleciente de que la declinación creativa acompaña al envejecimiento cronológico" (Butler, 1973, p.30-31). Sin embargo, Yentzen (2003) argumenta que la creatividad es una condición natural al alcance de cualquier persona, sin distinciones de edad. Por lo tanto, las personas viejas también tienen la capacidad de ser creativas, de adaptarse a nuevas circunstancias, de resolver problemas, de aportar ideas innovadoras. Esta creatividad a su vez estará sostenida por la experiencia que representa haber vivido muchos años, así se tendrá mayor cantidad de puntos de referencia.

La creatividad juega un papel importante aquí, pues será la forma en que el sujeto se adapte a nueva realidad, en este caso a la institucionalización. Al respecto se retoma el concepto planteado por Bórquez

et al. (2012), "cuidado integral", que implica no solo atención de las necesidades básicas materiales, sino también de necesidades subjetivas del sujeto. "Es por eso que estimular la creatividad posibilítádole herramientas para adaptarse activa y protagónicamente a esta nueva situación vital, es una función primordial de prevención y promoción de la salud" (p.96).

Yentzen (2003) entiende que, si bien la creatividad se puede ver degradada ante ciertas situaciones, es posible desarrollar ciertos ejercicios, que promuevan nuevamente su impulso. "Este desarrollo de hacerlos más creativos dentro de los parámetros de nuestra naturaleza degradada nos coloca en el límite de ella y nos muestra que hay algo aún más allá" (p.5). Y aquí es donde se pone en juego la recreación, como una de las herramientas para desarrollar la creatividad.

En la vejez particularmente, la recreación o la re-creación "puede significar crear nuevamente, motivar, establecerse nuevas metas, nuevos intereses y estilos de vida y puede considerarse como un proceso terapéutico de restauración" (Lorda, 1993, p.49). Así, la recreación es una parte de materializar la creatividad. Como se explica anteriormente, la vejez es una etapa de cambios, que en muchos casos puede incluir la pérdida de actividades. A su vez, los prejuicios que discriminan y finalmente llevan a los propios viejos y viejas a una auto-discriminación pueden terminar por limitar todo tipo de acciones en la vejez -sumado a una posible pérdida de autonomía a partir de la institucionalización-, conllevando una pérdida de sentido de la vida. Por ello Paola (2015) plantea la importancia de establecer nuevos roles compensatorios, actividades sustitutas, en ese sentido la recreación puede traducirse en una oportunidad de resignificar la vida en la vejez.

La recreación se encuentra formulada actualmente como un derecho de las personas viejas institucionalizadas. El Ministerio de Desarrollo Social aplicó un decreto reglamentario (356/016), que exige la implementación de un proyecto social y cultural en establecimientos de larga estadía.

Entonces, se coloca no sólo como un derecho de las personas viejas institucionalizadas, sino también como un deber que deben cumplir los centros de larga estadía. Sin embargo, aquí no se especifica cómo deben llevarse a cabo las actividades de recreación, cuál es el objetivo de las mismas o cómo se evaluarán. Esto se deja a libre interpretación de los centros, lo cual puede traducirse en un problema, pues la dirección y el personal podrían no estar capacitados para llevar adelante este tipo de proyecto. Si bien en la mayor parte de los establecimientos de larga estadía se realiza algún tipo de actividad recreativa, las mismas suelen estar ejecutadas en términos de "distracción" o entretenimiento. Este último no es considerado como algo negativo para los residentes, pero su sola ejecución, sin ningún proyecto subyacente, objetivos y evaluación, puede llevar a resultados ineficaces.

Uno de los componentes que permite trabajar la recreación es la adaptación. "En la etapa de vejez, la persona se enfrenta a cambios en su ambiente social que requieren de significativos esfuerzos de adaptación" (Lorda, 1993, p.48). La jubilación, la viudez, la institucionalización, son algunos de los cambios que pueden atravesar las personas en la vida, y que necesitarán de una adaptación activa. No se habla de adaptación como una forma de ser funcional ante la institución, a través de una postura pasiva, sino como una manera de aprehender las circunstancias de la vida y transformarlas en algo positivo a través de una postura creativa. Por esto se destaca la importancia de trabajar con la recreación más sobre el proceso que sobre el producto.

Los espacios en los que se produce la recreación, van más allá de un momento de "entretenimiento": son espacios de producción y reproducción social. Pueden entonces, dotar de sentido la vida de las personas involucradas, las cuales podrán configurar su identidad, formas de pensar y accionar, en base a ellas. En estos se puede formar una postura crítica y una apropiación de la propia vejez. "Es necesario entonces tomar los desafíos para la recreación del envejecer en el marco de la contemporaneidad, fortaleciendo un posicionamiento crítico

que reivindique la vejez como un «tiempo y lugar habitable» (Ludi, 2008/2011, p.217-218).

Análisis

A continuación, se realiza el análisis, haciendo énfasis en el Hospital Centro Geriátrico “Dr. Luis Piñeyro del Campo” (HCGPC) como caso de estudio, incorporando los aportes de distintos autores y la mirada de las y los estudiantes que atravesaron la práctica pre-profesional en dicha institución.

Medicalización y “cultura asilar”: aspectos subyacentes en la institución

Como se menciona, la investigación se realiza a partir del análisis de las distintas experiencias de práctica pre-profesional llevadas a cabo en el HCGPC, y para ello se retoman las sistematizaciones correspondientes a cada año de práctica. En primera instancia en estas se puede observar el énfasis que se hace sobre la medicalización presente en la institución, y en la influencia que ejerce en la vida cotidiana de los viejos y viejas que allí residen.

“Existe una gran impronta medicalizadora a la hora de pensar el cuidado humano hacia los adultos mayores en el Piñeyro del Campo, poniendo principal énfasis a los aportes que brinda el saber médico” (Proyecto Integral II, 2012).

“La doctora posee una fuerte influencia sobre los adultos mayores, más allá de lo concerniente a su salud. Muchas veces, es ella quien toma las decisiones de lo que debe hacerse y lo que no” (Proyecto Integral I, 2014).

Esta institución es actualmente un hospital que se encuentra bajo la órbita de la Administración de los Servicios de Salud del Estado (ASSE) y del Ministerio de Salud Pública (MSP), por lo que el saber médico

es el pilar principal. Ello se manifiesta no solo en el hecho de que la dirección se encuentre compuesta únicamente por médicos, sino en aspectos más cotidianos: por ejemplo, el resto del personal –no médicos- también utilizan túnica blanca.

La medicalización se basa en un fenómeno que se encuentra directamente relacionado al avance de la medicina, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y refiere a la expansión de los parámetros técnicos e ideológicos de la medicina al resto de la vida. Aquí “destaca la supremacía del poder médico sobre el resto de poderes y saberes” (Díaz Berenguer, 2013, p.220). Esto se encuentra directamente relacionado con el modelo asilar del que surge el HCGPC. “A comienzos del siglo XX, hemos visto como el lugar del envejecimiento fue pensado desde la perspectiva del cuidado y de la investigación médico-científica, lo cual produjo por un lado mejoras a nivel de la salud y por el otro un particular sentido de la marginación” (Iacub, 2001, p.26).

Si bien el HCGPC ya no tiene carácter de asilo, sino de centro geriátrico, existen algunos componentes de este modelo que persisten hasta el día de hoy. Tal como plantea Aguirre (2018), estos son: “el amparo a una población improductiva con escasa perspectiva de egreso, la fuerte injerencia médica en la dinámica institucional y el control de la vida cotidiana de los residentes” (p.133). La autora plantea la idea de “cultura asilar”, como forma de abordaje ante la población objetivo. Aquí el residente es entendido como un objeto de cuidados, por lo tanto, las principales actividades cotidianas pasan a ser realizadas por el personal. No solo de estas actividades se ven desplazados los sujetos, sino de cualquier decisión sobre su propia vida. Es así que se da un interjuego entre satisfacción de necesidades básicas (alimentación, vivienda, atención médica) y cumplimiento de las normas. En el caso de los residentes del HCGPC, *necesitan* de la institución, pues

sus condiciones materiales y/o simbólicas²⁶ no les permiten satisfacer sus necesidades.

“Lo que logra este tipo de institución es que mediante el control de las personas las mismas acaten sus normas a cambio de cubrir sus necesidades básicas” (Proyecto Integral II, 2016).

Se deben distinguir los términos dependencia y autonomía. Los residentes del HCGPC son en su gran mayoría dependientes en términos de su cuidado, es decir que necesitan apoyo total o parcial en las actividades cotidianas. Sin embargo, continúan siendo sujetos de derechos, que portan autonomía. Dornell (2011) explica que “no perdemos la autonomía, así tengamos una dependencia vinculada a una discapacidad física, motriz, auditiva, visual, actitudinal” (p.70). Como se ha mencionado, en la vejez inevitablemente ocurren cambios, ya sean físicos y mentales, como sociales. Estos cambios impactan de manera diferente en cada persona, por ello juega un papel importante el grado de aceptación de estos. No solo es fundamental la forma en que la propia persona se enfrente ante estas transformaciones, sino también el lugar que el resto de la sociedad le asigna a partir de ellas. “Cuando se otorga un signo negativo a estas transformaciones psico-sociales y biológicas se relega a las personas mayores a una relación de subordinación y pasividad, descalificándolas como sujetos de acción, negando su capacidad de autonomía y participación social” (Amico, 2010, p.54).

Es importante destacar la cultura asilar de origen y la medicalización presente, porque se entienden como causas principales en la limitación de la creatividad de los viejos y viejas. Asimismo, varias de las características de las Instituciones Totales que plantea Goffman (2001),

26 La persona para ingresar al HCGPC debe ser mayor de 65 años de edad, ser usuario de ASSE y tener una dependencia física/intelectual constatada por un médico. Además, debe encontrarse en una situación de precariedad social, entendida esta como la ausencia absoluta y objetiva del entorno socio-familiar e ingresos insuficientes; o encontrarse en situación de emergencia social, es decir sufrir algún tipo de abuso y/o maltrato. Actualmente la mayoría de ingresos se dan por orden judicial.

acompañan esta situación, como por ejemplo las actividades diarias estrictamente programadas. Si bien las rutinas se consideran importantes para todas las personas, porque generan seguridad y contención, no deben eliminar la posibilidad de espontaneidad e intuición. Estas últimas, que forman parte de la creatividad, permiten a las personas enfrentarse a distintas circunstancias de la vida: problemas, decisiones, pérdidas, etc. Existen ciertos prejuicios que plantean que las personas viejas ya no tienen ningún tipo de preocupación o no necesitan resolver problemas, más aún cuando se encuentran institucionalizadas. Sin embargo, siempre existen hechos impensados o desconocidos que se pueden presentar ante la vida de las personas: muerte de un ser querido, problemas en la convivencia con otros residentes, etc., y que necesitan del pensamiento creativo para poder solucionarse o adecuarse a una nueva situación. Quizás estos problemas muchas veces son entendidos como poco trascendentes, pero para la persona que los atraviesa pueden ser significativos e impactar negativamente en su cotidianidad.

La recreación como forma de materializar la creatividad en la institucionalización

Como se plantea anteriormente, en muchas ocasiones las actividades recreativas en las instituciones de larga estadía solo son llevadas a cabo en términos de entretenimiento. Esto ocurre con muchas de las actividades que se brindan en el HCGPC: la mayoría de estas no suelen estar garantizadas en términos de objetivos, planificación y evaluación. En algunas ocasiones son llevadas a cabo por voluntarios o estudiantes, que generalmente no tienen experiencia o estudios previos sobre la temática, lo cual puede traducirse en actividades inadecuadas o poco efectivas. Si bien existen algunas llevadas a cabo por profesionales, son minoría respecto a la cantidad de personas que residen en la institución. Ludi (2008/2011) entiende que esta es una de las mayores debilidades de las instituciones: "la ausencia de RRHH (recursos humanos) capacitados que aporten al desarrollo institucio-

nal a través de: orientación asesoramiento, coordinación y transferencia de herramientas metodológicas-técnicas" (p.216). Por ello es fundamental desarrollar un plan estratégico, valorando las necesidades e intereses -tanto del grupo como de cada miembro-, buscar herramientas pertinentes, relevar y analizar los resultados obtenidos.

En el HCGPC funciona un taller llamado "La Mov-vida", llevado a cabo por estudiantes de Trabajo Social. El mismo se desarrolla en el Pabellón B (Semi-dependientes) y es uno de los pocos talleres fijos con que cuentan quienes allí residen. Uno de los puntos que se destaca en algunas sistematizaciones es la reducida o escasa participación por parte de los viejos y las viejas. Además, esta participación suele ser poco activa o se muestra desinterés ante las propuestas.

"La nula o escasa participación masculina en el taller, así como también rispideces que se generaban en el transcurso del mismo entre los participantes lo cual generaba problemas de integración (...), con el correr del tiempo se dio una baja de concurrencia por parte de los adultos mayores" (Proyecto Integral I, 2015).

Este tipo de talleres puede ser entendido como una oportunidad de promover el pensamiento creativo. Como se ha planteado, la creatividad aparece como una capacidad de todos los sujetos, pero que es necesario estimular. "Evidentemente, si no fomentamos la creatividad, la capacidad creativa dependerá en un todo del talento "natural" (De Bono, 2004, p.66). Ello puede explicar el hecho de que pocos residentes participen de las actividades, o su participación sea pasiva: pasa a estar "en manos" de cada sujeto la participación. Se entiende que quienes participan de las distintas actividades, no solo acceden a una vejez activa, sino que consiguen un sentido de pertenencia y una red de apoyo. Entonces, si bien la institución brinda cierta posibilidad de desarrollar el pensamiento creativo, esta no se presenta como suficiente, y en ocasiones efectiva. Así, la creatividad pasa a ser responsabilidad única del individuo, quedando excluidos quienes no poseen esa capacidad "natural".

Un puente entre el Trabajo Social y la vejez

Todas las etapas de la vida necesitan de una problematización, analizar sus características, el lugar que ocupan en la sociedad, las prenociones que se forman alrededor, las identidades que se construyen, etc.; pero más aún la vejez, por ser una de las etapas de la vida más cargada de prejuicios. El trabajador social necesita aproximarse a esta temática de forma objetiva, deconstruyendo estos prejuicios, que incluso pueden ser portados por sí mismo. Entonces, es importante que cualquier profesional que trabaje con la persona anciana posea una información general con respecto a las características de esta población como un todo, pero es igualmente fundamental que esté alerta a su diversidad (Sánchez Salgado, 2000, p.192).

El Trabajo Social debe promover una visión objetiva ante la vejez, es decir deconstruir aquellos prejuicios negativos que discriminan a las personas viejas, pero también interpelar ciertas prácticas o formas de pensar que infantilizan a la vejez o la colocan en un lugar de extrema bondad. Como se menciona anteriormente, Sánchez Salgado (2000) comenta que a lo largo de la historia las personas viejas han sido discriminadas y excluidas o sobreprotegidas. Esto forma parte del prejuicio que homogeniza la vejez, entiendo que todas las personas viejas son o se comportan de determinada manera.

“Visualizamos como los viejos que participan del espacio-taller tienen interiorizado la imagen que la sociedad, tiene de los viejos, junto al modelo capitalista que ha reproducido sobre el proceso de envejecimiento donde las personas son valiosas en cuanto a lo que producen” (Proyecto Integral I, 2015).

En su práctica, el trabajador social debe intentar romper con las prenociones formadas en torno a la vejez, que no solo las portan las personas jóvenes, sino los propios viejos y viejas. Esto termina condicionándolos en su cotidianeidad, la cual queda limitada por las acciones que determina la sociedad, como adecuadas para la edad, y no por los intereses y necesidades del propio sujeto. Entonces “el objetivo de la metodología

que el trabajador social debe llevar a cabo es poder rescatar el protagonismo de los actores sociales y con ello significar la importancia de la participación de los adultos mayores” (Paola *et al.*, 2003, p.89). Cuando se habla de participación, subyace el concepto de autonomía: el trabajador social en su intervención debe priorizar a las personas viejas como principales partícipes en las decisiones sobre su vida.

Es imprescindible para el Trabajo Social adoptar una posición creativa y receptiva ante las distintas situaciones que se le presenten. Esto permitirá buscar nuevas herramientas y métodos para abordar los distintos problemas. Tanto como para abordar la vejez como las otras poblaciones, no existen respuestas estándares o un manual de soluciones. Cada problemática es distinta y requiere de técnicas y conocimientos específicos. Además, Sánchez Salgado (2000) agrega que las personas viejas “son probablemente el grupo social más diverso para el campo profesional” (p.192). Por eso se necesita recurrir a un abordaje creativo e innovador, que contemple la totalidad de la situación y que esté enfocado necesariamente hacia el bienestar de los sujetos. “La intervención de Trabajo Social con adultos mayores tiene como eje transversal la idea de que cada persona debe tener la oportunidad de desarrollar su potencial y de vivir una vida satisfactoria” (Manzanares y Rodríguez Montañez, 2003, p.122).

El trabajador social debe velar por dar visibilidad a aquellas situaciones que se encuentran solapadas, como es el caso de las instituciones de larga estadía. Al respecto Iamamoto (2003) argumenta que el Trabajo Social al encontrarse inserto en las diversas expresiones de las relaciones sociales de la vida cotidiana, puede conocer las múltiples formas en que se manifiestan las desigualdades sociales, la discriminación y la vulneración de derechos. En este sentido, es importante para el profesional del Trabajo Social, desnaturalizar aquellos fenómenos que aparecen como absolutos. La institucionalización aparece hoy en día como una de las prácticas para afrontar la vejez dependiente, y como una de las pocas alternativas posibles en la esfera del cuidado. Pero cabe preguntarse, ¿debería ser la única opción de cuidado a largo

plazo?, ¿están dadas las posibilidades para crear nuevas alternativas para el cuidado en la vejez?

Considerando que las posibilidades de dependencia aumentan en los últimos años de vida, se deben diseñar estrategias de cuidado que contemplen las distintas necesidades de las personas. Sin embargo, esta no es la única esfera que debe considerarse al hablar de vejez: es imprescindible crear políticas sociales que garanticen los derechos, otorgando la misma importancia a aquellos que son materiales como a los que no lo son. Por ello la institucionalización de las personas, debería presentarse como una forma de cuidado integral, ampliando el espectro que actualmente solo considera con mayor importancia las necesidades básicas.

La recreación como herramienta para el Trabajo Social

Como se menciona anteriormente, la recreación es un punto que necesariamente debe ser abordado cuando se habla de vejez. Actualmente se encuentra decretada como un derecho de las personas viejas institucionalizadas, pues tiene directa relación con una buena calidad de vida. La recreación, es una forma de materializar los procesos creativos de las personas: ya sea a través de actividades que involucren lo físico como lo mental.

Si bien cada persona puede decidir qué hacer con su vida, para poder tomar decisiones debe tener la mayor cantidad de herramientas y opciones disponibles. La vejez se caracteriza muchas veces por una gran cantidad de tiempo de ocio, más aún en aquellas personas que están institucionalizadas: por falta de recursos del establecimiento, contacto limitado con el exterior, etc. Según Mariño (2004) el exceso de este puede ser algo negativo, en la medida en que “esta cantidad de tiempo libre de la que dispone la persona, puede transformarse en un motivo de desvalorización, en la idea de que lo que hacemos no es útil (...) idea que no hacen sino menoscabar nuestra autoestima” (p.25). Se puede generar una falta de capacidad creativa (y por lo tanto dificultades para

enfrentar cualquier tipo de problema), si la institución en que se encuentra la persona no garantiza las herramientas y posibilidades suficientes. Por esto se entiende la recreación como una parte fundamental de la cotidianidad de las personas viejas institucionalizadas.

“El viejo en muchas oportunidades se encuentra solo y angustiado, tanto que los talleres pueden significar la ampliación de su campo de los posibles, al poder contar con un espacio y con un grupo de pertenencia” (Proyecto Integral II, 2016).

En la vejez, así como en otros momentos de la vida, la recreación no solo implica una forma de ocupar el tiempo libre de la persona, sino también puede representar una herramienta para trabajar sobre distintas problemáticas. Según Guerrini (2010) “la recreación en los adultos mayores tiene como objetivo principal la praxis de una educación permanente que prioriza en cada actividad la apropiación que el adulto mayor pueda realizar de sus aprendizajes significativos para el uso de su tiempo libre” (p.8). Este permite asegurar las condiciones para el desarrollo y por consiguiente mejorar su calidad de vida.

Asimismo, la recreación podría implicar un trabajo en grupo, lo que para la vieja o viejo institucionalizado puede traducirse en una red de intercambio, apoyo y proyección. La actividad grupal “permite a los adultos mayores establecer contactos sociales, desarrollar nuevas destrezas o mantener las que se poseen, ayudar a otros miembros a mirar los asuntos desde otras perspectivas” (Sánchez Salgado, 2000, p.203). Estas actividades, según Sánchez Salgado (2000) están compuestas de una carga simbólica que favorece la auto-comprensión, permitiendo un desarrollo personal “este desarrollo se refiere a las oportunidades de desarrollo intelectual, de expresión, actividad productiva y conciencia de sí mismo” (p.197). Asimismo, en tanto seres sociales, las personas necesitan de vínculos interpersonales, y la recreación puede convertirse en una forma de trabajar este aspecto. En la investigación realizada por el colectivo Urbano (2017), se señala que a través de “a través de la habilitación de espacios de creación,

desbloqueo y exploración de las potencialidades creadoras del individuo y del colectivo, se promueven búsquedas creativas para la salida de los conflictos sociales, fomentando asimismo relaciones de cooperación y diálogo” (p.12). Estos espacios posibilitan al sujeto una suerte de emancipación, pero a la vez de introspección, volviéndose a valorar como un ser creativo, deseante y sensible.

“Una de las limitantes que la estudiante observa es que para que se promueva una participación activa de los adultos mayores deberían tenerse en cuenta sus intereses, aspiraciones y deseos. Al ser siempre los mismos talleres, a los usuarios les resulta algo tedioso convirtiendo su vida cotidiana en el Centro, monótona” (Proyecto Integral II, 2015).

Entonces, la recreación puede devenir en una herramienta para el trabajo de la creatividad en las personas viejas. Pero para que así sea, debe estar formulada en términos específicos: valorar el contexto en que se inscribirá la actividad, considerar las necesidades e intereses de las personas involucradas, planificar la actividad, evaluar los resultados, diseñar estrategias futuras. Además, la persona que la lleve a cabo, deberá tener no solo conocimientos y experiencia sobre el tema a tratar, sino también sobre la población objetivo, en este caso sobre las personas viejas. Tal como plantea Ludi (2008/2011), la capacitación resulta fundamental incluso cuando se trata de profesionales, pues estos “participan consciente e inconscientemente de la conducta social viejista/edadista, interviniendo muchas veces desde el desconocimiento” (p.217). Además, no se trata aquí de llevar a cabo actividades de manera automática, sin valorar el contexto: la realidad se encuentra en cambio constante dentro de una institución, aun cuando las personas sean las mismas.

La creatividad como categoría emergente en el Trabajo Social

La creatividad puede analizarse desde muchos puntos de vista. Aquí interesa no solo destacar la posibilidad de desarrollo de la creatividad

en las viejas y los viejos institucionalizados, sino también del Trabajo Social, el cual requiere de la misma para poder intervenir en las situaciones de estos sujetos. Para que el trabajador social promueva prácticas creativas, es necesario dar cuenta de su propia necesidad de creatividad.

Varios son los autores que retoman la idea de creatividad dentro del Trabajo Social. Iamamoto (2003) argumenta que el trabajador social contemporáneo debe ser “un profesional sintonizado con el análisis de los procesos sociales tanto en sus dimensiones macroscópicas como en sus manifestaciones cotidianas, un profesional creativo e inventivo” (p.66). Esta profesión necesita de una reflexión constante pues está inscripta en la dinámica social e histórica. Se necesita de un profesional que apele al pensamiento creativo, que pueda atravesar aquellos fenómenos que aparecen como absolutos. Necesita adaptarse a las diferentes situaciones, considerando que la realidad se encuentra en constante cambio, y encontrar herramientas creativas para presentar posibles soluciones a los problemas. “Eso requiere acompañar la dinámica de los procesos sociales, incluso es una condición para aprehender las problemáticas cotidianas que circunscriben el ejercicio profesional” (p.71). En la intervención profesional se juegan decisiones éticas, que repercutirán en la vida del otro. Aquí es imprescindible entender a las personas como sujeto de derechos, lo que implica valorar su palabra, priorizar sus necesidades, garantizar su autonomía, por ello se destaca la importancia de trabajar *con* el sujeto, y no *para* el sujeto.

Un punto fundamental de la profesión, es que necesariamente debe incorporar un enfoque ideológico-ético-político, y esto conlleva una inherente relación con lo creativo. Ludi (2012) destaca la necesidad de posicionarse desde una lógica de Derechos: “Hoy tenemos la posibilidad de clarificar nuestros modos de ver, para redireccionar prácticas mecanicistas; rutinarias; basadas en la relación demanda-recursos; en la burocratización de la gestión (p.54).

El Trabajo Social en su historia profesional ha necesitado de una mirada y una actitud creativa, para poder romper con aquellas cuestiones que aparecen como absolutas. Muchas veces en su práctica el trabajador social utiliza la creatividad sin ser consciente de ello. Según Moccio (1991), toda práctica creativa escapa de la resignación, y precisamente esto es lo que permite que el trabajador social devenga en un profesional empático, comprometido y sensible ante las distintas realidades que se le presentan. Para poder analizar e intervenir en la realidad, necesita poner en cuestión todo lo que lo rodea, pues la creatividad también implica una mirada crítica y emancipadora.

Reflexión final

A lo largo de este artículo se ha buscado poner el énfasis principal en el desarrollo de la creatividad humana, especialmente en la etapa de la vejez, particularizada en la situación de los residentes del HCGPC. Para ello se han articulado por un lado los aportes de distintos autores, provenientes de ramas diferentes para desarrollar los principales constructos teóricos, y por otro la visión de los estudiantes que han atravesado sus prácticas pre-profesionales en el HCGPC, la cual conformó la muestra de la investigación. Respecto a esta última, se han encontrado varios puntos de encuentro en relación a la perspectiva de esta investigación, así como puntos de disidencia, en los que se ha planteado una visión contrapuesta. Asimismo, en este trabajo se han realizado aproximaciones teóricas que revelan puntos de conexión entre la hipótesis inicial y el posterior análisis.

Como se mencionó anteriormente, la creatividad es una facultad humana natural, por lo que cualquier persona puede disponer de ella. Sin embargo, pueden existir ciertos factores que limiten su desarrollo. Así, en cuanto la institucionalización se transforma en un dispositivo de encierro, condiciona la creatividad; lo cual se puede analizar desde la teoría de la Institución Total (Goffman, 2001). A ello se le suma la colonización del saber médico sobre la vida cotidiana, que se puede

entender a través de la “cultura asilar” (Aguirre, 2018). Todos estos factores pueden reducir y hasta eliminar la creatividad en un sujeto, si no se brindan las herramientas necesarias para contrarrestarlos. Aquí también subyacen los prejuicios sociales, que plantean una vejez enferma, inactiva, heterónoma y poco creativa, que terminan por discriminar y marginar a las personas viejas. En muchas ocasiones las instituciones materializan este tipo de prejuicios, interviniendo mediante prácticas que limitan o niegan la creatividad. Esto puede ser entendido como una vulneración de derechos, pues únicamente se consideran relevantes los que refiere a la esfera material, quedando por fuera aquellos más subjetivos. Ello afecta no solo a la calidad de vida, sino también a “la construcción de los esquemas de autopercepción y autovaloración de las personas mayores y (...) la construcción de la subjetividad de los mismos” (Canal, 2015, p.306). Así, la persona vieja termina por configurar su identidad en base a los prejuicios que lo rodean. Por esto cabe preguntarse, ¿hasta qué punto la capacidad creativa de los viejos y viejas está limitada por los prejuicios?

La vejez, al igual que las otras etapas de la vida, puede presentarse como un momento fecundo y creativo. El propio proceso de envejecimiento deviene como proceso creativo, en el que cada persona se crea a sí misma, instituye sus pensamientos y sus actos, y a través de ellos conforma su entorno. “Deberíamos pensar de esta manera el envejecimiento personal, como un acto creativo que nos recrea a nosotros mismos y que nos vuelve otros” (Iacub, 2001, p.135); y por ello mismo las herramientas y experiencias acumuladas, son las que permiten a cada sujeto configurar de determinada manera su última etapa de la vida. Entonces, “para que la vejez no sea una parodia ridícula de nuestra existencia anterior no hay más que una solución y es seguir persiguiendo fines que den un sentido a nuestra vida” (De Beauvoir, 2012, p.667). La edad como categoría independiente, que no debe determinar el desarrollo de la creatividad, la creación de proyectos, la participación y la búsqueda de sentido. Así, la muerte social no debe anteceder a la muerte biológica. A su vez para ello la

sociedad debe comprometerse para permitir este espíritu creador en las personas viejas.

Por otro lado, como se ha mencionado, una de las formas de atravesar la vejez es a partir de la institucionalización, una estrategia de cuidado, que en ocasiones se puede traducir en una limitante en el desarrollo de la creatividad. En este sentido, se trata de encontrar las mejores alternativas para el cuidado en la vejez. En el caso de la institucionalización, esta debe potenciar las capacidades y priorizar las necesidades e intereses de cada viejo o vieja, pero también promover un sentido de grupo, que ejerza de red de apoyo y contención. Teniendo en cuenta que la persona pasará allí el resto de sus días, se debe garantizar la calidad de vida y el pleno ejercicio de sus derechos, más aún cuando se trata de personas cuyos derechos han sido vulnerados a lo largo de su vida. “Una institucionalización no debe estrechar el horizonte ni limitar la esfera de la vida, sino que debe contribuir a ampliarlo y proporcionarle a las personas ancianas una serie de oportunidades que de otra manera no podrían disfrutar” (Sánchez Salgado, 2000, p.159). Así, la institucionalización puede verse como una oportunidad para trabajar sobre aspectos de la vida que de otra manera serían vulnerados. Las instituciones geriátricas pueden estar enfocadas desde distintas visiones y objetivos, sin embargo, deben garantizar un cuidado integral, que contemple la totalidad de aspecto de la vida. En el caso del HCGPC, como institución médica, no se debe perder de vista aquellos aspectos que están por fuera de lo estrictamente sanitario. Es fundamental reconocer que “la calidad de vida no es menos importante que la longevidad” (Paola *et al.* 2003, p.135). No se trata de transformar la vida en una prolongación de esta o de reducirla simplemente a la supervivencia, sino de potenciar aquellos aspectos más subjetivos, que refieren al amor, a la participación, a la búsqueda de sentido, y sobre todo a la dignidad y autonomía.

Desde la profesión es imprescindible reconocer que la intervención se construye día a día, cada acción determinará el futuro de los sujetos involucrados, y por ello se necesita desempeñar prácticas conscientes, in-

tencionadas, comprometidas y objetivas. En este sentido, la intervención no puede ser otra que una intervención creativa, diseñada especialmente para cada situación específica, que priorice las necesidades de cada sujeto, y que sepa articular los distintos recursos disponibles. Entonces, como profesionales es fundamental “la búsqueda de intersticios donde podamos plasmar acciones y estrategias creativas e innovadoras en pos de los derechos de los sujetos, que se inscriban material y simbólicamente en la escena pública (Molina, Criado, Cimatti, 2011, p.213).

Poniendo especial atención en la vejez, se puede observar que las condiciones de existencia de la misma se ven representadas por prejuicios y estereotipos, y en casos más extremos, por vulnerabilidad y violencia. El Trabajo Social debe poner especial atención en este sector de la población, por un lado, en las condiciones materiales, diseñando y garantizando las políticas sociales, y por otro, vincularse con las dimensiones que refieren a aspectos no materiales del sujeto. Para ello debe utilizar herramientas creativas y así poder acceder a los intereses y necesidades reales de cada persona.

Bibliografía

Aguirre, M (2018). *La institucionalización de la vejez en Uruguay: del Hospital de Caridad a las “casas de salud”. Las leyes y las fundamentaciones que la hicieron posible*. Doctorado en Ciencias Sociales con especialización en Trabajo Social. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.

Amico, L (2010). *Envejecer en el siglo XXI: “No siempre querer es poder”*. Revista regional de trabajo social. Año XXIV nº48. Editorial Eppal. Uruguay

Batthyány, K; Cabrera, M; Alesina, L; Bertoni, M; Mascheroni, P; Moreira, N; Picasso, S; Ramírez, J; Rojo, V (2011). *Metodología de la investigación en Ciencias Sociales. Apuntes para un curso inicial*. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay

Bórquez, M; Gurman, L; Pinagua, V; Portela, A (2012). *El taller literario en el Hogar de Día N° 17 Área Programática del Hospital J.M. Ramos Mejía*. En: Paola, J; Danel, P; Manes, R. *Reflexiones en torno al trabajo social en el campo gerontológico: tránsitos, miradas e interrogantes*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina

Butler, R (1973). En: Levin, S y Kahana, R.J. *Los procesos psicológicos en el envejecimiento. Creatividad, reminiscencia y muerte*. Ediciones Hormé. Buenos Aires, Argentina.

Canal, M (2015). *Procesos socioculturales y subjetivos del envejecimiento y la vejez*. En: Paola, J; Tordó, M; Danel, P. *Más mayores, más derechos. Diálogos interdisciplinarios sobre vejez*. Editorial de la Universidad del Plata. Buenos Aires, Argentina.

De Beauvoir, S (2012). *La vejez*. Random House Mondadori. Debolsillo. Buenos Aires, Argentina.

De Bono, E (2004). *El pensamiento creativo. El poder del pensamiento lateral para la creación de nuevas ideas*. Editorial Paidós. México, México D.F.

Díaz Berenguer, A (2013). *Barrán y el poder médico*. Revista de la Biblioteca Nacional N° 8. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.

Dornell, T (2011). *La complejidad en los Cuidados: una cuestión de responsabilidad social compartida*. En: Carrasco, A; Delfino M; González, P; Margel, G; Pi, M; (2011). *El cuidado humano. Reflexiones (inter) disciplinarias*. Facultad de Ciencias Sociales. Montevideo, Uruguay.

Goffman, E (2001). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires, Argentina

Guerrini, M.E (2010). *La vejez. Su abordaje desde el Trabajo Social*. Revista Margen N°57. Buenos Aires, Argentina.

Iacub, R (2001). *Proyectar la vida. El desafío de los mayores*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, Argentina.

Iamamoto, M. (2003) *El servicio social en la contemporaneidad. Trabajo y formación profesional*. Cortez Editora. San Pablo, Brasil.

Lorda, C. (1993) *Recreación para el trabajo social con tercera edad*. Ediciones Sport. Montevideo, Uruguay.

Ludi, M.C (2012). *Claves, problemáticas y desafíos para Trabajo Social en el campo de la Vejez*. En: Paola, J; Danel, P; Manes, R. *Reflexiones en torno al trabajo social en el campo gerontológico: tránsitos, miradas e interrogantes*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina

Ludi, M.C (2005). *Envejecer en un contexto de (des)protección social*. Editorial Espacio. Buenos Aires, Argentina.

Ludi, M.C (2008/2011). *Envejecimiento y Vejez. Espacios socio-educativos-culturales en el proceso del envejecimiento de viejos/as de sectores de pobreza de*

la ciudad de Paraná. Un estudio desde Trabajo Social. En: Dornell, T; Mauros, R; Stemphelet, S; Sande, S (comp.) (2015). *Debates regionales en torno a la vejez: Una aproximación desde la academia y la práctica pre-profesional*. Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales. Editorial Trandico. Montevideo, Uruguay.

Manzanares, A; Rodríguez Montañez, Y (2003). *Intervención de trabajo social con adultos mayores*. Revista de Trabajo Social N°5.

Mariño, R (2004). *Vivir con alegría la tercera edad*. Ediciones Polifemo. Uruguay.

Molina, C; Criado, A; Cimatti, V. En: Paola, J; Tordó, M; Danel, P (2015). *Más mayores, más derechos. Diálogos interdisciplinarios sobre vejez*. Editorial de la Universidad del Plata. Buenos Aires, Argentina.

Moccio, F. (1991). *Hacia la creatividad*. Buenos Aires, Argentina.

Najmanovich, D (2001). *Pensar la subjetividad. Complejidad, vínculos y emergencia*. Utopía y Praxis Latinoamericana, vol. 6, n° 14. Universidad de Zulia. Maracaibo, Venezuela.

Paola, J; Penas, L; Fernández, M, Pérez, O; Martínez, L; Demarco, M (2003). *Construyendo el trabajo social con adultos mayores. Realidad y análisis de los Centros de Día*. Editorial Espacio. Buenos Aires, Argentina.

Paola, J (2015). *Hacia una intervención crítica del Trabajo Social en el campo gerontológico*. En: Paola, J; Tordó, M; Danel, P. *Más mayores, más derechos. Diálogos interdisciplinarios sobre vejez*. Editorial de la Universidad del Plata. Buenos Aires, Argentina.

Remedi, G (2008). *¿Esqueletos en el ropero? Los derechos humanos desde la cultura*. Cuadernos del CLAEH n°96-97. Montevideo, Uruguay.

Salvarezza, L (1998). *La vejez. Una mirada gerontológica actual*. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

Sánchez Salgado, C (2000). *Gerontología social*. Espacio editorial. Buenos Aires, Argentina.

Sande, S (2018). *La anticipación de la vejez en la mediana edad*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, especialización en Trabajo Social. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.

Urbano (2017). *Memorias de una experiencia*. Montevideo, Uruguay.

Winnicott, D. (2007). *Realidad y Juego*. Editorial Gedisa. Barcelona

Yentzen, E (2003). *Teoría general de la creatividad*. Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 2, n° 6. Universidad de Los Lagos. Santiago, Chile.

EL PROGRAMA ANCESTRAS: VEJECES EN(CLAVE) FEMINISTA

Mónica Navarro²⁷

Resumen

El programa Ancestras constituye una propuesta innovadora dentro de la Carrera de Especialización en Intervención y Gestión Gerontológica de la Universidad de Tres de Febrero (UNTREF) y ha resultado de gran impacto territorial. Su creación deviene de una trayectoria de formación interdisciplinar en el que la centralidad del género ha sido de gran importancia. Una cuestión fundamental es reconocer que las vejeces de las mujeres se construyen históricamente y reciben el legado de siglos de malestar y sufrimiento en un orden patriarcal que ha limitado sus vidas y determinado sus biografías por el sólo hecho de ser mujeres. En este trabajo nos proponemos reflexionar acerca de los instrumentos teóricos que confluyen en este desarrollo y sobre algunas de las actividades que han formado parte de esta propuesta. Las voces plurales de las mujeres mayores traen luz sobre muchos

27 Mónica Navarro. Asistente Social, Psicóloga, Especialista en Psicogerontología, Especialista en Sistemas de Salud y Seguridad Social, Diploma Superior en Salud Internacional y Soberanía Sanitaria, doctoranda en Sociología. Cuenta con una amplia experiencia tanto académica como de Gestión en Salud y Políticas Sociales dirigidas a Personas Mayores desde 1988 a la actualidad. Desde 2010 se desempeña académicamente en la Universidad Nacional de Tres de Febrero como docente y directora de la Carrera de Especialización en Intervención y Gestión Gerontológica. Co directora de la Diplomatura El cuidado de Personas Mayores y su Organización Cooperativa. Es la creadora y directora del Programa Ancestras, en la misma universidad.

aspectos de la cuestión de género que hasta ahora estaban limitados a otras edades. En estos momentos de la lucha feminista, podemos decir que se ha revelado de forma clara, que las mujeres contemporáneas les debemos nuestra conciencia y rebeldía a aquellas que nos antecedieron, a nuestras ancestras. En último lugar hacemos un recorrido sobre la experiencia del programa durante la pandemia haciendo referencia a algunas de las actividades que se realizaron a partir de esta propuesta. Hemos decidido que en cada apartado se encuentren las voces de las participantes de los cursos de género como parte de la evaluación del dispositivo de educación sexual, de esta manera las tenemos aquí presentes enunciándose, nombrándose Ancestras.

Palabras claves: Vejez – Envejecimiento – Género - Educación

Introducción

Para mi ancestras es un espacio de pertenencia, es un espacio donde me encuentro y me encuentro con otras mujeres, donde resignifico mi vejez, mi “ser mujer”, mi identidad como persona, de reencuentro y de resignificarme y de escucha, es un lugar donde yo vengo y me siento relajada, me siento yo y me veo en cada una de todas las que estamos.

La creación y puesta en marcha del Programa Ancestras cuenta con raíces epistémicas y genealógicas que provienen de recorridos gerontológicos y feministas situados en experiencias territoriales. Estas trayectorias fueron sedimentando y generando la necesidad de elaborar constructos que pudieran dar cuenta de cómo pensar las vejezes de las mujeres mayores y de sus intereses, inquietudes, frustraciones, contradicciones y deseos.

La palabra ANCESTRAS como denominación del programa es parte de una elección intencionada que logra sintetizar una visión sobre la historicidad de la vejez en las mujeres, se trata de un significativo potente, capaz de condensar sentidos en lo que pudiera, en primer lugar, identificarse una rebelión contra la ideología patriarcal en el lenguaje que no nombra a las mujeres mayores. Esta palabra no existe en

el diccionario de la RAE, donde la norma constriñe a usar “ancestro” o “ancestros”, dejando fuera a las mujeres que nos han antecedido en la vida y que han hecho posible que hoy estemos aquí.

De manera que, resistiendo desde el lenguaje al patriarcado, (Navarro,2019) recuperamos lo señalado por Marcela Lagarde (2012:106)

Es un derecho humano de las mujeres saber cuáles son los recursos y las vías para avanzar en el propio desarrollo. Y para ello es preciso lograr el derecho a que cada mujer tenga conciencia de su ser y su mismidad, conciencia biográfica y conciencia histórica de género. Las mujeres precisamos saber que no somos huérfanas, que tenemos ancestras y que si estamos aquí ha sido entre cosas, por los afanes de nuestras madres y nuestras antepasadas, tanto como por los esfuerzos de nuestras contemporáneas.

Podemos decir entonces, que nuestro propósito es resignificarla palabra Ancestras desde el género y llevarla a construir sentido en el campo de las vejezes (Lalive d’Epinay,1983).

Partiendo de esta apuesta, nuestro objetivo se centra en la construcción de herramientas educativas capaces de potenciar la deconstrucción del doble sesgo de género y edad, contribuyendo de esta forma, al desarrollo subjetivo y colectivo de vejezes libres de opresiones.

Reconocemos que la intersección género y edad es una entre tantas posibles, por lo tanto, no dejamos de lado los efectos de las opresiones de clase, la raza, la etnia, el territorio, o las derivadas del capacitismo. Nos centramos en esta intersección para poder dirigir acciones comunitarias en articulación con las herramientas teóricas que forman parte de nuestro interés investigativo.

El programa se inserta en la universidad, particularmente, desde una carrera de posgrado en gerontología, algo poco usual. En la articulación como actividad de extensión universitaria intenta abrir un espacio de abordaje territorial en el que los saberes resistan la jerarquización excluyente, constituyendo de esta manera, un modo particular

de concebir la educación y el lugar de la academia en la comunidad. Podríamos graficar este proceso como si se tratara de un puente, que intenta revertir la direccionalidad hacia afuera desde la universidad a la comunidad y construir una vía en múltiples direcciones y sentidos donde las protagonistas son las mujeres.

La convocatoria a participar de los encuentros y cursos tiene una característica que resulta central: está dirigida a mujeres mayores y abierta a mujeres de todas las edades: alumnas, docentes, vecinas, militantes de género y de movimientos sociales, artistas, activistas, miembros de centros de jubiladas/os, y, muy especialmente, aquellas que nunca accedieron a actividades de encuentros de este tipo en los barrios o espacios urbanos y suburbanos.

Esta invitación diversa e intencional es parte de un trabajo territorial de identificación de las féminas que habitan los territorios y de trabajar en la propuesta local de inclusión en espacios que usualmente no habitan, y como modo de hacer posible un diálogo entre distintas experiencias en el género atravesadas por múltiples causas de subordinación.

Hasta 2020 el programa había impactado, en forma presencial, en alrededor de mil mujeres en diferentes encuentros realizadas en el corto tiempo de desarrollo del programa. La concurrencia de muchas madres e hijas de diferentes edades resultó una constante y la heterogeneidad de los grupos demostraron que las experiencias de encuentro resultaron particularmente enriquecedoras.

Las resonancias y multiplicaciones que han generado las distintas actividades realizadas encarnan vivencias de alta intensidad, producto de la heterogeneidad de voces, algunas que por primera vez se hacen escuchar para compartir y producir saberes colectivos.

Desde el inicio de la pandemia el programa ha construido herramientas virtuales trans territoriales que se orientan a acompañar a las mujeres que han encontrado en él un espacio de sororidad y sostén.

Trataremos de acercarnos a esta experiencia transformadora en los apartados que siguen.

Desarrollo

Ancestras, el linaje de género

A mi muchas veces me preguntan qué es “ancestras”, y siempre digo que es un espacio real con mujeres reales que compartimos nuestras vivencias y que experimentamos sobre todo el placer de escuchar a la otra, de respetar a la otra, si hay alguna compañera donde vivimos todas -todes- tan apurados que nadie se escucha, es un lugar donde se escucha, es un lugar real.

Para poder dar cuenta de la importancia de la mirada historizante en el género, resulta importante señalar los efectos producidos por los contextos socio-históricos durante los que las mujeres mayores de hoy han sido socializadas.

En Argentina los años sesenta constituyeron una época “bisagra” entre el auge del modelo de la domesticidad y la consolidación de pautas de organización familiar sobre nuevos presupuestos como el divorcio, la integración de la mujer al mercado de trabajo, la difusión de las uniones consensuales y la natalidad fuera del matrimonio, (Cosse,2007:2).

Pero también se trata de las generaciones de mujeres que abrazaron los ecos del feminismo que llegaban de otras tierras y fueron parte, en un momento donde en América del Sur avanzaban los gobiernos militares y la represión más sangrienta que hemos conocido, las bases de una corriente que crecería en forma constante hasta alcanzar la marea feminista que hoy reconocemos en Argentina.

Esas mujeres que fueron en busca de más derechos, son las pioneras de los movimientos feministas que han luchado contra la discriminación de género desde distintos lugares y que produjeron acciones que posibilitaron las luchas y logros actuales. Tales como han sido los

Encuentros Nacionales de Mujeres desde 1986, desde el año 2005 la conformación de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito que hoy ya es Ley o el movimiento Ni una Menos en 2015.

Nuestras ancestras en el género, han sido quienes han transmitido desde tiempos inmemoriales su malestares, resistencias y deseos de equidad. También transmitieron su furia, su fuego, que ha crecido y permanecido encendido hasta hoy.

De manera que lo primero a desarmar es la idea de que las mujeres aceptamos sin más el modelo obediencia y abnegación que hemos recibido desde el orden normativo de la sociedad y al que hemos estado expuestas a través de los constantes intentos de docilización que el patriarcado instrumenta a través de los distintos mecanismos de poder que pueden verse, por ejemplo, en los medios de comunicación, en las instituciones y se instalan en las subjetividades.

El pensamiento feminista caracterizado como la segunda ola, en sus términos más generalizados, no tardó en recibir críticas de las mujeres que encontraron un corte etnocéntrico que no daba cuenta de la subordinación que se produce entre las mujeres, (Lozano, 2010: 13).

Audrey Lorde en su presentación “Las herramientas del amo no destruirán la casa del amo”, realizada en el Congreso del Segundo Sexo, Nueva York, 29 de septiembre de 1979 pregunta:

¿cómo explicas el hecho de que las mujeres que os limpian la casa y cuidan a vuestros hijos mientras vosotras asistís a congresos sobre teoría feminista sean, en su mayoría, mujeres pobres y mujeres de Color? ¿Qué teoría respalda el feminismo racista?

Ese feminismo para “no todas” fue recibiendo los embates de aquellas que no se sentían representadas, y, las mujeres negras, fueron quienes comenzaron una gesta que hoy encuentra nuevas maneras de abordar el género como construcción analítica y en las luchas de género en los territorios. Aquellas no contempladas por el feminismo

blanco de clase media han dado lugar a repensar los feminismos, en plural y la búsqueda de nuevas herramientas epistémicas y de lucha contra el patriarcado.

Las feministas indígenas del Abya Yala²⁸, asumiendo el feminismo como un movimiento plurinacional, sostienen que las estructuras de opresión son históricas y son resultado del pacto colonial entre los patriarcas pre coloniales y los colonizadores. Lo que Paredes denomina “el entronque o la yuxtaposición patriarcal” (Paredes, 2010: 66).

En este contexto de análisis no puede afirmarse que todas las mujeres mayores resultan oprimidas por igual, es preciso considerar que la opresión de género presenta muy diversas formas tal como ya hemos señalado.

Ciertamente, no todas las mujeres mayores pueden ser consideradas igualmente oprimidas por el patriarcado, resultaría sumamente complejo determinar la situación de opresión en ciertos casos, pero, la edad, siempre afecta la posición social de las mujeres, mucho más que a los varones. Resulta más claro en sentido inverso: una mujer pobre racializada resulta ser más vulnerable en la vejez que otra de un sector económico de altos ingresos. Sin embargo, ambas padecen una mayor discriminación que un varón de su mismo estatus social. (Navarro,2019:49).

Siendo que las mujeres en la región constituimos el colectivo de mayor vulnerabilidad y las mujeres mayores en mayor medida, cuando pensamos en la discriminación por edad tenemos presente los grados más extremos del edadismo y el sexismo en nuestras ancestras y contemporáneas.

Esta marea feminista, no se trata de una moda, ni una nueva ola, como dice Claudia Korol: “Es un movimiento rebelde en el que los cuerpos

28 Abya Yala es el nombre puesto por el pueblo kuna, habitante de Panamá y de Colombia, al continente, y tiene distintos significados: sangre que corre libre, tierra viva, tierra que florece. En <https://www.nodal.am/2019/10/el-feminismo-desencubriendo-el-abya-yala-por-claudia-korol/>

plurales y diversos y las diferentes luchas buscan su lugar, y exigen ser nombradas”.

De esta manera, comprendemos que ANCESTRAS, con mayúsculas, somos todas las mujeres en el linaje de sangre que tenemos descendencia, pero hay un linaje mayor que nos estuvo negado, obstaculizado, reprimido por el poder colonial y es aquel que nos une en tanto mujeres, víctimas de la opresión, el linaje de género.

Ancestras como trataremos de mostrar en este trabajo es una producción situada políticamente, territorialmente en clave feminista, pero también, jugando con nuestro título, puede decirse que ha construido un enclave²⁹ social, feminista, que, como enmarcamos en cada encuentro: se trata de un espacio libre de sesgos de género y edad. Un espacio para desestabilizar, experimentar y producir otras vejeces posibles.

Vejeces construidas socialmente

Fui invitada por mi hija, Andrea, a escuchar charlas que daban en la facultad. Yo le contesté que sí, y a partir de ese momento vine a las clases dos años. Y entonces vine aprendiendo, junto a ustedes, valores de la vida que a mis noventa y un (91) años no sabía, y por su gran trabajo y entrega a enseñarnos: ¡gracias totales!

Las vejeces no son sólo producto del paso del tiempo sobre las personas y las sociedades, constituyen fenómenos relacionales que se construyen en diálogo con la cultura y en interjuego con la complejidad misma de la vida humana. Se trata de un proceso que en simultáneo conjuga lo social y lo subjetivo, lejos de tratarse de una mutación

29 Enclave según el diccionario de la RAE. Del fr. *enclave*, der. de *enclaver* «contener», «cercar», «encerrar», y este del lat. mediev. *inclavare* «encerrar».

1. m. Territorio incluido en otro con diferentes características políticas, administrativas, geográficas, et.

2. m. Grupo étnico, político o ideológico inserto en otro y de características diferentes.

biológica, envejecer es ser junto a otras/os durante mucho tiempo en un devenir en permanente transformación.

Como la historia no se construye por fuera de la/os sujeta/os, en las vejez interactúan pasado y presente asociados a unas determinadas condiciones de existencia en la producción de habitus:

El habitus se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles -estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir, (Bourdieu, 1972: 178).

Esta construcción histórica del habitus se produce, cada vez, durante vidas más largas incorporando el pasado en el presente, entretejiendo vidas en tramas complejas. En ese proceso, esta matriz en permanente cambio, da lugar a que la acción transforme, abra la posibilidad de alternativas a las representaciones y prácticas, escapando a la determinación. Desde esta conceptualización, es posible incorporar el cambio a partir de la acción, y en ese sentido orientamos nuestras intervenciones desde el Programa, en producir la desestabilización de esos patrones de comportamiento, estereotipos y prejuicios que consolidan una sociedad viejista y machista.

Si tenemos presente que las mujeres mayores han sido socializadas en un patrón tradicional de amor romántico como modelo de expresión de los afectos (Scott, 1993) y una sobre inscripción de la maternidad como objetivo esencial de sus vidas en detrimento de otras identidades posibles, resulta necesario interpelar a la experiencia de las mujeres en relación a las transformaciones que se han producido en torno a esos mandatos y a los nuevos derechos de los que gozan en la actualidad , producto de la lucha de las mujeres.

El tabú de la sexualidad, la represión en torno a los deseos y expresiones de la sexualidad en las mujeres forman parte de una serie de múltiples determinaciones que son mucho más que un contexto en el que se han producido las vejez de las mujeres. Los mandatos sociales de sumisión y pasividad, como hemos referido han condicionado fuertemente las biografías de muchas mujeres y en el caso de quienes han decidido desafiarlos han recibido maltrato, violencia o discriminación.

La gerontología feminista, en la elocuente expresión de Anna Freixas, (2009) y nuestras propias investigaciones, han demostrado que la sexualidad de las mujeres mayores es el secreto mejor guardado: Hay un silencio denso en torno a la vida sexual de éstas, a pesar de la evidencia científica que confirma que la edad no supone una dificultad para sus deseos y posibilidades de disfrute.

Se trata de un tema sobre el que aún hoy las personas de cualquier edad rehúyen, no sólo las mayores, la invisibilización de las personas mayores como sujeta/os sexuado/as resulta, al menos, una cuestión incómoda, perturbadora. No se trata de centrar la discusión en la genitalidad, la potencia y las incontables maneras de legitimar la sexualidad desde lo coital, es algo mucho más profundo, ya que la represión que está presente en los relatos de vida habla de ausencia de derecho a una sexualidad libre de prejuicios, independientemente de cual fuera su expresión.

Encontramos innumerables prejuicios que inhabilitan y/o condicionan -en gran medida- la expresión de una sexualidad plena por parte de las mujeres mayores a causa de la fuerte asociación entre sexualidad y maternidad y la prevalencia de modelos eróticos que rechazan la vejez, ante todo la femenina (Navarro, 2017). De modo tal que, la normatividad que impone esta concepción, performa los roles femeninos estableciendo límites al desarrollo personal y modelos "deseables" de vejez. De este modo, se ha construido socialmente un modelo de vejez femenina tutelada, medicalizada y con posibilidades restringidas de ejercer autonomía sobre sus cuerpos.

Se ha abierto una nueva época suele decirse, para hablar y pensar en las cuestiones de género, ciertamente, pero aún resta mucho por hacer en vidas más largas donde los efectos normalizadores han resultado más eficaces y dificultan la toma de conciencia del lugar de subordinación que se ha habitado física y psíquicamente, y limitan la capacidad de desarrollar vidas autónomas movidas por el deseo.

Desde nuestra perspectiva, y ligada a la conceptualización de las vejeces y la producción de habitus, estas transformaciones no pueden alcanzarse plenamente sin elaborar y reencontrarse con el propio deseo, la vejez en primera persona actual o futura, en lo individual y en lo colectivo y esto implica a todas las generaciones, no sólo a las personas mayores.

Y como hemos explicado, en el caso de las mujeres, es preciso, en este proceso, rearmar la trama de género en una nueva performance³⁰ que habilite la apertura de los candados que han caído sobre la autonomía sexual de las mujeres.

La heterosexualidad obligatoria ha velado la indagación acerca de otras identidades, expresiones u orientaciones sexuales que han generado marcas en las biografías, estas marcas del poder patriarcal, son desafiadas, no obstante, con salidas del closet a edades inesperadas socialmente, pero que producen revelaciones y cambios de posicionamiento subjetivo que recuperan la confianza en las transformaciones a cualquier edad.

30 Performance está tomado conceptualmente del texto de Judith Butler "El género en disputa", (2001) donde señala que El género, se produce como una repetición ritualizada de convenciones y ese ritual es impuesto socialmente gracias a la heterosexualidad preceptiva y hegemónica. (Saxe,2015). De esta manera se habilitan otras performances contra hegemónicas en las cuales las mujeres podemos ensayar modelos que resistan al patriarcado.

Los desafíos de género desde el Programa Ancestras

Para mí “ancestras” es un espacio que personalmente me dio una nueva identidad, digamos, que se sumó a las que ya tenía, con características únicas. Eso es, un camino nuevo para recorrer.

Las mujeres mayores revisan sus vidas y se piensan desde el hoy, analizan críticamente, se repositionan frente a la experiencia, buscan respuestas en el presente a sensaciones, malestares y sufrimientos que las han acompañado hasta aquí. Si bien las respuestas son variadas, cuando están juntas, perciben un espacio facilitador y sororo, se sienten convocadas a hablar sobre sí mismas junto a otras, y, de esta forma, la historia está abierta, es un presente que se continúa construyendo.

La circulación de la voz en entornos cuidados, libres de sesgos de género y edad es posible desde una dinámica de trabajo sobre lo grupal, la intersubjetividad y lo corporal. En la tarea de aprendizajes múltiples, deslocalizados y dinámicos hemos desarrollado este programa del que pasaremos ahora a presentar un panorama general.

En su diseño original consta de cinco componentes:

- Jornada anual comunitaria
- Jornadas territoriales: Enlaces y articulaciones con espacios académicos y culturales para transferir la experiencia UNTREF en diferentes territorios.
- Formación interdisciplinaria en géneros y sexualidades de personas mayores.
- Curso de géneros y sexualidades: Educación Sexual Integral dirigidos a mujeres mayores y abierto a mujeres de todas las edades.
- Repositorio audiovisual
- Investigación en géneros.

El curso específico sobre educación sexual, parte de la concepción de sujeta/os sexuales durante toda la vida, incluso en edades no reproductivas o en quienes no desean reproducirse; y que “el derecho a decidir no se agota en la reproducción” (2019: 58), de este modo, la salud y la educación sexual se erigen como derechos a lo largo de toda la vida”. En esa búsqueda se propone:

develar las resistencias, los deseos, las identidades y las prácticas que se han ocultado bajo el tejido patriarcal construido durante el transcurso de siglos de dominación. Es por eso que, ser mujer y ser mayor, entraña una singularidad particular en nuestra sociedad y deshilar los sentidos ocultos bajo esas dominaciones resulta de especial interés para nuestro Programa Ancestras (Carchak Caines y otras, 2019: 229-230).

El motivo por el que dirigimos nuestras investigaciones y acciones territoriales -específicamente- hacia las mujeres mayores,³¹ está fundamentado en una perspectiva de género que busca develar los obstáculos que las mujeres mayores deben atravesar para acceder a una sexualidad libre de sesgos de género y edad, sólo por el hecho de ser mujeres.

Y es desde allí que se trabaja sobre las alternativas de transformación en la vejez -a través de la educación- en relación a género y sexualidad, puntualmente, en los efectos de la educación sexual integral y la deconstrucción de saberes basados en prejuicios o estereotipos en el marco de un abordaje comunitario.

Esto conlleva una mirada particular sobre los géneros y las vejeces, sobre la epistemología de género, pero, resulta igualmente impor-

31 El envejecimiento femenino está caracterizado por la sobrevivencia de las mujeres respecto de los varones en esta etapa del curso vital. Son las mujeres quienes en general llegan a edades más avanzadas, conviviendo varias generaciones o cohortes de mujeres de 60, 70, 80 y más años que acumulan experiencias y patrones socioculturales diferenciados que nos interesa identificar.

tante nuestra concepción sobre la educación en sentido amplio y la educación sexual en particular.

Pedagogías y saberes sobre educación sexual con mujeres mayores

Para mí, “ancestras” es un espacio primordial para mí, para reflexionar, es un espacio de provocación, de romper estructuras, de rupturas para conmigo misma, de aprendizaje, de respeto, de “no enjuiciar”, y de no “ser enjuiciada”, de profundidad y escuchar a la otra.

Si concebimos al aprendizaje como una de las formas de adaptación que nos caracterizan como humanos es preciso señalar su alcance complejo en términos de elaboración psíquica y existencial a lo largo de todo el curso vital.

En ese sentido, aprender, no se limita a contenidos ni etapas formales dado que los recursos cognitivos y subjetivos que procesan el aprendizaje se encuentran en permanente expansión y actualización hasta edades avanzadas donde ciertas pérdidas o limitaciones pueden ser relacionados con la falta de estímulos adecuados o en procesos que pueden ligarse a patologías. No obstante, estar en conexión con otro/a/s sigue siendo un factor de gran importancia para sostener a las personas mayores como parte activa de una sociedad en la que la longevidad es una realidad en crecimiento.

Por lo tanto, las elaboraciones teóricas e investigativas en el campo del aprendizaje con personas mayores dan cuenta de un permanente corrimiento de las fronteras interpretadas por ciertas lecturas disciplinares que se limitan a considerar los niveles de rendimiento académico o de productividad cognitiva.

Claramente, nuestra concepción del aprendizaje se sitúa en clave de desconstrucción, es decir, considerando que los saberes no se encuentran limitados a contenidos curriculares o elementos validados como saberes científicos formales, sino que constituyen un cúmulo

de adquisiciones de diferente orden relacionados con la cultura y la interacción social.

Como un aspecto de gran valor en este desarrollo, es importante reconocer los importantes antecedentes en educación de mayores que se encuentran en nuestro país y de los que hemos formado parte desde hace más de 30 años, que surgieron tanto en el ámbito de educación formal como no formal y que han contribuido desde entonces a sostener una barrera contra los prejuicios vinculados a la edad y una apuesta a la transformación y al cambio.

Por otra parte, tal como señalan autores como Yuni y Urbano (2016) “El campo cultural es el territorio simbólico del que se nutre el qué de la educación” de manera que las transformaciones culturales son parte de los cambios que se producen en la sociedad, entre ellos la longevidad y las nuevas formas de envejecer, y, desde ese lugar la educación con personas mayores se ha convertido en parte de un movimiento permanente.

Estos autores destacan la importancia de la educación como práctica socio cultural: “En definitiva, la educación como práctica socio-cultural está llamada a cumplir una tarea fundamental y necesaria para erradicar los estereotipos y prejuicios que se adosan a la vejez” (Yuni&Urbano,2016:8). Podríamos decir entonces metafóricamente que se trata de un antídoto sumamente eficaz contra el viejismo.

Desde una perspectiva crítica, es preciso señalar que muchos enfoques acerca del envejecimiento y la vejez han sido construidos en base modelos vinculados a la educación y las vejez pertenecientes a los paradigmas del Norte Global.

Estas epistemes centradas en un mundo de la vida propio de otras sociedades también han conformado una cierta mirada en la que no se reflejan las personas envejecientes en nuestra región y que han negado sistemáticamente desde el poder colonizador el valor de los saberes fuera del paradigma positivista eurocentrado.

Particularmente a la manera como las prácticas educativas han legitimado el predominio epistemológico de lo racional, negando el papel de otras fuentes de construcción de conocimiento que se configuran en el dominio de la experiencia (biográfica y colectiva) y de lo emocional (Bustos,2010).

Las multiplicidades de experiencias a lo largo del curso de vida se producen en entornos variables y dinámicos, (Freixas, 2004), de manera que pensar en las edades de este punto de vista produce la necesidad de generar espacios educativos que lleven esta impronta.

Hemos comprobado que, como resultado de los distintos espacios de participación e interacción social, las mujeres conforman una red intersubjetiva en la que no se encuentran en una posición “pasiva” sino que desarrollan su capacidad de agenciamiento, que les permite enunciarse y ser productores de sentido en todo el curso vital.

Siendo así, los límites etarios vinculados al aprendizaje estarían dados, fundamentalmente, por la existencia de prejuicios que niegan la potencialidad del aprendizaje en la vejez, y, con ello, la importancia de incorporar propuestas educativas (Yuni y Urbano, 2005).

A partir de los hallazgos en nuestras investigaciones sobre la sexualidad en las mujeres mayores surgió la necesidad de establecer de qué manera tramitar la caída de esos saberes sesgados, intencionalmente restringidos y promover la autonomía sexual como ejercicio de la libertad en edades donde, hasta ahora, no se ha pensado.

Esta apuesta debía derribar un obstáculo de gran peso: desalojar los saberes sobre la sexualidad de los consultorios médicos, de la figura del médico como representante del orden de géneros, para reapropiarse del cuerpo que fue atrapado por los discursos de la medicalización como parte de la configuración de las biopolíticas, (Navarro,2019).

Por otra parte, la decisión de trabajar sobre el aprendizaje en mujeres mayores de territorios excluidos, educadas en un marco de vulne-

rabilidad junto a otras mujeres con mayores recursos y trayectorias educativas y laborales constituyó nuestro horizonte: los encuentros nacionales de mujeres nos habían dado los argumentos para saber que las mujeres reunidas pueden derribar y reconstruir visiones sobre el género. Necesitábamos entonces reconocer que había saberes a ser recuperados en clave de género.

Sin dudas, sin estas tramas de saberes que las mujeres desde tiempos inmemoriales han tejido juntas, no hubiéramos llegado hasta aquí, hasta la marea verde que tanto nos conmueve. Esos hilos transitaron la historia y llegan hasta nosotras con la certeza de una lucha colectiva que nos incluye a todas, fueron hilados por nuestras ancestras.

Decidimos entonces, recuperar y fortalecer a las mayores como fuente de conocimientos diversos, experiencias vitales y sociales de alta intensidad que deben ser reconocidas e incorporadas al acervo cultural pero también deben lograr ser transmitidas a las siguientes generaciones como saberes valiosos. Las corporalidades viejas, los modos de habitar las vejezes actuales revelan que hay mucho para transformar y des aprender.

De manera que recuperar saberes, enlazar las generaciones en el marco del derecho a una educación sexual sin límite de edad significa desterrar de una concepción escolarizada en términos edadistas y concebirla como práctica social que incluye la promoción de la salud y los derechos integrando saberes y disciplinas (Gogna y Jones, 2012).

En el proyecto original Ancestras se propone generar un espacio de intersección académica, cultural y de participación social para la promoción de una vejez libre de discriminación de género y edad.

Este objetivo general se realiza a través de actividades sociocomunitarias orientadas a promover el acercamiento de los saberes que las mujeres desarrollan desde su participación social, a través del arte y diversas prácticas culturales en vínculo con los saberes académicos sobre el género y la edad.

Desde el inicio formal del programa en marzo de 2018, una gran cantidad de experiencias fortalecieron estos propósitos y nos han permitido seguir avanzando. Una multiplicidad de acciones territoriales han sido realizadas en este corto tiempo: junto a la comunidad de Tres de Febrero, en Ushuaia, Río Grande en Tierra del Fuego, gracias al Ministerio de Desarrollo de la Nación y las áreas de Vejez y Género locales, Universidad Nacional de La Plata a través de la Facultad de Trabajo Social (FTS), Universidad Nacional de Santiago del Estero donde convergieron gran cantidad de organismos, instituciones y organizaciones territoriales, el Espacio Illia³², el primer taller de Ancestras en el Encuentro Nacional de Mujeres gracias a la FTS, son parte de un recorrido muy intenso pero sobre todo fértil y gratificante para un desarrollo novedoso, que apuesta a establecer un punto de partida en búsqueda de lograr vejezes diversas y autónomas.

Nuestro programa ha estado basado fuertemente en el encuentro intergeneracional de mujeres en un dispositivo que se sostiene en todas las actividades: el círculo de mujeres³³. Este dispositivo está diseñado particularmente para las actividades el programa como un recurso que potencia los intercambios y facilita la circulación de la palabra en sus tres momentos rituales: la facilitación conceptual, el círculo de mujeres y el espacio expresivo conforman una marca de nuestros encuentros intergeneracionales de mujeres que buscan propiciar una transformación a través de la construcción colectiva de saberes a partir de la sororidad.

32 Espacio socio cultural y recreativo para adultos mayores de la Caja de Jubilaciones, Pensiones y Retiros de Córdoba que trabaja para la integración social, el envejecimiento activo y participativo de personas mayores de la provincia de Córdoba. En la institución se brindan talleres, actividades de extensión y formación.

Sitio web: <http://www.cajajubilaciones.cba.gov.ar/Portal/hogar/hogar.html>

33 El programa Ancestras: saberes género y edad, puso en marcha el primer círculo intergeneracional de mujeres en una actividad académica con características propias en marzo de 2018 en el marco del Día Internacional de las Mujeres en una Jornada con el mismo nombre.

En este sentido nuestros desafíos son convertir las diferencias en una contribución que nos enriquece, visibilizando corporalidades y deseos.

Para ello es preciso entonces deconstruir estereotipos y mandatos, propiciando vejees diversas, recuperando el legado de nuestras ancestas, los saberes y experiencias de género desafiando al patriarcado. De esta manera coincidimos con Sande, (2019:192), resta mucho aún pero el camino ha sido iniciado siglos atrás por nuestras ancestas:

Esta lucha está inacabada, las nuevas generaciones van tomando las banderas, las trasmutan y heredan con la consigna de ser nietas de todas las brujas que no pudieron quemar, así también van construyendo el camino para una vejez y una gerontología feminista.

Pandemia sorora

Bueno, pero vine, se enganchó mi hija por este tema de lo que yo pensaba y después bueno, vengo porque aprendo y... ¿qué hago después que salgo de acá? transmitir y llevar todo lo que aprendí a otros lugares.

La experiencia de esta pandemia mundial constituye en un nuevo modo de habitar la vida y las vejees en un mundo que ha quedado atónito frente a una amenaza mundial.

Puede afirmarse que este acontecimiento ha puesto a prueba la cohesión social, la solidaridad, los vínculos y las formas de afrontar una amenaza de la que poco se sabe aún y que estamos distantes, aún, de su culminación.

La vida cotidiana se ha alterado mucho para todos y especialmente para las personas mayores que se encontraron identificadas como del grupo de mayor riesgo ante el SAR-COV 19. Las medidas que aún fluctúan entre el aislamiento y el distanciamiento social llevan ade-

lante la lucha entre el virus y las vacunas que se han convertido en la única barrera contra una enfermedad.

En Argentina, las medidas desarrolladas por el restablecido Ministerio de Salud estuvieron dirigidas a cuidar de las personas mayores en una situación dinámica que fue resultando compleja para gran parte de la población vulnerable: personas mayores, sectores afectados por la pobreza, trabajadore/as informales, personas con factores de riesgo derivados de problemas de salud, etc.

La crisis del aislamiento³⁴ en la población mayor uniformó a un colectivo, el de personas mayores, que se caracteriza por su diversidad también en cuestiones de salud. Varias generaciones de mayores coexisten con diferencias significativas en calidad de vida y situaciones vinculadas a la dependencia y necesidad de cuidados concentradas sobre todo en el grupo de 80 y más años.

Esta circunstancia magnificó la ya visible crisis del cuidado y generó una sobrecarga aún mayor en las mujeres que llevan sobre sí la naturalizada desigualdad que genera la división sexual del trabajo doméstico y de cuidados. La alteración de las cadenas intergeneracionales de cuidado ha generado que los extremos más críticos se vieran amenazados: el cuidado de niña/os, personas mayores y personas en situación de discapacidad.

También puso en evidencia que el trabajo de las mujeres es lo que “mueve el mundo”, algo que desde distintos sectores y espacios de lucha feminista se ha estado planteando como parte de la urgencia por el reconocimiento del trabajo de cuidados.

Y otro tema que se encuentra en el centro del debate con la pandemia es cómo las sociedades ven a sus mayores y cuáles son las representa-

34 Nos referiremos en esta publicación, específicamente, a la primera etapa de la pandemia en Argentina bajo la medida de ASPO durante 2020, dada la extensión y dinámicas posteriores. AISLAMIENTO SOCIAL PREVENTIVO Y OBLIGATORIO Decreto 297/2020. <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primer/227042/20200320>

ciones y prácticas que se generan en relación al cuidado de un grupo tan diverso pero que contiene, a su vez a personas con mayores riesgos en términos epidemiológicos.

De modo tal que género y edad han conformado en este período tan crítico de la humanidad una intersección ineludible, imprescindible para la gerontología feminista.

En esta coyuntura nuestras construcciones teóricas, la praxis del Programa Ancestras ha tenido una importante presencia.

Nuestro programa fue convocado para generar recursos que estuvieran aportando a la particular situación en la que la población de mayor edad se ha visto afectada: la falta de contacto social por el aislamiento físico en sus casas.

El Ministerio de Educación de la Nación, a partir de la iniciativa de la Subsecretaria de Participación y Democratización Educativa -a cargo de Graciela Morgade-, propuso incorporar a la plataforma “Seguimos Educando” a las personas mayores y de esta manera se trabajó con un equipo de especialistas el cuaderno Conexión Mayor³⁵ como material de acompañamiento en la pandemia , a través de lecturas, sugerencias de actividades lúdicas, educación digital, y narrativas de interés cultural.

Prologado por el Ministro de Educación de la Nación y con una presentación que da cuenta del intenso trabajo interdisciplinario este material innovó la forma de comunicar a las personas mayores sobre

35 La publicación contó con la Dirección General: Pablo Gentili Coordinación Editorial: Graciela Morgade Primera versión del cuaderno: Mónica Navarro (dir.), Marianela Carchak Canes (coord.); Sergio Fajin; Miriam García; Iván Greppi Seveso; Daniela Szklanny; Ivana Torto; Claudio Urbano y José Yuni; Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Adecuación institucional de contenidos: Marta Kisilevsky y María Emilia Villalba Diseño interior y tapas: Nicolás Del Colle; Diagramación y armado de interior: Natalia Suárez Fontana. Ilustración: Bruno Ursomarzo. Corrección de estilo: Iván Gordin; Edición, Coordinación y Producción General: Laura González. <https://www.untref.edu.ar/mundountref/conexion-mayor-untref-ministerio-educacion>

pandemia, considerando la gran diversidad de géneros, territorios, de acceso a redes, educativas, culturales, etc.

En parte de este prólogo se lee:

(...) Nuestro interés es compartir información, proponerles actividades para reflexionar, aprender, disfrutar y también recrearse aprovechando este tiempo desde una perspectiva que destaca los saberes de las personas mayores y su contribución a la sociedad. Estos materiales no reemplazan las actividades de la vida cotidiana, pero buscan brindar una oportunidad para mantenernos en contacto con los conocimientos y, sobre todo, con los aprendizajes recreativos. «Conexión Mayor» forma parte de la séptima serie de Cuadernos. Está organizado por bloques temáticos, con distintas propuestas de actividades. En línea con «Recreo» del Programa Seguimos Educando, compila diversas propuestas lúdicas, culturales y recreativas, momentos para la lectura placentera, para compartir juegos, inventar historias, disfrutar de nuestra imaginación. Con estos materiales buscamos construir otro modo de estar presentes desde el Estado nacional. Cuidar, cuidando. Cuidar, cuidándose. Cuidar dejándose cuidar por otras y otros. Porque se necesita de todas y todos, y es imprescindible contar con la experiencia acumulada por las personas de más edad para sostener, contar, acompañar, escuchar, hablar y marchar en dirección a la construcción de una sociedad más justa, solidaria y democrática.

Desde este punto de vista se trata de un material con gran riqueza donde la visión de las personas a las que está dirigido muestra coherencia con nuestras construcciones teóricas y acciones comunitarias.

El eje de esta publicación que se difunde por redes y en una inédita publicación gráfica distribuida en todo el territorio nacional estuvo centrado en la educación de mayores desde la perspectiva de género.

En otra experiencia inédita el programa conformó un equipo junto a Fundación HUÉSPED para la producción y difusión de materiales de acompañamiento a mayores en pandemia en las denominadas GUÍAS que la fundación desarrolla para diferentes temáticas.

Nuestro aporte dio lugar a el primer material en su tipo dirigido a Personas Mayores como parte de este encuentro entre universidad y una institución como Fundación Huésped.

Esta guía conforma el trabajo conjunto entre Fundación Huésped y la Carrera de Especialización en Intervención y Gestión Gerontológica de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTref) para realizar aportes a la calidad de vida de las personas mayores. Se trata de una propuesta educativa que pretende servir de estímulo y acompañamiento en la pandemia por COVID-19 pero que también se orienta a desestabilizar los estereotipos vinculados a la edad y al género. Deseamos contribuir a romper con la discriminación hacia las personas mayores y acompañar el despliegue de vejez plenas y diversas.

Las Guías para Personas Mayores³⁶ constituyeron un material original con gran cantidad de elementos vinculados a Género y Sexualidades como contenidos de Educación Sexual que conforman un objetivo explícito de nuestro programa.

En ambas publicaciones los ejes estuvieron dados por: Derechos de las Personas Mayores y la Convención, Combate al Edadismo, Géneros y Sexualidades, Actividades y Herramientas para pasar la pandemia desde una perspectiva del cuidado y prevención sanitaria ante el SARS COV 19.

No obstante, los materiales son diversos y sumamente ricos con particularidades cada uno de ellos que ameritan considerar la diversidad a la que se proponen alcanzar. Dando cuenta de las diferentes condiciones de accesibilidad a las redes, cada publicación cuenta con elementos didácticos para el uso de las mismas y amplían claramente los recursos para poder utilizar herramientas digitales con diferentes grados de complejidad.

36 <https://untref.edu.ar/mundountref/guia-personas-mayores-pandemia-covid-19>

De esta manera en sus diferentes versiones los materiales trabajan intencionadamente sobre la brecha digital que afecta a las personas mayores en el territorio nacional desde una pedagogía que apunta a generar conocimientos que derriben esas barreras.

Por otro lado, en relación a las distintas actividades realizadas con nuestras ancestras del programa se presentó la necesidad de seguir el acompañamiento a muchas de ellas que forman parte de los grupos más participativos en las propuestas desarrolladas durante los cursos de género y de mujeres que estuvieron activas durante los encuentros territoriales realizados decidimos utilizar las redes, con los recursos disponibles en cada una de ellas para poder acompañarlas en forma personalizada y también en forma grupal.

A través de diferentes redes: Facebook, WhatsApp se conformaron grupos y se continúan promoviendo encuentros virtuales que lograron hacernos sentir nuevamente formando parte del círculo sororo. El impacto del encuentro en todas nosotras resonó de diferentes maneras, pero con una gran emocionalidad mostrando la conformación de un espacio de pertenencia y de referencia.

En el mes de diciembre de 2020 se realizó el primer encuentro territorial de Ancestras en forma virtual donde abordamos la temática de Derechos Sexuales y los impactos de la reciente Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo IVE, sancionada luego de una larga lucha feminista. Participaron mujeres de Córdoba, Entre Ríos, Ushuaia, diversas ciudades de la Provincia de Buenos Aires, CABA, sumándose una participante que se encontraba en Alemania al momento del encuentro virtual.

Este encuentro, estuvo coorganizado con el Espacio Illia de Río Cuarto con quienes se ha generado una continuidad de trabajos de intercambio que propicia el crecimiento de este programa. Las participantes habían formado parte de dispositivos de Ancestras anteriormente y se conformó como encuentro cerrado, entre mujeres que habían vivido el programa.

Para el Día Internacional de las Mujeres, el programa Ancestras fue convocado nuevamente por la Subsecretaria de Participación y Democratización Educativa para formar parte de las actividades de la iniciativa NOSOTRAS MOVEMOS EL MUNDO dónde se realizó un conversatorio sobre Educación y Mujeres Mayores titulado: "Mujeres mayores y educación: historias de desafíos a la exclusión"³⁷, co coordinado con la Dra. Graciela Morgade y donde la participación de las ancestras se caracterizó por la presencia de diferentes generaciones de mujeres mayores provenientes de distintos territorios.

Los encuentros y el acompañamiento continúan en una pandemia prolongada que nos propone nuevos desafíos en forma permanente a todas las personas de todas las edades, pero especialmente a las mujeres sobre las que recae una parte importante de la vida en pandemia.

En el objetivo de ampliar la base territorial del Programa, nos encontramos trabajando actualmente profundizando lazos con aquellos espacios en los cuales hemos sembrado nuestras propuestas al modo de nuestras ancestras, buscando multiplicar las oportunidades para que las mujeres de todas las edades puedan recuperar los saberes ancestrales de género y rearmar la trama desde la certeza de que es posible construir modelos de vejez despatriarcalizados y descolonizados.

Finalmente, podemos decir que Ancestras nos llevó a comprender que en todas las mujeres hay una cierta semilla de rebeldía que debe crecer, pero que sólo puede germinar en entornos colectivos, en compañía de otras para comprender y desarmar en sí mismas y juntas las herramientas del amo.

37 <https://www.argentina.gob.ar/mujeres-mayores-y-educacion-historias-de-desafios-la-exclusion>

Conclusiones

Yo participé de varios espacios de género, pero nunca de género y vejez, que fue lo que más me pareció genial y me llamó la atención, y tampoco que sean un mismo grupo que continúe un proceso durante un año, me parece que la intimidad y el encuentro, y la empatía que se genera acá fue como mucho más rico que cualquier espacio del que haya participado

Nuestro recorrido en este trabajo trata de dar cuenta de un inicio, un punto de partida que ha logrado conovernos emocional y conceptualmente si es posible describirlo de esta manera.

Nos ha mostrado que la experiencia de trabajo en grupos de personas mayores junto a la formación en género es necesaria para poder abordar este campo de intersecciones tan urgente, pero resulta fundamental el compromiso militante con el género, para lograr el carácter transformador que resulta de este caminar colectivo que es la gerontología feminista.

Conformar equipos de trabajo dinámicos, abiertos a la vivencia de encuentros de gran intensidad, como es este programa, ha sido de gran satisfacción y ha constituido una importante posibilidad de integrar diferentes aprendizajes.

Tal vez es importante dejarle gran parte del crédito a la palabra, como construcción social y permitir que condense sentidos y muestre el efecto provocador que produce en quien se nombra ANCESTRA, y que tal como sucede en los procesadores de texto, nos obliga a agregar al diccionario esta nueva forma de reconocimiento a las vejeces de las mujeres, de quienes se perciben como tales.

Creemos que lo importante es que esta palabra refiere en su etimología a una red de relaciones entre generaciones y por esa razón se ajusta a una nueva forma de visualizar las vejeces desde un lugar relacional y sororo que potencia la circulación del poder que se gesta cuando las mujeres se reúnen.

En esa dirección, las actividades territoriales resultan fundamentales para esta visión que nos convoca en tanto permite el despliegue de la interculturalidad y da lugar a visualizar la heterogeneidad como diferencia enriquecedora. Celebrar a las mujeres mayores es una propuesta que renueva los modos de habitar las vejeces e invita a repensarlas en forma anticipada o presente con la habilitación a experimentar y ensayar nuevas versiones junto a otras.

Bibliografía

Bustos, T. P. (2010). Aportes feministas a la Educación popular: entradas para repensar pedagógicamente la popularización de la ciencia y la tecnología. *Educação e pesquisa*, 36(1), 243-260.

Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Editorial Paidós, México.

Cosse, I. (2008). Ilegitimidades de origen y vulnerabilidad en la Argentina de mediados del siglo XX. *Nuevo mundo, mundos nuevos*, (8), 32.

Farré, A. F., & Salas, B. L. (2009). El secreto mejor guardado: la sexualidad de las mujeres mayores. *Revista Política y Sociedad*, 46(1-2), 191-203.

Jones, D., & Gogna, M. (2012). Sexología, medicalización y perspectiva de género en la Argentina contemporánea. *Ciencia, docencia y tecnología*, 23(45), 33-59.

Lagarde de los Ríos, Marcela (2012) *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y utopías*, México DF: Gobierno de la Ciudad de México e Instituto de las Mujeres del Distrito Federal.

Lalivé d'Épinay, Chr. et al. (1983), *Veilleuses*, Georgi, Saint-Saphorin

Lorde, A. (1979). Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo. Más allá del decenio de los pueblos afrodescendientes, 103.

Lozano Lerma, B. R. (2010). El feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas: aportes a un feminismo negro decolonial desde la experiencia de las mujeres negras del Pacífico colombiano. *Teoría y pensamiento feminista*.

Navarro, M. (a.2019). *Viejas en el género*. P. Danel, M. Navarro (Comp.), *La gerontología será feminista*, 43-70.

——— (b.2019). Las mayores en el cuidado: género, tiempo y espacio. Dimensiones en el cuidado y políticas públicas en torno al envejecimiento femenino.

P. Danel, M. Navarro (Comp.), *La gerontología será feminista*, 115-128.

Sande, S. (2019). La anticipación de la vejez en la mediana edad, el caso de las mujeres uruguayas. En Navarro, M., & Danel, P. *La gerontología será feminista*. Fundación La Hendija.

Saxe, F. (2015). La noción de performatividad en el pensamiento de Judith Butler: queerness, precariedad y sus proyecciones. *Estudios Avanzados*, (24), 1-4.

Yuni, J. A., & Urbano, C. A. (2005). *Educación de adultos mayores: teoría, investigación e intervenciones*. Editorial Brujas.

——— (2016). *Envejecer aprendiendo*. Editorial Brujas.

Zemaitis, S. (2016). *Pedagogías de la sexualidad. Antecedentes, conceptos e historia en el campo de la educación sexual de la juventud* (Doctoral dissertation, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación).

——— (2016). *Pedagogías de la sexualidad. Antecedentes, conceptos e historia en el campo de la educación sexual de la juventud* (Doctoral dissertation, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación).